SAGRADA BIBLIA

1 Macabeos

Libro completo

«Todos aquellos que ponen en Dios su esperanza, no desfallecen»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 5

Antes de empezar 8

Veintidós palabras griegas y hebreas 15

El primer libro de los Macabeos en la liturgia 17

1 La persecución de Antíoco 19

2 Matatías se levanta en Modín 35

3 Judas Macabeo 51

4 La purificación y la dedicación del templo 64

5 Las campañas contra los pueblos vecinos 78

6 La muerte de Antíoco y la paz de Lisias 88

7 Alcimo, Nicanor y el día de Adar 101

8 La alianza con los romanos 109

9 La muerte de Judas; Jonatás, caudillo 116

10 Jonatás, sumo sacerdote por carta de un rey 128

11 Reyes que caen, Jonatás que crece 145

12 Roma, Esparta y la trampa de Tolemaida 156

13 Simón, jefe del pueblo: Israel libre del yugo 167

14 El elogio de Simón y el decreto del pueblo 175

15 Antíoco VII: promesas y traición 188

16 La muerte de Simón; Juan, su sucesor..... 195

PARA PROFUNDIZAR

1 Un solo pueblo bajo un solo rey: Antíoco IV y la helenización 29

1 Eligieron antes morir: la fidelidad a la Ley hasta el martirio .31

2 El celo de Matatías 45

2 Si alguno nos acomete en sábado: la vida y la Ley 47

3 «El triunfo viene del Cielo»: Judas Macabeo y la guerra santa 60

4 La dedicación del altar y la fiesta de Janucá 74

6 «Que vivan según sus leyes»: la libertad religiosa 97

9 «No echemos un borrón a nuestra gloria»: la muerte de Judas y la virtud de la fortaleza 124

10 Sumos sacerdotes nombrados por reyes 141

12 Amigos de Roma, hermanos de Esparta: las alianzas y la confianza en Dios..... 162

14 El elogio de Simón: una paz mesiánica sin Mesías 184

16 Un historiador creyente: cómo cuenta 1 Macabeos la historia 200

CUADROS

1 La era seléucida: las fechas del libro 27

1 Los reyes de 1 y 2 Macabeos 28
2 La familia de Matatías 43
2 Los padres que recuerda Matatías 44
3 Las batallas de Judas Macabeo 59
4 Las fiestas nacidas en tiempo de los Macabeos 72
4 El templo profanado y el templo purificado 73
6 Tres relatos de la muerte de Antíoco IV 97
8 Lo que Judas oyó de los romanos 114
10 Las cartas y los decretos del libro 139
10 Los sumos sacerdotes, de Onías III a Juan Hircano 140
11 Púrpura, corona y broche: los honores de Jonatás y Simón 154
14 El elogio de Simón y los profetas 183
16 Después de 1 Macabeos: de Juan Hircano a Herodes 200
Repaso 205
Notas personales 211
Sobre esta edición 212

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · 1 Mac 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como los reyes del libro, la era seléucida y sus fechas, la familia de Matatías, los padres que recuerda Matatías, las batallas de Judas, el templo profanado y purificado, las fiestas nacidas en tiempo de los Macabeos, la muerte de Antíoco IV, lo que Judas oyó de los romanos, los sumos sacerdotes, las cartas del libro, los honores de Jonatás y Simón, el elogio de Simón o los asmoneos después de 1 Macabeos. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

Cuarenta años de fidelidad y de guerra

El primer libro de los Macabeos cuenta cómo un pueblo pequeño resistió a un rey que quería borrar su fe. Su nombre viene del sobrenombre de Judas, el héroe principal, «apellidado Macabeo» (2,4): probablemente del hebreo o arameo *maqqabá*, «martillo». Torres Amat, en su prólogo, lo explicaba como las iniciales de una frase del cántico de Moisés, «¿Quién como tú entre los dioses, oh Señor?» (Éx 15,11); hoy se tiene por una explicación tardía. En las Biblias católicas actuales el libro va después de Ester; en la Vulgata y en la edición de Torres Amat cerraba el Antiguo Testamento, después de los profetas.

Empieza con Alejandro Magno y sus sucesores, los reyes griegos de Siria y de Egipto. Hacia el 175 a. C. sube al trono de Siria Antíoco IV Epífanes, «aquella raíz perversa» (1,11). Algunos judíos piden vivir como los griegos y construyen un gimnasio en Jerusalén; el rey saquea el templo y, en el 167 a. C., prohíbe la Ley y manda sacrificar a los ídolos; en diciembre de ese año coloca sobre el altar «el abominable ídolo de la desolación» (1,57). Muchos mueren antes que contaminarse. El sacerdote Matatías se niega en Modín, mata al judío que iba a sacrificar y huye a los montes con sus cinco hijos. Su hijo Judas vence a los generales del rey,

purifica el templo y lo dedica de nuevo en el 164 a. C.: es el origen de la fiesta judía de Janucá. A Judas le suceden sus hermanos Jonatás y Simón, que aprovechan las luchas por el trono de Siria para lograr la independencia de Judea. El libro termina con el asesinato de Simón, en el 134 a. C., y con su hijo Juan.

LA PERSECUCIÓN Y JUDAS MACABEO

1	Alejandro y sus sucesores; Antíoco IV profana el templo y prohíbe la Ley
2	Matatías se levanta en Modín; su testamento
3 – 4	Victorias de Judas; purificación y dedicación del templo
5	Campañas contra los pueblos vecinos; rescate de Galaad y Galilea
6	Muerte de Antíoco IV; Antíoco V asedia Jerusalén y hace la paz
7	Demetrio I, el sumo sacerdote Alcimo y la derrota de Nicanor
8	Alianza con los romanos
9,1-22	Muerte de Judas

9,23 – 10	Jonatás, caudillo y sumo sacerdote entre dos reyes rivales
11 – 12	Jonatás, Roma y Esparta; Trifón lo captura a traición
13	Simón, jefe del pueblo; Israel libre del yugo de los gentiles
14	Elogio de Simón; el decreto que le da el gobierno
15 – 16	Antíoco VII y Cendebeo; muerte de Simón; su hijo Juan

Un libro de historia escrito en hebreo

El autor no dice su nombre. Era un judío de Palestina que escribió después de que Juan Hircano sucediera a su padre (16,23-24), probablemente hacia fines del siglo II a. C. y antes de que Pompeyo tomara Jerusalén (63 a. C.). Escribió en hebreo: san Jerónimo dice que encontró el primer libro de los Macabeos en hebreo, y Orígenes conocía su título hebreo, de sentido incierto. Ese original se ha perdido; nos ha llegado la traducción griega. La Vulgata, que traduce Torres Amat, no es aquí obra de Jerónimo, sino la antigua versión latina, que según parece él no retocó.

Imita los libros de Samuel y de los Reyes, y copia cartas y decretos (8; 10 – 15). Fecha los hechos por la era de los reyes

seléucidas, «del imperio de los griegos» (1,11), que empieza en el 312-311 a. C.: para obtener la fecha antes de Cristo basta restar el año del libro de 312 o de 311 (el cuadro del capítulo 1 da las principales). Aunque exagera algunas cifras y repite lo que se decía de los romanos (8,1-16), los historiadores lo consideran una fuente de primer orden. Es también un libro reverente: en el mejor texto griego evita escribir «Dios» y «Señor» y dice «el Cielo» (3,18-19; 4,10); la Vulgata y Torres Amat dicen a menudo «Dios».

Un libro de la Iglesia

No está en la Biblia hebrea, aunque los judíos celebran todavía la fiesta que nació de él. Orígenes lo menciona fuera de la lista de los libros hebreos, y el códice griego Vaticano no lo contiene; pero la Iglesia lo leyó desde antiguo. San Agustín explica que los libros de los Macabeos «los tiene por canónicos, no los judíos, sino la Iglesia», a causa de los terribles sufrimientos de los mártires que lucharon por la ley de Dios hasta la muerte (*La ciudad de Dios* XVIII,36). Los concilios de África (Hipona, 393; Cartago, 397), y después el de Trento, los contaron entre los libros sagrados, como el Catecismo (n. 120).

El segundo libro de los Macabeos no es una continuación de este. Es otra obra, escrita en griego, que resume la historia de un tal Jasón de Cirene y cuenta de otro modo, con

más detalles y más reflexión religiosa, los años 176-161 a. C., que corresponden a 1,11 – 7,50 de este libro. Allí están los mártires Eleazar y los siete hermanos, la fe en la resurrección y la oración por los difuntos. Conviene leerlos juntos; esta introducción y los cuadros del primer libro dan el fondo histórico de ambos.

Cómo leerlo

Es la historia de una familia, «aquellos varones por medio de los cuales había sido salvado Israel» (5,62), contada por alguien que los admira. Pero su centro es la fidelidad a la alianza: la circuncisión, el sábado, los alimentos puros, los libros de la Ley, el templo. Matatías lo resume en su testamento: «Todos aquellos que ponen en Dios su esperanza, no desfallecen» (2,61), y Judas antes de la batalla: el triunfo no depende «de la multitud de las tropas, sino del cielo» (3,19). Nadie habla en nombre de Dios: el libro nota que no hay profeta (4,46; 9,27) y que el poder de Simón vale «hasta la venida del profeta fiel» (14,41).

Los cristianos han leído estas páginas como su propia historia. San Ambrosio alaba la fortaleza de Judas y de Eleazar (*De officiis* I,40-41), santo Tomás apoya en la decisión de 2,41 que es lícito defenderse en día de fiesta; y muchos reconocen a los Macabeos en los creyentes que, según la carta a los Hebreos, «pusieron en fuga ejércitos extranje-

ros» y anduvieron errantes «por desiertos y montes, por cuevas» (Hb 11,34.38). Daniel había visto en la profanación del templo «la abominación de la desolación» (Dn 11,31), y Jesús retomó la expresión (Mt 24,15). Y Jesús mismo subió a Jerusalén para la fiesta de la Dedicación, «en invierno» (Jn 10,22).

Hay páginas duras: Matatías mata a un judío sobre el altar (2,24), los Macabeos circuncidan a la fuerza (2,46), queman ciudades y templos (5,44; 10,84) y se vengan en una boda (9,37-42). El libro las cuenta como gestas; las notas y los ensayos las leen a la luz de toda la Escritura, que la Iglesia reconoce como pedagogía de Dios con «elementos imperfectos y pasajeros» (Catecismo, n. 122), y de su enseñanza sobre la legítima defensa (n. 2309) y la libertad religiosa (n. 2106).

Sobre esta traducción

Torres Amat sigue la Vulgata y añade glosas con «o», que en su primera edición imprimió en cursiva: «Cetim o Macedonia» (1,1), «renovado o erigido de nuevo» (4,54), «la hebilla o broche de oro» (10,89), «el profeta fiel, o escogido» (14,41). Otras glosas son de ediciones posteriores: «se convirtió o deshizo» (1,42) no está en la de 1825. Escribe «Antíoco Epífanes» (1,11); en «Alejandro, hijo de Antíoco el Ilustre» (10,1), «el Ilustre» traduce el *Nobilis* con que la Vul-

gata apellida a Alejandro. Sus notas fechan los hechos y advierten que a veces la Escritura cuenta cosas «no afirmándolas el historiador sagrado, sino refiriéndolas solamente como dichas por otro», como lo que Judas oyó de los romanos (8). En 4,59, donde el texto revisado que reproducimos dice «todo el pueblo de Israel», él había escrito, con la Vulgata, «toda la Iglesia de Israel», es decir, la asamblea.

La numeración es la de la Vulgata; difiere de la de las Biblias modernas en los capítulos 1, 12 y 13. La transcripción digital había perdido palabras, como la «gran muchedumbre» de enemigos que espantó a los soldados de Judas (9,6) o la perlesía de Alcimo (9,55), que se han restituido con las ediciones de 1825 y 1884; y decía, como ya la de 1884, que Israel quedó libre en el año «sesenta», donde la primera edición y la Vulgata dicen «setenta» (13,41).

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: Antíoco y la helenización, la fidelidad a la Ley hasta el martirio, el celo de Matatías, el sábado y la vida, la guerra santa, la dedicación del templo y Janucá, la libertad religiosa, las alianzas con Roma y Esparta, el sacerdocio en manos de los reyes o el elogio de Simón. Todos aparecen en el índice.

Veintidós palabras griegas y hebreas

El original hebreo se perdió; estas son palabras clave del texto griego, y algunas hebreas que lo explican. Las citas son de esta edición; en el capítulo 1 las Biblias modernas numeran de otro modo.

Μακκαβαῖος	**Makkabaios** · Macabeo, sobrenombre de Judas 2,4
מַקֶּבֶת	**maqqébet** · martillo (Jue 4,21); quizá el origen de «Macabeo» 2,4
מִי־כָמֹכָה בָּאֵלִם	**mi jamoja baelim** · «¿quién como tú entre los dioses?» (Éx 15,11): según Torres Amat, las iniciales del nombre 2,4
Σαρβηθ Σαβαναιελ	**Sarbeth Sabanaiel** · título hebreo del libro según Orígenes; sentido incierto
Ἐπιφανής	**Epiphanés** · «manifiesto», sobrenombre de Antíoco IV; la Vulgata dice «ilustre» 1,11
γυμνάσιον	**gymnásion** · gimnasio, escuela de deporte y de cultura griega 1,15
ἀκροβυστία	**akrobystía** · prepucio: se «hicieron prepucios», borrando la circuncisión 1,16
διαθήκη ἁγία	**diathéke hagía** · alianza santa; en Torres Amat, «Testamento» 1,16; 2,50
βδέλυγμα ἐρημώσεως	**bdélygma eremóseos** · «abominación de la desolación» (Dn 11,31; Mt 24,15) 1,57

ζηλόω	**zelóo** · arder en celo, como Finees y Elías 2,24.26.54.58
Ἀσιδαῖοι	**Asidaioi** · los asideos, del hebreo *jasidim*, «piadosos» 2,42; 7,13
חֲסִידִים	**jasidim** · los piadosos, los fieles a la alianza 2,42
ἄκρα	**ákra** · la ciudadela de Jerusalén; en Torres Amat, «alcázar» 1,35; 13,49-51
ἀναθεματίζω	**anathematízo** · consagrar al exterminio, el *jérem* de las guerras antiguas 5,5
ἐγκαινισμός	**enkainismós** · dedicación, «renovación» del altar; en Jn 10,22, *enkáinia* 4,56.59
חֲנֻכָּה	**janukká** · dedicación (Nm 7,84): el nombre de la fiesta de Janucá 4,59
οὐρανός	**uranós** · el Cielo, nombre reverente de Dios 3,18-19; 4,10
ἀρχιερεύς	**arjiereús** · sumo sacerdote 7,5; 10,20; 14,41
φίλος τοῦ βασιλέως	**fílos tu basiléos** · «amigo del rey», título de la corte seléucida 10,20; 11,57
πόρπη χρυσῆ	**pórpe jrysé** · broche de oro, distintivo de los parientes del rey 10,89; 14,44
προφήτης πιστός	**profétes pistós** · «profeta fiel», el que Israel esperaba 14,41
ἐθνάρχης	**ethnárjes** · etnarca, jefe de la nación, título de Simón 14,47; 15,1

El primer libro de los Macabeos en la liturgia

Ningún domingo se lee este libro en la misa. La Iglesia lo escucha en la misa en la 33.ª semana del tiempo ordinario de los años impares, y lo lee cada año en la 31.ª, en el ciclo anual del Oficio de lectura.

En la misa

Celebración	Lectura
Lunes de la 33.ª semana del tiempo ordinario, año impar	1 Mac 1,10-15.41-43.54-57.62-63 (aquí 1,11-16.43-45.57-60.65-66): la persecución de Antíoco
Jueves de la 33.ª semana, año impar	1 Mac 2,15-29: Matatías se niega a sacrificar
Viernes de la 33.ª semana, año impar	1 Mac 4,36-37.52-59: la dedicación del altar
Sábado de la 33.ª semana, año impar	1 Mac 6,1-13: la muerte de Antíoco («por los males que hice en Jerusalén»)
Martes y miércoles de esa semana	Los mártires del segundo libro (2 Mac 6 y 7)
Misa ritual de la dedicación de un altar	1 Mac 4,52-59
Misa por los cristianos perseguidos	1 Mac 2,49-52.57-64: el testamento de Matatías

En la Liturgia de las Horas

Día	Oficio de lectura
Domingo de la 31.ª semana del tiempo ordinario	1 Mac 1,1-24 (aquí 1,1-25): la victoria y la soberbia de los griegos
Lunes	1 Mac 1,41-63 (aquí 1,43-66): la persecución
Martes	1 Mac 2,1.15-28.42-50.65-70: la rebelión y la muerte de Matatías
Miércoles	1 Mac 3,1-26: Judas Macabeo
Jueves	1 Mac 4,36-59: la purificación y la dedicación del templo
Viernes	2 Mac 12,32-45: el sacrificio por los difuntos
Sábado	1 Mac 9,1-22: Judas muere en la batalla
Antiguo Breviario romano	Según Torres Amat, el elogio de Judas se leía el tercer domingo de octubre

El Leccionario y la Liturgia de las Horas siguen la numeración griega, la de las Biblias modernas; donde difiere de la de esta edición, se indica la de esta edición. Las lecturas del Oficio son las del ciclo anual, y los títulos, descriptivos. El Catecismo no cita ningún texto de este libro, pero lo cuenta entre los libros sagrados (n. 120).

1

La persecución de Antíoco

En sesenta y siete versículos, el capítulo pasa de Alejandro Magno a los primeros mártires. Tiene cuatro movimientos: los reinos nacidos de las conquistas de Alejandro (vv. 1-10); Antíoco Epífanes, los judíos que quieren vivir como los griegos y el saqueo del templo (vv. 11-29); Jerusalén arrasada y ocupada por una fortaleza griega (vv. 30-42); y el decreto que prohíbe la Ley, la abominación sobre el altar y los que eligieron morir (vv. 43-67). El narrador escribe con la sobriedad de un cronista, pero dos lamentaciones dejan oír el llanto de Israel. Es el fondo histórico de los dos libros de los Macabeos.

Alejandro y sus sucesores

1 Sucedió que después que Alejandro, hijo de Filipo, rey de
Macedonia, y el primero que reinó en Grecia, salió del país
de Cetim o Macedonia [1], y venció a Darío, rey de los per-
sas y los medos, 2 ganó muchas batallas, y se apoderó en
todas partes de las ciudades fuertes, y mató a los reyes de
la tierra, 3 y penetró hasta los últimos términos del mun-
do, y se enriqueció con los despojos de muchas naciones; y
enmudeció la tierra delante de él [2]. 4 Y juntó un ejército
poderoso y de extraordinario valor; y se engrió e hinchó
de soberbia su corazón, 5 y se apoderó de las provincias, de

las naciones y de sus reyes; los cuales se le hicieron tributarios.

6 Después de todo esto cayó enfermo y supo que iba a morir. 7 Y llamó a los nobles o principales de su corte que se habían criado con él desde la tierna edad; y antes de morir dividió entre ellos su reino [3]. 8 Reinó Alejandro doce años y murió. 9 En seguida aquellos se hicieron reyes, cada uno en sus respectivas provincias. 10 Y así que él murió, se coronaron todos, y después de ellos sus hijos por espacio de muchos años; y se multiplicaron los males sobre la tierra.

Antíoco Epífanes, los helenizantes y el saqueo del templo

11 Y de entre ellos salió aquella raíz perversa, Antíoco Epífanes [4], hijo del rey Antíoco, que después de haber estado en rehenes en Roma, empezó a reinar el año ciento treinta y siete del imperio de los griegos [5]. 12 En aquel tiempo se dejaron ver unos inicuos israelitas, que persuadieron a otros muchos diciéndoles: Vamos, y hagamos alianza con las naciones circunvecinas [6], porque después que nos separamos de ellas, no hemos experimentado sino desastres. 13 Les pareció bien este consejo. 14 Y algunos del pueblo se decidieron, y fueron a estar con el rey, el cual les dio facultad de vivir según las costumbres de los gentiles. 15 En seguida construyeron en Jerusalén un gimnasio [7] según el estilo de las naciones. 16 Y abolieron el uso o señal de la circuncisión [8], y abandonaron el Testamento, o Alianza

santa, y se coligaron con las naciones, y se vendieron como esclavos a la maldad.

17 Y establecido Antíoco en su reino de Siria, concibió el designio de hacerse también rey de Egipto [9], a fin de dominar en ambos reinos. 18 Así, pues, entró en Egipto con un poderoso ejército, con carros de guerra, y elefantes, y caballería, y un gran número de naves. 19 Y haciendo la guerra a Tolomeo, rey de Egipto, temió éste su encuentro, y echó a huir, y fueron muchos los muertos y heridos. 20 Entonces se apoderó Antíoco de las ciudades fuertes de Egipto, y saqueó todo el país.

21 Y después de haber asolado Egipto, volvió Antíoco el año ciento cuarenta y tres [10], y se dirigió contra Israel. 22 Y habiendo llegado a Jerusalén con un poderoso ejército, 23 entró lleno de soberbia en el santuario, y tomó el altar de oro [11], y el candelero con todas sus lámparas, y todos sus vasos, y la mesa de los panes de proposición, y las palanganas, y las copas, y los incensarios de oro, y el velo, y las coronas, y los adornos de oro que había en la fachada del templo, y todo lo hizo pedazos. 24 Tomó asimismo la plata y el oro, y los vasos preciosos, y los tesoros que encontró escondidos; y después de haberlo saqueado todo, volvió a su tierra, 25 habiendo hecho gran mortandad en las personas, y mostrado en sus palabras mucha soberbia [12].

[26] Fue grande el llanto que hubo en Israel y en todo el país.
[27] Gemían los príncipes y los ancianos, quedaban sin aliento las doncellas y los jóvenes, y desapareció la hermosura en las mujeres. [28] Se entregaron al llanto todos los esposos, y sentadas sobre el tálamo nupcial se deshacían en lágrimas las esposas. [29] Y se estremeció la tierra como compadecida de sus habitantes; y toda la casa de Jacob quedó cubierta de oprobio.

Jerusalén ocupada

[30] Cumplidos que fueron dos años, envió el rey por las ciudades de Judá al superintendente de tributos [13], el cual llegó a Jerusalén con gran acompañamiento. [31] Y habló a la gente con una fingida dulzura, y le creyeron. [32] Pero de repente se arrojó sobre los ciudadanos, e hizo en ellos una gran carnicería, quitando la vida a muchísima gente del pueblo de Israel. [33] Y saqueó la ciudad, y la entregó a las llamas, y derribó sus casas y los muros que la cercaban. [34] Y se llevaron los enemigos cautivas las mujeres, se apoderaron de sus hijos y de sus ganados.

[35] Y fortificaron la parte de Jerusalén llamada ciudad de David [14], con una gran y firme muralla, y con fuertes torres, e hicieron de ella una fortaleza; [36] y la guarnecieron de gente malvada, de hombres perversos, los cuales se hicieron allí fuertes, y metieron en ella armas y vituallas, y también los despojos de Jerusalén, [37] teniéndolos allí

como en custodia, y de esta suerte vinieron ellos a ser como un funesto lazo, 38 estando como en emboscada contra los que iban al lugar santo, y siendo como unos enemigos mortales de Israel [15], 39 pues derramaron la sangre inocente alrededor del santuario, y profanaron el lugar santo.

40 Por causa de ellos huyeron los habitantes de Jerusalén, viniendo ésta a quedar morada de extranjeros, y como extraña para sus naturales; los cuales la abandonaron. 41 Su santuario quedó desolado como un desierto, convertidos en día de llanto sus días festivos [16], en oprobio sus sábados, y reducidos a nada sus honores. 42 En fin, la grandeza de su ignominia igualó a la de su pasada gloria, y su alta elevación se convirtió o deshizo en llantos.

El decreto del rey y los mártires

43 En esto el rey Antíoco expidió cartas con órdenes por todo su reino, para que todos sus pueblos formasen uno solo [17], renunciando cada uno a su ley particular. 44 Se conformaron todas las gentes con este decreto del rey Antíoco; 45 y muchos del pueblo de Israel se sometieron a esta servidumbre, y sacrificaron a los ídolos, y violaron el sábado. 46 En efecto, el rey envió sus comisionados a Jerusalén y por todas las ciudades de Judá, con cartas o edictos; para que todos abrazasen las leyes de las naciones gentiles,

47 y se prohibiese ofrecer en el templo de Dios holocaustos,
sacrificios y oblaciones por los pecados, 48 y se impidiese la
celebración del sábado y de las solemnidades. 49 Mandó
además que se profanasen los santos lugares y el pueblo
santo de Israel. 50 Dispuso que se erigiesen altares y tem-
plos e ídolos, y que se sacrificasen carnes de cerdo y otros
animales inmundos [18]; 51 que dejasen sin circuncidar a sus
hijos, y que manchasen sus almas con toda suerte de vian-
das impuras y de abominaciones, a fin de que olvidasen la
ley de Dios, y traspasasen todos sus mandamientos; 52 y or-
denó que todos los que no obedeciesen las órdenes del rey
Antíoco perdiesen la vida. 53 A este tenor escribió Antíoco
a todo su reino; y nombró comisionados que obligasen al
pueblo [19] a hacer todo esto; 54 los cuales mandaron a las
ciudades de Judá que sacrificasen a los ídolos.

55 Y muchos del pueblo se unieron con aquellos que habían
abandonado la ley del Señor, e hicieron mucho mal en el
país; 56 y obligaron al pueblo de Israel a huir a parajes ex-
traviados, y a guarecerse en sitios muy ocultos.

57 El día quince del mes de Casleu del año ciento cuarenta y
cinco, colocó el rey Antíoco sobre el altar de Dios el abomi-
nable ídolo de la desolación [20], y por todas partes se eri-
gieron altares a los ídolos en todas las ciudades de Judá;
58 y quemaban inciensos y ofrecían sacrificios hasta delan-
te de las puertas de las casas y en las plazas. 59 Y despeda-

zando los libros de la ley de Dios, los arrojaban al fuego [21];
60 y a todo hombre en cuyo poder hallaban los libros del
Testamento del Señor, y a todos cuantos observaban la ley
del Señor, los despedazaban luego, en cumplimiento del
edicto del rey.

61 Con esta violencia trataban cada mes al pueblo de Israel
que habitaba en las ciudades. 62 Porque a los veinticinco
días del mes ofrecían ellos sacrificios sobre el altar [22], que
estaba erigido enfrente del altar de Dios. 63 Y las mujeres
que circuncidaban a sus hijos eran despedazadas, confor-
me a lo mandado por el rey Antíoco, 64 y a los niños los
ahorcaban [23] y dejaban colgados por el cuello en todas las
casas donde los hallaban, y despedazaban a los que los ha-
bían circuncidado.

65 En medio de esto muchos del pueblo de Israel resolvie-
ron en su corazón no comer viandas impuras; y eligieron
antes morir que contaminarse con manjares inmundos [24];
66 y no queriendo quebrantar la ley santa de Dios, fueron
despedazados. 67 Terrible fue sobremanera la ira del
Señor [25] que descargó sobre el pueblo de Israel.

¿Sabías que?

En el 168 a. C., cuando Antíoco IV invadía Egipto por segunda vez, le salió al encuentro un embajador romano, Cayo Popilio Lenas, con un decreto del Senado que le ordenaba retirarse. Según el historiador griego Polibio, el rey dijo que quería consultarlo con sus consejeros, y Popilio trazó con una vara de vid un círculo alrededor de él y le exigió la respuesta antes de que saliera de aquel círculo. Antíoco, atónito, cedió y volvió a Siria herido y quejoso (*Historias* XXIX,27). Daniel parece aludir a esta humillación: «vendrán contra él las naves de Cetim» (Dn 11,30), que la Vulgata traduce «trirremes y romanos»; y en seguida habla de la furia del rey «contra la alianza santa».

La era seléucida: las fechas del libro

Año del libro	A. C.	Qué pasa y dónde
137	175	Antíoco IV, rey (1,11)
143	169	Saqueo del templo (1,21-24)
145, 15 de Casleu	dic. 167	La abominación sobre el altar (1,57)
146	166	Muere Matatías (2,70)
148, 25 de Casleu	dic. 164	Dedicación del altar (4,52-59)
149	164	Muere Antíoco IV (6,16)
151	162	Demetrio I, rey (7,1)
152, mes 1.º	abr. 160	Muere Judas (9,3.18)
160, mes 7.º	oct. 152	Jonatás, sumo sacerdote (10,21)
170	142	«Quedó libre Israel» (13,41)
171, 23 del mes 2.º	jun. 141	Simón toma el alcázar (13,51)
172, 18 de Elul	sep. 140	Decreto en honor de Simón (14,27)
177, mes de Sabat	feb. 134	Asesinato de Simón (16,14)

La era empieza cuando Seleuco I recuperó Babilonia: otoño del 312 a. C. en la cuenta macedonia, primavera del 311 en la babilónica. Basta, por lo general, restar el año del libro de 312 o de 311. El primer libro cuenta desde la primavera y el segundo desde el otoño, y a veces discrepan en un año: «los judíos comenzaban el año desde la luna de marzo, y otros, como los antioquenos, desde la de setiembre» (Torres Amat). Algunas fechas se discuten: para la muerte de Antíoco IV (149) y la subida de Demetrio I (151), los historiadores suponen una cuenta que empieza un año antes. Sirve también para 2 Macabeos.

Los reyes de 1 y 2 Macabeos

Rey	Años (a. C.)	En el libro
Alejandro Magno, de Macedonia	336–323	1,1-8; 6,2
Antíoco III el Grande	223–187	Padre de Antíoco IV (1,11); 8,6-8
Seleuco IV Filopátor	187–175	Padre de Demetrio I (7,1); 2 Mac 3,3; 4,7
Antíoco IV Epífanes (Vulgata: *illustris*)	175–164	1,11 – 6,16; 2 Mac 4 – 9
Tolomeo VI Filométor, de Egipto	180–145	1,19; 10,51-58; 11,1-18; 2 Mac 4,21; 9,29
Antíoco V Eupátor	164–162	6,17 – 7,4; 2 Mac 10 – 13
Demetrio I Sóter	162–150	7,1 – 10,50; 2 Mac 14 – 15
Alejandro Balas	150–145	10,1 – 11,17
Demetrio II Nicátor	145–139 y 129–125	10,67 – 14,3
Antíoco VI, niño	145–142	11,39-57; 13,31
Trifón	142–138	11,39 – 15,39
Antíoco VII Sidetes	138–129	15,1-41
Arsaces (Mitrídates I), rey de los partos	hacia 171–132	14,2-3; 15,22

Los seléucidas reinaban en Antioquía de Siria, y los Tolomeos en Alejandría de Egipto. Judea perteneció a los Tolomeos hasta que Antíoco III la conquistó en la batalla de Panión, en el 200 a. C. Daniel describe a muchos de estos reyes como «el rey del norte» y «el rey del sur» (Dn 11). Los años son los de los historiadores modernos, que a veces discrepan en uno. Este cuadro sirve también para el segundo libro de los Macabeos.

PARA PROFUNDIZAR

Un solo pueblo bajo un solo rey: Antíoco IV y la helenización

El libro empieza con Alejandro Magno porque la crisis que cuenta es parte de su herencia. Tras sus conquistas (1,1-8), el griego se convirtió en la lengua común de Oriente, y surgieron por todas partes ciudades a la manera griega, con su teatro y su gimnasio. Judea pasó de los Tolomeos de Egipto a los seléucidas de Siria hacia el 200 a. C. Daniel vio esa historia como la carrera de un macho cabrío cuyo gran cuerno se rompe en cuatro (Dn 8,5-8.21-22; 11,3-4). Pero la cultura griega no fue solo una amenaza: en Alejandría, los judíos tradujeron al griego sus Escrituras, la versión de los Setenta, y en griego se escribirían el segundo libro de los Macabeos, la Sabiduría y el Nuevo Testamento.

La crisis empezó dentro de Israel. «Unos inicuos israelitas» proponen hacer alianza con las naciones (1,12-14), contra la advertencia de la Ley (Dt 7,2-3), y construyen un gimnasio en Jerusalén; algunos llegan a disimular su circuncisión (1,15-16). El primer libro calla los nombres; el segundo los da: Jasón, que compró el sumo sacerdocio, y Menelao, que lo compró después a mayor precio (ver 2 Mac 4). En ese segundo libro aparece, por primera vez que sepamos, la palabra griega de la que viene «judaísmo» (2 Mac 2,21), frente al «helenismo» (4,13): dos maneras de vivir que se enfrentan. Al principio no fue una lucha entre judíos y griegos, sino entre judíos.

Después vino la presión de fuera. Antíoco IV saqueó el templo al volver de Egipto (1,21-24; Dn 11,25-28), mandó arrasar Jerusalén y

levantó en la ciudad de David una fortaleza griega (1,30-40). Por fin publicó un decreto «para que todos sus pueblos formasen uno solo» (1,43): se prohibieron los sacrificios, el sábado y la circuncisión, se mandó sacrificar cerdos y quemar los libros, y el 15 de Casleu del 145, en diciembre del 167 a. C., se colocó sobre el altar «el abominable ídolo de la desolación» (ver nota a 1,57). Es la abominación de Daniel (Dn 9,27; 11,31; 12,11), que Jesús evocará (Mt 24,15).

¿Por qué un rey que gobernaba pueblos de dioses muy distintos quiso borrar la religión de uno de ellos? El libro responde con el decreto: una política de unidad. Los historiadores no conocen medidas parecidas en otras partes del reino, y proponen otras explicaciones, que no se excluyen. Tácito pensaba que el rey quiso quitar a los judíos su «superstición» y darles costumbres griegas (*Historias* V,8). E. Bickerman sostuvo en 1937 que la idea vino de los helenizantes radicales de Jerusalén, que querían un culto «reformado»; otros, como V. Tcherikover, ven en la persecución el castigo de una ciudad rebelde, después del golpe de Jasón y de los disturbios del 168 (2 Mac 5,5-14), cuando Roma acababa de humillar al rey en Egipto (ver el recuadro). Probablemente se mezclaron la política, las intrigas de los partidos de Jerusalén y la ira de un rey contrariado.

La Biblia guarda dos lecturas de la misma crisis. Muchos estudiosos piensan que las visiones de Daniel (Dn 7 – 12) son de esos mismos años: el perseguidor es un «cuerno pequeño» que habla contra el Altísimo y suprime el sacrificio perpetuo (Dn 7,8.25; 8,9-12); los sabios del pueblo instruyen a muchos y caen a espada y en el fuego, y reciben «un pequeño socorro» (Dn 11,33-35), en el que

muchos ven una alusión discreta a los Macabeos; la salvación vendrá de Dios, y los que duermen en el polvo despertarán (Dn 12,2). El primer libro de los Macabeos cuenta, en cambio, la resistencia armada de una familia. La Escritura conserva las dos voces: la paciencia de los mártires y la lucha de los que se defienden.

Para el cristiano, esta página enseña a discernir. La cultura de un pueblo no es enemiga de la fe: el misterio de Cristo debe vivirse en todas las culturas, que «no son abolidas sino rescatadas y realizadas por él» (Catecismo, n. 1204), y san Pablo citó a un poeta griego ante el Areópago (Hch 17,28). Lo que no se puede aceptar es la idolatría, que consiste en «divinizar lo que no es Dios», trátese del poder, del Estado o del dinero (n. 2113). La línea no pasaba entre griegos y judíos, sino entre Dios y los ídolos. La tentación de los helenizantes sigue viva: vivir como todos sin preguntarse qué se pierde (Rm 12,2). Ver los cuadros «Los reyes de 1 y 2 Macabeos» y «La era seléucida: las fechas del libro».

PARA PROFUNDIZAR

Eligieron antes morir: la fidelidad a la Ley hasta el martirio

Después del decreto de Antíoco, el capítulo termina con tres escenas contadas en pocas líneas. Los libros de la Ley se rompen y se queman, y muere quien los guarda (1,59-60), como el rey Joaquín había quemado el rollo de Jeremías (Jr 36,23). Las madres que circuncidan a sus hijos mueren con ellos (1,63-64; 2 Mac

6,10). Y muchos «resolvieron en su corazón no comer viandas impuras; y eligieron antes morir que contaminarse» (1,65-66; en el griego, 1,62-63). El capítulo 2 añadirá los mil que murieron en las cuevas por no profanar el sábado (2,29-38; ver nota a 2,41). El narrador no adorna ni explica: anota los hechos, y la ira que cayó sobre Israel (1,67).

¿Por qué morir por un alimento, un rito o un día? Porque eran las señales de la alianza. La circuncisión es «señal de la alianza» entre Dios y la descendencia de Abrahán (Gn 17,10-14); el sábado, «una señal entre mí y vosotros» (Éx 31,13-17); las leyes sobre los alimentos separaban a Israel como pueblo santo: «sed santos, porque yo soy santo» (Lv 11,44-45). En el destierro y entre los paganos, estas prácticas se habían convertido en la forma visible de pertenecer al Dios de Israel: Daniel no quiso contaminarse con la comida del rey (Dn 1,8), ni Tobías en Nínive (Tob 1,10-11), ni Judit en el campamento de Holofernes (Jdt 12,2). Antíoco atacó precisamente esas señales (1,48-51). Ceder en ellas era, para aquellos judíos, renegar de la alianza; por eso el griego dice que murieron para «no profanar la alianza santa» (1,66).

La Iglesia ha visto en ellos verdaderos testigos de Dios. San Agustín explica que los libros de los Macabeos los tiene por canónicos la Iglesia, no los judíos, a causa de los sufrimientos extremos y admirables de unos mártires que, antes de que Cristo viniera en la carne, lucharon por la ley de Dios hasta la muerte (*La ciudad de Dios* XVIII,36). La carta a los Hebreos, al recordar a los que «fueron torturados, rehusando la liberación, para alcanzar una resurrección mejor» (Hb 11,35), piensa probablemente en ellos. El segundo libro les pone rostro: el anciano Eleazar, que no quiso ni

siquiera fingir que comía carne de cerdo, y los siete hermanos con su madre (ver 2 Mac 6 – 7).

Queda una pregunta. Los cristianos no guardamos esas leyes: Jesús «declaraba puros todos los alimentos» (Mc 7,19; Catecismo, n. 582), y Pedro oyó en Jope que no llamara profano a lo que Dios ha purificado (Hch 10,9-16). ¿Por qué honrar a quienes murieron por no comer carne de cerdo? Porque lo que se alaba no es una norma alimentaria, sino la fidelidad a Dios ante la amenaza de muerte. La Ley antigua es santa, aunque imperfecta; san Ireneo la llamaba «profecía y pedagogía de las realidades venideras» (Catecismo, nn. 1963-1964). Aquellos judíos obedecían el mandato de Dios tal como lo conocían, y «la persona humana debe obedecer siempre el juicio cierto de su conciencia» (n. 1790). El perseguidor no les pedía un plato, sino una apostasía pública.

El Catecismo llama al martirio «el supremo testimonio de la verdad de la fe»: el mártir «soporta la muerte mediante un acto de fortaleza» (n. 2473), la virtud que «hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte» (n. 1808). Y recuerda que «numerosos mártires han muerto por no adorar a "la Bestia", negándose incluso a simular su culto» (n. 2113). Los cristianos que se negaron a quemar incienso ante la imagen del emperador, o a entregar las Escrituras en la persecución de Diocleciano (ver nota a 1,59), se reconocieron en estos judíos fieles.

«Eligieron antes morir»: el texto subraya la libertad. No son víctimas pasivas, sino personas que deciden qué vale más que la vida. Pocos tendremos que elegir así, pero todos conocemos formas pequeñas de la misma prueba: callar la fe para no desento-

nar, ceder en lo que sabemos que está mal porque «todos lo hacen». La respuesta de estos mártires sin nombre es la que Matatías dejará a sus hijos: «Todos aquellos que ponen en Dios su esperanza, no desfallecen» (2,61).

PAUSA

1. Los helenizantes creían que separarse de las naciones solo les había traído desgracias (1,12). ¿En qué momentos sientes que tu fe te hace perder oportunidades?
2. Antíoco atacó los signos visibles de la fe: el sábado, la circuncisión, los libros. ¿Qué signos de tu fe se ven en tu vida diaria, y cuánto te costaría renunciar a ellos?
3. Muchos «eligieron antes morir». ¿Hay algo que no harías aunque te costara caro?

Para orar. *Señor, dame la firmeza de los que eligieron morir antes que traicionarte, y no permitas que juzgue a los que tienen miedo.*

2

Matatías se levanta en Modín

Frente a la persecución se alza una familia de sacerdotes. El capítulo presenta a Matatías y a sus cinco hijos, con su lamento por Jerusalén (vv. 1-14); su negativa a sacrificar en Modín, la muerte del judío que iba a ofrecer el sacrificio y del comisionado del rey, y la huida a los montes (vv. 15-28); la matanza de los mil que no quisieron defenderse en sábado, la decisión de pelear y la primera campaña (vv. 29-48); y el testamento del anciano, una galería de héroes de la fe, antes de su muerte (vv. 49-70). Aquí empieza la revuelta de los Macabeos.

Matatías y sus hijos

1 En aquellos días se levantó Matatías, hijo de Juan, hijo de
Simeón, sacerdote de la familia de Joarib [1], y huyendo de
Jerusalén se retiró al monte de Modín. 2 Tenía Matatías
cinco hijos: Juan, llamado por sobrenombre Gaddis; 3 y Si-
món, por sobrenombre Tasi; 4 y Judas, que era apellidado
Macabeo [2]; 5 y Eleázaro, denominado Abarón [3]; y Jona-
tás, conocido con el sobrenombre de Apfus.

6 Y al ver éstos los estragos que se hacían en el pueblo de
Judá y en Jerusalén, 7 exclamó Matatías: ¡Infeliz de mí!
¿Por qué he venido yo al mundo para ver la ruina de mi

patria y la destrucción de la ciudad santa, y para estarme
sin hacer nada por ella al tiempo que es entregada en po-
der de sus enemigos? [8] Se hallan las cosas santas en manos
de los extranjeros; y su templo es como un hombre que
está difamado [4]. [9] Sus vasos preciosos han sido saqueados
y llevados fuera; despedazados por las plazas sus
ancianos [5], y muertos al filo de la espada enemiga sus jó-
venes. [10] ¿Qué nación hay que no haya participado algo de
este infeliz reino, o tenido parte en sus despojos?
[11] Arrebatado le ha sido todo su esplendor; y la que antes
era libre, es en el día esclava. [12] En fin, todo cuanto tenía-
mos de santo, de ilustre y de glorioso, otro tanto ha sido
asolado y profanado por las naciones. [13] ¿Para qué, pues,
queremos ya la vida? [14] Y rasgaron sus vestidos Matatías y
sus hijos y se cubrieron de cilicios; y lloraban amargamen-
te.

La negativa de Modín

[15] A este tiempo llegaron allí los comisionados, que el rey
Antíoco enviaba [6], para obligar a los que se habían refu-
giado en la ciudad de Modín a que ofreciesen sacrificios y
quemasen inciensos a los ídolos, y abandonasen la ley de
Dios. [16] En efecto, muchos del pueblo de Israel consintie-
ron en ello, y se les unieron. Pero Matatías y sus hijos per-
manecieron firmes. [17] Y tomando la palabra los comisiona-
dos de Antíoco, dijeron a Matatías: Tú eres el principal, el

más grande y el más esclarecido de esta ciudad, y glorioso con esa corona de hijos y de hermanos. [18] Ven, pues, tú el primero, y haz lo que el rey manda, como lo han hecho ya todas las gentes, y los varones de Judá, y los que han quedado en Jerusalén; y con esto tú y tus hijos seréis del número de los amigos del rey, el cual os llenará de oro y plata, y de grandes dones.

[19] Respondió Matatías, y dijo en voz muy alta: Aunque todas las gentes obedezcan al rey Antíoco, y todos abandonen la observancia de la ley de sus padres, y se sometan a los mandatos del rey, [20] yo, y mis hijos, y mis hermanos obedeceremos siempre la ley santa de nuestros padres. [21] Quiera Dios concedernos esta gracia. No nos es provechoso abandonar la ley [7] y los preceptos de Dios. [22] No, nunca daremos oídos a las palabras del rey Antíoco, ni ofreceremos sacrificios a los ídolos, violando los mandamientos de nuestra ley por seguir otros caminos o religión.

[23] Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando a vista de todos se presentó un cierto judío para ofrecer sacrificio a los ídolos sobre el altar que se había erigido en la ciudad de Modín, conforme a la orden del rey. [24] Lo vio Matatías, y se llenó de dolor; se le conmovieron las entrañas [8]; e inflamándose su furor o celo, conforme al espíritu de la ley [9], se arrojó sobre él, y lo despedazó so-

bre el mismo altar. 25 No contento con esto, mató al mismo
tiempo al comisionado del rey Antíoco, que forzaba a la
gente a sacrificar, y derribó el altar; 26 mostrando así su
celo por la ley, e imitando lo que hizo Finees con Zamri,
hijo de Salomí.

27 Y, hecho esto, fue gritando Matatías a grandes voces por
la ciudad, diciendo: Todo el que tenga celo por la ley, y
quiera permanecer firme en la alianza del Señor,
sígame [10]. 28 E inmediatamente huyó con sus hijos a los
montes [11], y abandonaron todo cuanto tenían en la ciu-
dad.

Los mil de las cuevas y la decisión del sábado

29 Entonces muchos que amaban la ley y la justicia, se fue-
ron al desierto; 30 y permanecieron allí con sus hijos, con
sus mujeres y sus ganados, porque se veían inundados de
males.

31 Se dio aviso a los oficiales del rey y a las tropas que había
en Jerusalén, ciudad de David, de cómo ciertas gentes que
habían hollado el mandato del rey, se habían retirado a los
lugares ocultos del desierto, y que les habían seguido otros
muchos. 32 Por lo que marcharon al punto contra ellos, y
se prepararon para atacarlos en día de sábado; 33 pero an-
tes les dijeron: ¿Queréis todavía resistiros? Salid, y obede-
ced el mandato del rey Antíoco, y quedaréis salvos. 34 De

ningún modo saldremos, respondieron ellos, ni obedeceremos al rey ni violaremos el sábado.

35 Entonces las tropas del rey se arrojaron sobre ellos;
36 pero tan lejos estuvieron los judíos de resistirles, que ni
tan siquiera les tiraron una piedra, ni aún cerraron las bocas de las cavernas; 37 sino que dijeron: Muramos todos en
nuestra sencillez o inocencia [12], y el cielo y la tierra nos
serán testigos de que injustamente nos quitáis la vida.
38 En efecto, los enemigos los acometieron en día de sábado; y perecieron tanto ellos como sus mujeres, hijos y ganados, llegando a mil las personas que perdieron la vida.

39 Sabido eso por Matatías y sus amigos, hicieron por ellos
un gran duelo, 40 y se dijeron unos a otros: Si todos nosotros hiciéramos como han hecho nuestros hermanos, y no
peleáramos para defender nuestras vidas y nuestra ley
contra las naciones, en breve tiempo acabarán con nosotros. 41 Así, pues, tomaron aquel día esta resolución: Si alguno, dijeron, nos acomete en día de sábado, pelearemos
contra él [13]: y así no moriremos todos, como han muerto
en las cavernas nuestros hermanos.

42 Entonces vino a reunirse con ellos la congregación de
los asideos [14], que eran hombres de los más valientes de Israel, y celosos todos de la ley; 43 y también se les unieron
todos los que huían acosados de las calamidades, y les sirvieron de refuerzo. 44 Formaron de todos un ejército, y se

arrojaron furiosamente sobre los prevaricadores de la ley y sobre los hombres malvados, sin tener de ellos piedad alguna; y los que quedaron con vida huyeron a ponerse a salvo entre las naciones.

45 Matatías después con sus amigos recorrió todo el país, y destruyeron los altares; 46 y circuncidaron a cuantos niños hallaron incircuncisos [15], y obraron con gran celo. 47 Persiguieron a sus orgullosos enemigos y salieron prósperamente en todas sus empresas. 48 Y salvaron la ley contra el poder de los gentiles y el poder de los reyes; y no dejaron al malvado que abusase de su poder [16].

El testamento de Matatías

49 Se acercaron entretanto los días de la muerte de Matatías, el cual juntando a sus hijos, les habló de esta manera: Ahora domina la soberbia, y es el tiempo del castigo y de la ruina, y del furor e indignación. 50 Por lo mismo ahora, oh hijos míos, sed celosos de la ley, y dad vuestras vidas en defensa del Testamento de vuestros padres. 51 Acordaos de las obras que hicieron en sus tiempos vuestros antepasados, y os adquiriréis una gloria grande y un nombre eterno.

52 Abrahán por ventura, ¿no fue hallado fiel en la prueba [17] que de él se hizo, y le fue imputado esto a justicia? 53 José en el tiempo de su aflicción observó los manda-

mientos de Dios, y vino a ser el señor de Egipto. 54 Finees,
nuestro padre [18], porque se abrasó en celo por la honra de
Dios, recibió la promesa de un sacerdocio eterno. 55 Josué,
por su obediencia, llegó a ser caudillo de Israel. 56 Caleb,
por el testimonio que dio en la congregación del pueblo,
recibió una rica herencia. 57 David, por su misericordia [19],
se adquirió para siempre el trono del reino de Israel.
58 Elías, por su abrasado celo por la ley, fue recibido en el
cielo. 59 Ananías, Azarías y Misael fueron librados de las
llamas por su viva fe. 60 Daniel, por su sinceridad [20], fue
librado de la boca de los leones.

61 Y a este modo id discurriendo de generación en genera-
ción: Todos aquellos que ponen en Dios su esperanza, no
desfallecen [21]. 62 Y no os amedrenten los fieros del hombre
pecador; porque su gloria no es más que basura y pasto de
gusanos [22]. 63 Hoy es ensalzado, y mañana desaparece;
porque se convierte en el polvo de que fue formado, y se
desvanecen como humo todos sus designios. 64 Sed, pues,
constantes vosotros, ¡oh hijos míos!, y obrad vigorosa-
mente en defensa de la ley; pues ella será la que os llenará
de gloria.

65 Ahí tenéis a Simón, vuestro hermano; yo sé que es hom-
bre de consejo; escuchadle siempre, y él hará para con vo-
sotros las veces de padre. 66 Judas Macabeo ha sido esfor-
zado y valiente desde su juventud, sea, pues, él el general

de vuestro ejército, y el que conduzca el pueblo a la guerra.
67 Reunid a vosotros todos aquellos que observan la ley, y
vengad a vuestro pueblo de sus enemigos. 68 Dad a las gentes su merecido [23], y sed solícitos en guardar los preceptos
de la ley.

69 En seguida les echó su bendición, y fue a reunirse con
sus padres. 70 Murió Matatías el año ciento cuarenta y
seis [24], y lo sepultaron sus hijos en Modín, en el sepulcro
de sus padres, y todo Israel le lloró amargamente.

¿Sabías que?

El historiador judío Flavio Josefo contó dos veces la rebelión de Matatías, y no del mismo modo. En *La guerra de los judíos*, escrita en los años setenta del siglo I, dice brevemente que Matatías, «hijo de Asamoneo», mató con puñales a Báquides, el general del rey, y que dejó el mando a Judas, «su hijo mayor» (I,1,3). Unos veinte años después, en las *Antigüedades judías*, sigue de cerca este capítulo de 1 Macabeos, y añade detalles: los hijos de Matatías llevaban espadas, el comisionado del rey se llamaba Apeles, y Matatías gritó: «Si alguno tiene celo por las leyes de su patria y por el culto de Dios, que me siga» (XII,6,2). Todo indica que, para entonces, Josefo tenía delante nuestro libro.

La familia de Matatías

Quién	Sobrenombre y papel	Final
Matatías	Sacerdote de Joarib; inicia la revuelta (2,1-28)	Muere en el 166 a. C.; sepultado en Modín (2,70)
Juan	Gaddis (2,2)	Muerto por los hijos de Jambri (9,36-42)
Simón	Tasi (2,3); «hombre de consejo» (2,65); jefe y sumo sacerdote	Asesinado por su yerno en el 134 a. C. (16,14-16)
Judas	Macabeo (2,4); general (2,66; 3,1)	Muere en Laisa en el 160 a. C. (9,18)
Eleázaro	Abarón (2,5); «hijo de Saura» en 6,43	Aplastado por un elefante (6,46)
Jonatás	Apfus (2,5); caudillo y sumo sacerdote (9,31; 10,20)	Muerto por Trifón en Bascamán (13,23)
Juan, hijo de Simón	General en Gázara (13,54); Josefo lo llama Hircano	Sumo sacerdote, 134–104 a. C. (16,23-24)
Judas y Matatías	Hijos de Simón (16,14)	Asesinados con su padre (16,16)
Tolomeo, hijo de Abobo	Yerno de Simón (16,11-12)	El asesino; Juan escapa (16,19-22)

Los sobrenombres de los hijos son de sentido incierto, salvo quizá «Macabeo», «martillo» (ver nota a 2,4). Ninguno de los cinco murió en su lecho. Josefo llama a la familia «asmonea», por un antepasado, Asamoneo. Simón levantó en Modín un sepulcro con siete pirámides para sus padres y sus cuatro hermanos (13,27-30).

Los padres que recuerda Matatías

Quién	Qué hizo, según 1 Mac 2	Dónde se cuenta
Abrahán	Fiel en la prueba; «le fue imputado esto a justicia» (2,52)	Gn 15,6; 22,1-18
José	Guardó los mandamientos en la aflicción; señor de Egipto (2,53)	Gn 39 – 41
Finees	Celo por la honra de Dios; sacerdocio eterno (2,54)	Nm 25,7-13
Josué	Obediencia («cumplió la palabra»); caudillo, juez en el griego (2,55)	Nm 27,18-23; Jos 1
Caleb	Dio testimonio ante la asamblea; recibió herencia (2,56)	Nm 13,30; 14,6-9.24; Jos 14,6-14
David	Misericordia; el trono para siempre (2,57)	1 Sam 24; 26; 2 Sam 7,16
Elías	Celo por la ley; recibido en el cielo (2,58)	1 Re 18 – 19; 2 Re 2,11
Ananías, Azarías y Misael	Fe; librados de las llamas (2,59)	Dn 3
Daniel	Sinceridad o inocencia; librado de los leones (2,60)	Dn 6,23

Es una galería de fieles como la del Eclesiástico (Sir 44 – 50) y la de la carta a los Hebreos, que también recuerda a Abrahán, a José, a Daniel y a sus compañeros (Hb 11,17-22.33-34). Cada uno fue fiel en la prueba, y Dios lo recompensó; no aparece Moisés, y la lista llega hasta el destierro. La misa por los cristianos perseguidos lee 2,49-52.57-64.

PARA PROFUNDIZAR

El celo de Matatías

La escena de Modín (2,15-28) es el comienzo de la revuelta. Los comisionados del rey piden al hombre principal de la ciudad que dé ejemplo sacrificando el primero. Le ofrecen lo que un rey helenístico podía dar: ser contado entre los «amigos del rey», y oro, plata y regalos (2,17-18). Matatías responde en voz alta: aunque todas las naciones obedezcan, él, sus hijos y sus hermanos seguirán la ley de sus padres (2,19-22). Es la respuesta de los tres jóvenes a Nabucodonosor, que no darían culto a sus dioses (Dn 3,18), y la de los apóstoles ante el Sanedrín: «hay que obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5,29). Hasta aquí, Matatías es un testigo.

Luego viene lo que el libro llama su celo. Un judío se adelanta a sacrificar, y Matatías lo mata sobre el altar; mata también al comisionado y derriba el altar (2,23-25). El narrador lo aprueba: obró «conforme al espíritu de la ley» (ver nota a 2,24), como Finees con Zamri (2,26; Nm 25). Su grito, «todo el que tenga celo por la ley… sígame» (2,27), repite el de Moisés después del becerro de oro, cuando reunió a los levitas para castigar a los idólatras (Éx 32,26-29). En su testamento pondrá como modelos a Finees y a Elías (2,54.58), el profeta que degolló a los profetas de Baal y se abrasaba de celo por el Señor (1 Re 18,40; 19,10). El libro presenta así a Matatías como un nuevo Finees: un sacerdote celoso que funda una familia de sacerdotes y de jefes. Sobre Finees y su relectura en el Nuevo Testamento, ver el ensayo «Finees: el celo y la violencia», en Nm 25.

Conviene distinguir a los dos muertos. El comisionado era el agente de una persecución que imponía la apostasía bajo pena de muerte (1,52); hacerle frente era defender a un pueblo indefenso. El otro era un judío que, quizá por miedo, iba a hacer lo que muchos ya habían hecho (1,45; 2,16). La Ley castigaba al que arrastraba a otros a la idolatría (Dt 13,7-12), pero exigía una investigación y testigos (Dt 17,2-7); Matatías lo mata en el acto. Y su celo seguirá en la guerra contra los «prevaricadores de la ley», «sin tener de ellos piedad alguna» (2,44), y en las circuncisiones a la fuerza (2,46): la revuelta contra Antíoco fue también, en parte, una guerra entre judíos.

La tradición cristiana no ocultó el episodio, pero lo leyó desde Cristo. San Cipriano, que escribía para cristianos amenazados de muerte, recuerda que Matatías mató al que se acercó al altar, para mostrar cuánto aborrece Dios la idolatría; pero la conclusión que saca es otra: si esos preceptos se guardaban antes de Cristo, con más razón ahora, cuando Cristo nos enseñó con su ejemplo a padecer y a morir (*Exhortación al martirio* 5). El celo pasa de la mano que mata al testigo que muere. Jesús reprendió a los discípulos que querían hacer bajar fuego del cielo, como Elías (Lc 9,54-55), mandó a Pedro envainar la espada (Mt 26,52) y dijo que su reino no se defiende con soldados (Jn 18,36).

La enseñanza de la Iglesia ayuda a separar lo que el libro junta. «En materia religiosa, ni se obligue a nadie a actuar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella» (Catecismo, n. 2106, que cita *Dignitatis humanae*, n. 2): esto condena ante todo a Antíoco, que mataba a quien no apostataba, pero excluye también matar al que apostata. La legítima defensa, en cambio,

«puede ser no solamente un derecho, sino un deber grave, para el que es responsable de la vida de otro» (n. 2265), bajo condiciones estrictas (n. 2309); así leyó la tradición la guerra de los Macabeos (ver nota a 2,41). La Pontificia Comisión Bíblica pide que los textos violentos de la Biblia se interpreten «en el contexto global de la Escritura» y «a la luz del mensaje evangélico del amor incluso a los enemigos» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 125).

El libro alaba a un anciano que no se dejó comprar cuando todos cedían. Su valentía y su lealtad a Dios siguen siendo admirables; su gesto en el altar se lee a la luz del Evangelio, que no apaga el celo, sino que lo convierte en caridad: «la caridad es paciente... no se irrita» (1 Cor 13,4-5). El celo que pide Cristo es el de quien está dispuesto a dar la vida, no a quitarla.

PARA PROFUNDIZAR

Si alguno nos acomete en sábado: la vida y la Ley

Huyendo de la persecución, muchos que amaban la ley bajaron al desierto con sus hijos, sus mujeres y sus ganados (2,29-30). Las tropas de Jerusalén los alcanzan, eligen para el ataque el día de sábado y les ofrecen la vida si salen y obedecen al rey. Ellos responden que no saldrán ni profanarán el sábado, y no tiran una piedra ni tapan la entrada de las cuevas: «Muramos todos en nuestra sencillez» (2,31-37). Mueren mil personas, con sus mujeres, sus hijos y sus ganados (2,38). Josefo cuenta que los quemaron dentro de las cuevas (*Antigüedades* XII,6,2), y el segundo li-

bro recuerda otra escena igual (2 Mac 6,11). Para ellos, pelear era trabajar en el día santo, y el mandamiento era claro (Éx 20,8-11; 16,29).

Matatías y los suyos lloran a sus hermanos y razonan: si todos hacemos lo mismo, acabarán con nosotros, y con nosotros desaparecerá la ley (2,39-40). Deciden pelear contra quien los ataque en sábado (2,41; ver nota a 2,41). No es una dispensa general: se trata de defenderse, no de emprender la guerra en el día santo. Josefo dice que la regla seguía vigente en su tiempo, «si hay necesidad», y cuenta cómo Pompeyo se aprovechó de ella en el 63 a. C.: sus soldados levantaban los terraplenes del asedio en sábado, cuando los judíos no atacaban, y así pudo acercar sus máquinas al templo (*Antigüedades* XII,6,2; XIV,4,2-3). En este libro, Jonatás combatirá en sábado cuando Báquides lo ataque junto al Jordán (9,43-49); el segundo cuenta que Judas dejó de perseguir al enemigo para guardar el sábado (2 Mac 8,26-28) y que Nicanor quiso atacarlo precisamente ese día (2 Mac 15,1-5).

La tradición judía posterior desarrolló el principio. En el Talmud, varios maestros discuten de dónde se deduce que salvar una vida está por encima del sábado: uno dice que el sábado ha sido entregado en vuestras manos, y no vosotros a él; otro, que conviene profanar un sábado para que una persona pueda guardar muchos; y Samuel cita la Ley, «los cumplirá el hombre y vivirá por ellos» (Lv 18,5), para concluir que debe vivir por los mandamientos, no morir por ellos (*Yomá* 85b).

Jesús habló un lenguaje muy cercano: «el sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado» (Mc 2,27), y

preguntó en la sinagoga si es lícito en sábado «salvar una vida en vez de destruirla» (Mc 3,4; Catecismo, n. 2173). Recordó que nadie deja de sacar en sábado al hijo o al buey caído en un pozo (Lc 14,5), y que si un niño se circuncida en sábado, no hay motivo para indignarse porque él cure a un hombre entero (Jn 7,23). Pero Jesús no usó ese principio para defenderse con armas: en su pasión siguió el camino de los mártires de las cuevas, no el de los guerreros.

Los Padres y los teólogos leyeron así la decisión de Matatías. San Ambrosio elogia a la vez a los que se dejaron matar gustosamente antes que profanar el sábado y a los Macabeos que, viendo que podía perecer toda la nación, pelearon también en sábado y vengaron la muerte de sus hermanos inocentes (*De officiis* I,40,206); Torres Amat lo resume en su nota: «conocieron que era voluntad de Dios que peleasen». Santo Tomás cita 2,41 para enseñar que la observancia de las fiestas no impide lo que se ordena a la salvación del hombre: si se puede atender a un enfermo en día de fiesta, con más razón se puede defender el bien común, siempre que haya necesidad, porque negarse sería tentar a Dios; y cuando la necesidad cesa, ya no es lícito pelear (*Suma teológica* II-II, q. 40, a. 4). El Catecismo, al hablar del domingo, reconoce que «las necesidades familiares o una gran utilidad social» excusan del descanso (n. 2185).

Las dos actitudes no se oponen. Los mil de las cuevas enseñan que Dios está por encima de la propia vida; Matatías, que la Ley se dio para que el pueblo viviera, no para su exterminio. Las dos son fidelidad. También el cristiano tiene que discernir: hay cosas que nunca se pueden hacer, aunque cueste la vida, como renegar

de Dios; y hay preceptos que ceden ante la vida y la caridad, como el descanso que se interrumpe para cuidar a un enfermo. La pregunta de Jesús sigue siendo la clave: ¿para quién es el sábado?

PAUSA

1. Matatías se negó a ser el primero en ceder, aunque le ofrecían oro y la amistad del rey. ¿Qué ventajas te piden ceder en algo esencial?
2. El celo de Matatías terminó en violencia. ¿Cómo distingues en ti el celo por Dios de la ira o del deseo de imponerte?
3. Matatías dejó a sus hijos la memoria de los fieles que lo precedieron. ¿Qué historias de fe quieres dejar tú a los que vienen detrás?

Para orar. *Señor, que ponga en ti mi esperanza para no desfallecer, y que mi celo por ti sea siempre caridad.*

3

Judas Macabeo

Muerto Matatías, el mando pasa a su hijo Judas, y el libro lo saluda con un breve poema épico (vv. 1-9). Siguen sus dos primeras victorias, sobre Apolonio y sobre Serón (vv. 10-26); la reacción de Antíoco, que, falto de dinero, marcha a Persia y deja a Lisias el encargo de borrar a Israel (vv. 27-41), y la preparación de los judíos en Masfa, con ayuno, lectura de la Ley y oración, ante el gran ejército acampado en Emmaús (vv. 42-60). La clave la da el mismo Judas: el triunfo no depende «de la multitud de las tropas, sino del cielo» (v. 19).

Elogio de Judas Macabeo

1 Y lo sucedió en el gobierno su hijo Judas [1], que tenía el
sobrenombre de Macabeo. 2 Le ayudaban todos sus herma-
nos y todos cuantos se habían unido con su padre, y pelea-
ban con alegría por la defensa de Israel.

3 Y dio Judas nuevo lustre a la gloria de su pueblo; se revis-
tió cual gigante o campeón [2] la coraza, se ciñó sus armas
para combatir, y protegía con su espada todo el campa-
mento. 4 Parecía un león en sus acciones, y se asemejaba a
un cachorro cuando ruge sobre la presa [3]. 5 Persiguió a los
malvados, buscándolos por todas partes, y abrasó en las

llamas a los que turbaban el reposo de su pueblo [4]. [6] El temor que infundía su nombre hizo desaparecer a sus enemigos; todos los malvados se llenaron de turbación; y con su brazo obró la salud del pueblo.

[7] Daba mucho que entender a varios reyes; sus acciones eran la alegría de Jacob, y será eternamente bendita su memoria [5]. [8] Y recorrió las ciudades de Judá, exterminando de ellas a los impíos, y apartó el azote de sobre Israel [6]. [9] Su nombradía llegó hasta el cabo del mundo, y reunió alrededor de sí a los que estaban a punto de perecer.

Apolonio y Serón

[10] Apolonio, al saber eso, juntó las naciones y sacó de Samaria un gran y poderoso ejército para pelear contra Israel. [11] Informado de ello Judas, le salió al encuentro, y lo derrotó, y quitó la vida; quedando en el campo de batalla un gran número de enemigos, y echando a huir los restantes. [12] Se apoderó en seguida de sus despojos, reservándose Judas para sí la espada de Apolonio [7]; de la cual se servía siempre en los combates.

[13] En esto llegó a noticia de Serón, general del ejército de la Siria, que Judas había congregado una gran muchedumbre, y reunido consigo toda la gente fiel; [14] y dijo: Yo voy a ganarme gran reputación y gloria en todo el reino, derrotando a Judas y a los que le siguen; los cuales no hacen

caso de las órdenes del rey. 15 Con esto se preparó para acometer; y se le unió un considerable refuerzo de tropas de
impíos para vengarse de los hijos de Israel. 16 Y avanzaron
hasta Bet-Horón, y Judas les salió al encuentro con pocas
tropas.

17 Así que éstas vieron al ejército que venía contra ellas, dijeron a Judas: ¿Cómo podremos nosotros pelear contra un
ejército tan grande y valeroso, siendo como somos tan pocos y estando debilitados por el ayuno de hoy [8]? 18 Y respondió Judas: Fácil cosa es que muchos sean presa de pocos; pues cuando el Dios del cielo quiere dar la victoria [9],
lo mismo tiene para él que haya poca o que haya mucha
gente; 19 porque el triunfo no depende en los combates de
la multitud de las tropas, sino del cielo, que es de donde
proviene toda fortaleza. 20 Ellos vienen contra nosotros
con una turba de gente insolente y orgullosa, con el fin de
aniquilarnos a nosotros y a nuestras mujeres, y a nuestros
hijos, y despojarnos de todo; 21 mas nosotros vamos a combatir por nuestras vidas y por nuestra ley. 22 El Señor mismo los hará pedazos en nuestra presencia; y así no los temáis.

23 Luego que acabó de pronunciar estas palabras se arrojó
de improviso sobre los enemigos, y derrotó a Serón con
todo su ejército. 24 Y lo persiguió desde la bajada de Bet-
Horón hasta el llano [10], y habiendo quedado ochocientos

hombres tendidos en el campo de batalla, huyeron los demás al país de los filisteos. 25 Con esto Judas y sus hermanos eran el terror de todas las naciones circunvecinas; 26 y su fama llegó hasta los oídos del rey, y en todas partes se hablaba de las batallas de Judas.

Antíoco marcha a Persia; Lisias, regente

27 Luego que el rey Antíoco recibió estas noticias, se embraveció sobremanera, y mandó que se reunieran las tropas de todo su reino, y se formase un poderosísimo ejército. 28 Y abrió su erario, y habiendo dado a las tropas la paga de un año, les mandó que estuviesen preparadas para todo. 29 Mas observó luego que se iba acabando el dinero de sus tesoros, y que sacaba pocos tributos de aquel país de la Judea, por causa de las disensiones y de la miseria, que él mismo había ocasionado, queriendo abolir los fueros que allí regían desde tiempos antiguos [11]; 30 y temió que no podría ya gastar, ni dar como antes hacía, con largueza y con una magnificencia superior a la de todos los reyes sus predecesores. 31 Hallándose, pues, en gran consternación, resolvió pasar a Persia, con el fin de recoger los tributos de aquellos países, y juntar gran cantidad de dinero.

32 Y dejó a Lisias, príncipe de la sangre real, por lugarteniente del reino desde el Eufrates hasta el río de Egipto [12], 33 y para que tuviese cuidado de la educación de su hijo Antíoco, hasta que él volviese. 34 Le dejó la mitad del ejército,

y de los elefantes, y le comunicó órdenes sobre todo aquello que él quería que se hiciese; y también por lo respectivo a los habitantes de la Judea y de Jerusalén, 35 mandándole que enviase contra ellos un ejército para destruir y exterminar el poder de Israel, y las reliquias que quedaban en Jerusalén, y borrar de aquel país hasta la memoria de ellos; 36 y que estableciese en aquella región habitantes de otras naciones, distribuyéndoles por suerte todas sus tierras. 37 Tomó, pues, el rey la otra mitad del ejército, y partiendo de Antioquía, capital de su reino, el año ciento cuarenta y siete [13], y pasando el río Eufrates, recorrió las provincias superiores.

38 En esto eligió Lisias a Tolomeo, hijo de Dorimino, a Nicanor y a Gorgias [14], que eran personas de gran valimiento entre los amigos del rey; 39 y envió con ellos cuarenta mil hombres de a pie y siete mil de a caballo, para que pasasen a asolar la tierra de Judá, según lo había dejado dispuesto el rey. 40 Avanzaron, pues, con todas sus tropas, y vinieron a acampar en la llanura de Emmaús [15]. 41 Y oyendo la noticia de su llegada los mercaderes de aquellas naciones circunvecinas, tomaron consigo gran cantidad de oro y plata; y con muchos criados vinieron a los campamentos con el fin de comprar por esclavos a los hijos de Israel [16]; y se unieron con ellos las tropas de la Siria y las de otras naciones.

Ayuno y oración en Masfa

42 Judas y sus hermanos, viendo que se aumentaban las calamidades, y que los ejércitos se iban acercando a sus confines, y habiendo sabido la orden que había dado el rey de exterminar y acabar con el pueblo de Israel, 43 se dijeron unos a otros: Reanimemos nuestro abatido pueblo, y peleemos en defensa de nuestra patria y de nuestra santa religión. 44 Se reunieron, pues, en un cuerpo para estar prontos a la batalla, y para hacer oración e implorar del Señor su misericordia y gracia. 45 Se hallaba a esta sazón Jerusalén sin habitantes, de modo que parecía un desierto; no se veían ya entrar ni salir los naturales de ella, era hollado el santuario, los extranjeros eran dueños del alcázar, el cual servía de habitación a los gentiles: Desterrada estaba de la casa de Jacob toda alegría, no se oía ya en ella flauta ni cítara [17].

46 Habiéndose, pues, reunido, se fueron a Masfa, que está enfrente de Jerusalén; por haber sido Masfa en otro tiempo el lugar de la oración para Israel [18]. 47 Ayunaron aquel día, y se vistieron de cilicio, y se echaron ceniza sobre la cabeza, y rasgaron sus vestidos; 48 abrieron los libros de la ley, en donde los gentiles buscaban semejanzas para sus vanos simulacros [19]; 49 y trajeron los ornamentos sacerdotales, y las primicias y diezmos; e hicieron venir a los nazareos que habían cumplido ya los días de su voto;

50 y levantando su clamor hasta el cielo, dijeron: ¡Señor!,
¿qué haremos de éstos, y a dónde los conduciremos? 20
51 Tu santuario está hollado y profanado, y cubiertos de lá-
grimas y de abatimiento tus sacerdotes; 52 y he aquí que las
naciones se han unido contra nosotros para destruirnos:
Tú sabes bien sus designios contra nosotros. 53 ¿Cómo,
pues, podremos sostenernos delante de ellos, si tú, oh
Dios, no nos ayudas? 54 En seguida hicieron resonar las
trompetas con gran estruendo.

55 Nombró después Judas los caudillos del ejército, los tri-
bunos, los centuriones y los cabos de cincuenta hombres y
los de diez 21. 56 Y a aquellos que estaban construyendo
casa, o acababan de casarse, o de plantar viñas, como tam-
bién a los que tenían poco valor, les dijo que se volviesen
cada uno a su casa, conforme a lo prevenido por la ley 22.
57 Levantaron luego los campamentos, y fueron a acam-
parse al mediodía de Emmaús.

58 Y Judas les habló de esta manera: Tomad las armas, y te-
ned buen ánimo; y estad prevenidos para la mañana, a fin
de pelear contra estas naciones, que se han unido contra
nosotros para aniquilarnos y echar por tierra nuestra san-
ta religión; 59 porque más nos vale morir en el combate
que ver el exterminio de nuestra nación y del santuario.
60 Y venga lo que el cielo quiera 23.

¿Sabías que?

Emmaús, donde Judas venció a Gorgias, se llamó desde el siglo III Nicópolis, y la Iglesia de Jerusalén la identificó muy pronto con el Emaús donde dos discípulos reconocieron a Jesús al partir el pan (Lc 24,13-35). San Jerónimo cuenta que santa Paula llegó a «Nicópolis, que antes se llamaba Emaús, donde el Señor fue reconocido al partir el pan» (*Carta* 108). La dificultad es la distancia: la mayoría de los manuscritos de Lucas sitúa Emaús a sesenta estadios de Jerusalén, unos once kilómetros, y Nicópolis está a unos treinta; algunos dicen «ciento sesenta», quizá para concordar con aquella tradición. Junto a Latrún se ven todavía las ruinas de una basílica bizantina restaurada por los cruzados. Otros proponen lugares más cercanos a Jerusalén, y la cuestión sigue abierta.

Las batallas de Judas Macabeo

Batalla	Contra quién	Cita
Contra Apolonio	Tropas de Samaria; Judas se queda con su espada	3,10-12
Bet-Horón	Serón, general de Siria	3,13-24
Emmaús	Gorgias y el ejército de Nicanor	3,38 – 4,25; 2 Mac 8
Betsura	Lisias (la Vulgata: en Bet-Horón)	4,26-35; 2 Mac 11
Idumea y Amón	Idumeos, hijos de Beán, Timoteo	5,1-8
Galilea	Simón: Tolemaida, Tiro y Sidón	5,14-23
Galaad	Timoteo; Carnaím y Efrón	5,24-54; 2 Mac 12
Jamnia	Gorgias vence a José y Azarías	5,55-62
Hebrón y Azoto	Idumeos y filisteos	5,65-68
Betzacara	Antíoco V y Lisias; muere Eleazar	6,28-47; 2 Mac 13
Cafarsalama	Nicanor	7,31-32
Adarsa	Muere Nicanor, el 13 de Adar	7,39-50; 2 Mac 15
Laisa	Báquides y Alcimo; muere Judas	9,1-18

Nombres de Torres Amat; el griego dice Bet-Zacarías, Adasa y Elasa. Las cifras de soldados y de muertos son a menudo redondas o exageradas, como en otros historiadores antiguos, y el segundo libro da con frecuencia otras. El autor no oculta las derrotas: Jamnia (5,60), Betzacara (6,47) y la muerte de Judas (9,18).

PARA PROFUNDIZAR

«El *triunfo viene del Cielo*»: *Judas Macabeo y la guerra santa*

Los capítulos 3 a 5 cuentan batallas con el lenguaje de Josué, de los Jueces y de Samuel. Antes de cada combate hay oración: el ayuno de Masfa (3,44-54), el clamor «al cielo» antes de Emmaús (4,10), la plegaria que recuerda a David y a Jonatán (4,30-33). Judas aplica la ley de la guerra del Deuteronomio (3,56; Dt 20,5-8), toca las trompetas para que Dios se acuerde de su pueblo (3,54; Nm 10,9) y, después de la victoria, canta: «Porque el Señor es bueno, y eterna su misericordia» (4,24). La convicción de fondo la dice él mismo: el triunfo no depende del número, «sino del cielo» (3,19; ver nota a 3,18). No es fatalismo: Judas organiza, explora y maniobra de noche (3,55; 4,1-5; 5,38). Pero sabe que la victoria es un don.

¿Qué guerra es esta? Al principio, una guerra de defensa. El rey había prohibido la Ley bajo pena de muerte y profanado el templo (1,43-67), y ahora manda exterminar al pueblo y repartir su tierra entre extranjeros (3,35-36). Judas lo resume: «nosotros vamos a combatir por nuestras vidas y por nuestra ley» (3,21). El Catecismo enseña que la resistencia armada a la opresión de los gobernantes solo es legítima ante violaciones «ciertas, graves y prolongadas» de los derechos fundamentales, agotados los demás recursos, sin provocar desórdenes peores, con esperanza fundada de éxito y si no se ven soluciones mejores (n. 2243; ver también el n. 2309). Muchos lectores han visto en la rebelión de los Macabeos un ejemplo clásico de esa resistencia. En el capítulo

5, además, la guerra se vuelve rescate: Simón y Judas llevan a Judea a los judíos amenazados de Galilea y de Galaad, con sus mujeres y sus hijos (5,23.45-54).

Pero el mismo capítulo 5 muestra cómo una guerra justa puede deslizarse hacia otra cosa. Judas «anatematiza» a los hijos de Beán y los quema en sus torres (5,5; ver nota a 5,5), pasa a cuchillo a todos los varones de Bosor, de Masfa y de Efrón (5,28.35.51), incendia el templo de Carnaím con los que se habían refugiado en él (5,44) y destruye los altares de Azoto (5,68). Más tarde los asmoneos conquistarán a sus vecinos y, según Josefo, obligarán a los idumeos a circuncidarse: la guerra de liberación se volvió guerra de conquista. El autor lo cuenta todo como gestas, porque escribe bajo el gobierno de los descendientes de Simón y admira a «aquellos varones, por medio de los cuales había sido salvado Israel» (5,62).

No hace falta repetir lo dicho a propósito de Josué (ver el ensayo «Las guerras del Señor: cómo leer hoy la conquista», al final de Jos 11). Este libro no es una epopeya de los orígenes, sino historia reciente, contada por alguien cercano a los hechos. La Pontificia Comisión Bíblica, hablando de las historias de Israel «hasta el levantamiento de los Macabeos», recuerda que los relatos bíblicos son «narraciones teologizadas», cuya verdad se busca en la finalidad del autor (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 104), y el Catecismo reconoce en el Antiguo Testamento «elementos imperfectos y pasajeros» (n. 122). La Escritura cuenta lo que pasó; no todo lo que cuenta lo propone como modelo. La Iglesia enseña que en la guerra «no todo es lícito entre los contendientes», que hay que respetar a los no combatientes y a los

prisioneros, y que el exterminio de un pueblo es un pecado mortal (nn. 2312-2313). Medido así, incendiar un templo con los fugitivos dentro no es una hazaña que imitar. Y el libro mismo deja ver los límites de sus héroes (5,57-62.67).

La tradición cristiana admiró en los Macabeos la fortaleza, no la crueldad. San Ambrosio elogia a Judas y a sus soldados, que prefirieron la muerte a la esclavitud y al deshonor, pero en seguida pasa a los mártires del segundo libro: los padres lucharon armados; los hijos vencieron sin armas (*De officiis* I,40-41). San Agustín dice que la Iglesia tiene estos libros por canónicos a causa de los mártires (*La ciudad de Dios* XVIII,36), y la Carta a los Hebreos recuerda, junto a los que «se hicieron fuertes en la guerra», a los que se dejaron torturar esperando una resurrección mejor (Hb 11,34-35). Para el cristiano, el combate decisivo es el de la fe (Ef 6,10-17; 2 Tim 4,7), y la frase de Judas vale para él más que para nadie: la fuerza viene del Cielo. Ver el cuadro de las batallas de Judas, después de este capítulo.

PAUSA

1. Judas sabía que el triunfo no depende «de la multitud de las tropas, sino del cielo». ¿En qué lucha de tu vida confías más en tus fuerzas que en Dios?
2. Antes de combatir, el pueblo ayunó, abrió los libros de la Ley y clamó a Dios en Masfa. ¿Cómo preparas tú las decisiones y las pruebas importantes?
3. «Venga lo que el cielo quiera»: ¿qué te cuesta poner hoy en las manos de Dios?

Para orar. *Señor, que no confíe en el número ni en la fuerza, sino en ti: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.*

4

La purificación y la dedicación del templo

El capítulo pasa de la guerra al culto. Primero, dos victorias: en Emmaús, Judas burla la maniobra nocturna de Gorgias y destruye el campamento enemigo (vv. 1-25); al año siguiente derrota a Lisias, que se retira para volver con más fuerzas (vv. 26-35). Después, el centro del libro: los judíos suben al monte Sión, lloran ante el santuario desolado, lo purifican, levantan un altar nuevo y, el 25 de Casleu del año 148, tres años después de la profanación, lo dedican con ocho días de fiesta, que Judas manda celebrar cada año (vv. 36-59). Es el origen de Janucá. Al final, fortifican el monte Sión y Betsura (vv. 60-61).

La batalla de Emmaús

[1] Y tomó Gorgias consigo cinco mil hombres de a pie, y mil
caballos escogidos; y de noche partieron [2] para dar sobre el
campamento de los judíos, y atacarlos de improviso, sir-
viéndoles de guías los del país que estaban en el alcázar [1]
de Jerusalén. [3] Tuvo Judas aviso de este movimiento, y
marchó con los más valientes de los suyos para acometer
al grueso del ejército del rey, que estaba en Emmaús, [4] y se
hallaba entonces disperso fuera de los atrincheramientos.
[5] Y Gorgias, habiendo llegado aquella noche al campamen-
to de Judas, no halló en él alma viviente; y se fue a buscar-

los por los montes, diciendo: Estas gentes van huyendo de nosotros.

6 Mas así que se hizo de día, se dejó ver Judas en el llano,
acompañado tan solamente de tres mil hombres, que se
hallaban faltos aún de espadas y escudos [2]; 7 y reconocie-
ron que el ejército de los gentiles era muy fuerte, y que es-
taba rodeado de coraceros y de caballerías, toda gente
aguerrida y diestra en el combate. 8 Entonces Judas habló
a los suyos de esta manera: No os asuste su cantidad ni te-
máis su encuentro. 9 Acordaos del modo con que fueron li-
brados nuestros padres en el mar Rojo, cuando el faraón
iba en su alcance con un numeroso ejército; 10 y clamemos
ahora al cielo, y el Señor se compadecerá de nosotros [3], y
se acordará de la alianza hecha con nuestros padres, y des-
trozará hoy a nuestra vista todo ese ejército; 11 con lo cual
reconocerán todas las gentes que hay un Salvador y liber-
tador de Israel [4].

12 En esto levantaron sus ojos los extranjeros, y percibieron
que los judíos venían marchando contra ellos, 13 y salieron
de los campamentos para acometerlos. Entonces los que
seguían a Judas dieron la señal con las trompetas, 14 y ha-
biéndose trabado combate, fueron desbaratadas las tropas
de los gentiles; y echaron a huir por aquella campiña.
15 Mas todos los que se quedaron atrás, perecieron al filo de
la espada. Y los vencedores fueron siguiéndoles al alcance

hasta Gezerón, y hasta las campiñas de la Idumea, y de Azoto y de Jamnia; dejando tendidos en el suelo hasta tres mil muertos.

16 Se volvió después Judas con el ejército que le seguía, 17 y dijo a sus tropas: No os dejéis llevar de la codicia del botín [5]; porque aún tenemos enemigos que vencer, 18 y Gorgias se halla con su ejército cerca de nosotros ahí en el monte; ahora, pues, manteneos firmes contra nuestros enemigos, y vencedlos, y luego después cogeréis los despojos con toda seguridad. 19 En efecto, aún estaba hablando Judas, cuando se descubrió parte de las tropas de Gorgias, que estaban acechando desde el monte. 20 Y reconoció Gorgias que los suyos habían sido puestos en fuga, y que habían sido entregados al fuego sus campamentos; pues la humareda que se veía le daba a entender lo sucedido. 21 Cuando ellos vieron esto, y al mismo tiempo a Judas y su ejército en el llano, preparados para la batalla, se intimidaron en gran manera, 22 y echaron todos a huir a las tierras de las naciones extranjeras.

23 Con esto Judas se volvió a coger los despojos del campo enemigo, donde juntaron mucho oro y plata, y ropas preciosas de color de jacinto, y púrpura marina, y grandes riquezas. 24 Y al volverse después, entonaban himnos, y bendecían a voces a Dios, diciendo: Porque el Señor es bueno,

y eterna su misericordia. [25] Y con esta memorable victoria se salvó Israel aquel día [6].

Lisias derrotado

[26] Todos aquellos extranjeros que escaparon, fueron a llevar la nueva a Lisias de cuanto había sucedido. [27] Y así que lo oyó, quedó consternado, y como fuera de sí, por no haber salido las cosas de Israel según él se había prometido, y conforme el rey había mandado. [28] El año siguiente reunió Lisias sesenta mil hombres escogidos y cinco mil de a caballo, con el fin de exterminar a los judíos. [29] Y entrando en Judea sentaron los campamentos en Bet-Horón [7], y les salió Judas al encuentro con diez mil hombres.

[30] Conocieron éstos que era poderoso el ejército enemigo, y Judas oró, y dijo: Bendito seas, oh Salvador de Israel, tú que quebrantaste la fuerza de un gigante por medio de tu siervo David [8], y que entregaste el campamento de los extranjeros en poder de Jonatás, hijo de Saúl, y de su escudero: [31] Entrega hoy del mismo modo ese ejército en poder de Israel, pueblo tuyo, y queden confundidas sus huestes y su caballería. [32] Infúndeles miedo, y aniquila su osadía, y coraje, y despedácense ellos mismos con sus propias fuerzas. [33] Derríbalos, en fin, tú con la espada de aquellos que te aman, para que todos los que conocen tu santo Nombre te canten himnos de alabanza.

34 Trabada luego la batalla, quedaron en ella muertos cinco mil hombres del ejército de Lisias. 35 Viendo éste la fuga de los suyos y el ardimiento de los judíos, y que éstos estaban resueltos a vivir con honor, o a morir valerosamente [9], se fue a Antioquía, y levantó nuevas tropas escogidas para volver con mayores fuerzas a la Judea.

La purificación del templo

36 Entonces Judas y sus hermanos dijeron: Ya que quedan destruidos nuestros enemigos, vamos ahora a purificar y restaurar el templo [10]. 37 Y reunido todo el ejército, subieron al monte de Sión, 38 donde vieron desierto el lugar santo, y profanado el altar, y quemadas las puertas, y que en los patios habían nacido arbustos como en los bosques y montes [11], y que estaban arruinadas todas las habitaciones de los ministros del santuario. 39 Y al ver esto, rasgaron sus vestidos, y lloraron amargamente, y se echaron ceniza sobre la cabeza. 40 Y se postraron rostro por tierra, e hicieron resonar las trompetas con que se daban las señales, y levantaron sus clamores hasta el cielo.

41 Entonces Judas dispuso que fueran algunas tropas a combatir a los que estaban en el alcázar, mientras tanto se iba purificando el santuario. 42 Y escogió sacerdotes sin tacha, amantes de la ley de Dios [12], 43 los cuales purificaron el santuario, y llevaron a un sitio profano las piedras contaminadas [13].

44 Y estuvo pensando Judas qué debía hacerse del altar de
los holocaustos, que había sido profanado. 45 Y tomaron el
mejor partido, que fue el destruirlo, a fin de que no fuese
para ellos motivo de oprobio, puesto que había sido conta-
minado por los gentiles; y así lo demolieron. 46 Y deposita-
ron las piedras en un lugar a propósito del monte en que
estaba el templo, hasta tanto que viniese un profeta [14], y
decidiese qué era lo que de ellas debía hacerse.

47 Tomaron después piedras intactas o sin labrar, confor-
me dispone la ley [15], y construyeron un altar nuevo seme-
jante a aquel que había habido antes. 48 Y reedificaron el
santuario, y aquello que estaba de la parte de adentro de la
casa, o templo, y santificaron el templo y sus atrios. 49 E hi-
cieron nuevos vasos sagrados, y colocaron en el templo el
candelero, y el altar de los inciensos, y la mesa [16]. 50 Y pu-
sieron después incienso sobre el altar, y encendieron las
lámparas que estaban sobre el candelero, y alumbraban en
el templo. 51 Y pusieron los panes de proposición sobre la
mesa, colgaron los velos, y completaron todas las obras
que habían comenzado.

La dedicación del altar

52 Y, hecho esto, se levantaron antes de amanecer el día
veinticinco del noveno mes, llamado Casleu, del año cien-
to cuarenta y ocho [17]. 53 Y ofrecieron el sacrificio, según la
ley [18], sobre el nuevo altar de los holocaustos que habían

construido. 54 Con lo cual se verificó que en el mismo tiempo o mes, y en el mismo día que este altar había sido profanado por los gentiles, fue renovado o erigido de nuevo [19] al son de cánticos, y de cítaras, y de liras, y de címbalos.

55 Y todo el pueblo se postró hasta juntar su rostro con la tierra, y adoraron a Dios, y levantando su voz hasta el cielo, bendijeron al Señor que les había concedido aquella felicidad [20]. 56 Y celebraron la dedicación del altar por espacio de ocho días [21], y ofrecieron holocaustos con regocijo, y sacrificios de acción de gracias y alabanza.

57 Adornaron también la fachada del templo con coronas de oro y con escudetes de lo mismo [22], y renovaron las puertas del templo, y las habitaciones de los ministros a él unidas, y les pusieron puertas. 58 Y fue extraordinaria la alegría del pueblo, y sacudieron de sí el oprobio de las naciones. 59 Entonces estableció Judas y sus hermanos, y todo el pueblo de Israel, que en lo sucesivo se celebrase cada año [23] con gran gozo y regocijo este día de la dedicación del altar por espacio de ocho días seguidos, empezando el día veinticinco del mes de Casleu.

60 Y fortificaron entonces mismo el monte Sión [24], y lo circuyeron de altas murallas y de fuertes torres, para que no viniesen los gentiles a profanarlo, como lo habían hecho antes. 61 Y puso allí Judas una guarnición para que lo custodiase, y lo fortificó también para seguridad de

Betsura [25], a fin de que el pueblo tuviese esta fortaleza en la frontera de Idumea.

¿Sabías que?

El Talmud conserva una discusión entre las dos grandes escuelas de maestros fariseos del siglo I sobre cómo encender las luces de Janucá. La escuela de Shammai encendía ocho luces la primera noche y una menos cada noche, hasta quedarse con una; la de Hillel, una la primera noche y una más cada noche, hasta llegar a ocho. Prevaleció Hillel, con una razón que se hizo proverbio: en las cosas santas se sube, y no se baja (*Shabbat* 21b). Por eso el candelabro de Janucá tiene ocho brazos, y hoy suele llevar uno más para la luz con que se encienden las otras. Ver Éx 27.

Las fiestas nacidas en tiempo de los Macabeos

Fiesta	Cuándo	Cita
La Dedicación (Janucá)	Desde el 25 de Casleu, ocho días; «Tabernáculos del mes de Casleu» en 2 Mac; «Luces» en Josefo	1 Mac 4,52-59; 2 Mac 1,9.18; 10,5-8; Jn 10,22
El fuego sagrado	Unida a la Dedicación: el fuego hallado en tiempos de Nehemías	2 Mac 1,18-36
El día de Nicanor	13 de Adar, víspera del día de Mardoqueo	1 Mac 7,49; 2 Mac 15,36
La toma del alcázar	23 del segundo mes (Iyar) del año 171, junio del 141 a. C.	1 Mac 13,51-52
Para comparar: Purim	14 y 15 de Adar, más antigua	Est 9,17-32
La victoria de Judit	Solo en la Vulgata, sin fecha	Jdt 16,31

De estas fiestas, solo Janucá se celebra todavía, junto con Purim; las otras se dejaron de celebrar con el tiempo. Josefo la llama «Luces» (*Antigüedades* XII, 7,7), y el Talmud explica sus ocho días por el aceite que duró ocho días (*Shabbat* 21b), una tradición posterior. Jesús estuvo en Jerusalén en esa fiesta, «en invierno». El cuadro sirve para los dos libros de los Macabeos: las citas de 2 Macabeos remiten a sus cartas y a su relato de los mismos hechos.

El templo profanado y el templo purificado

Qué	Lo que hizo Antíoco	Lo que hizo Judas
Altar del incienso	Se llevó el altar de oro (1,23)	Uno nuevo, con incienso (4,49-50)
Candelero	Se lo llevó (1,23)	Encendieron sus lámparas (4,49-50)
Mesa	Se la llevó (1,23)	Pusieron los panes (4,49.51)
Vasos	Se llevó copas e incensarios (1,23)	Hicieron vasos nuevos (4,49)
Velo	Se lo llevó (1,23)	Colgaron los velos (4,51)
Fachada	Arrancó las coronas de oro (1,23)	Coronas de oro y escudetes (4,57)
Altar del holocausto	El ídolo de la desolación encima (1,57)	Rehecho con piedras sin labrar (4,44-47)
Puertas	Quemadas (4,38)	Renovadas (4,57)
Atrios	Arbustos «como en los bosques» (4,38)	Santificados (4,48)
Sacrificios	Prohibidos (1,47); paganos el día 25 (1,62)	Según la Ley, el 25 de Casleu (4,52-53)
Fiestas	Convertidas en llanto (1,41)	Ocho días, cada año (4,56-59)

El altar se dedicó el mismo día del mes en que fue profanado, tres años después (4,54; ver nota a 4,52); el segundo libro dice «a los dos años» (2 Mac 10,3-5). Judas no inventa un culto nuevo: el altar es «semejante a aquel que había habido antes» (4,47). En el capítulo 1, las Biblias modernas numeran de uno a tres versículos menos (1,57 es allí 1,54).

PARA PROFUNDIZAR

La dedicación del altar y la fiesta de Janucá

El relato de 4,36-59, que la Iglesia lee cada año en la misa y en el Oficio de lectura, tiene el orden de un rito. Primero el duelo ante el santuario desierto (4,38-40); después la purificación, hecha por «sacerdotes sin tacha, amantes de la ley de Dios» (4,42). El altar profanado se derriba, y sus piedras se guardan «hasta tanto que viniese un profeta» (4,44-46; ver nota a 4,46). Se construye uno nuevo con piedras sin labrar (4,47), se rehacen el candelero, el altar del incienso y la mesa, y se encienden las lámparas (4,49-50). El 25 de Casleu del año 148, el mismo día en que tres años antes se había sacrificado a los ídolos, se ofrece el sacrificio (4,52-54; ver nota a 4,52). Siguen ocho días de fiesta, y Judas, con sus hermanos y toda la asamblea, manda celebrarla cada año (4,56-59).

Judas sigue modelos antiguos: las purificaciones del templo que hicieron Ezequías y Josías después de años de idolatría (2 Cr 29; 2 Re 23), la dedicación del templo de Salomón, con siete días de fiesta seguidos de los Tabernáculos (2 Cr 7,8-10), y la del templo reconstruido tras el destierro (Esd 6,16). La palabra hebrea de esas dedicaciones, *janukká* (Nm 7,84; ver Esd 6), dio nombre a la nueva fiesta. El griego la llama *enkainismós*, «renovación», y de ahí el *encaenia* de la Vulgata en el evangelio de Juan. San Agustín lo explicaba a sus fieles: *kainós* significa «nuevo», y se llamaba *encaenia* a toda dedicación de algo nuevo; del que estrenaba una túnica se decía que «encaeniaba» (*Tratados sobre el Evangelio de Juan* 48,2).

El segundo libro de los Macabeos empieza con dos cartas que invitan a los judíos de Egipto a celebrar «la fiesta de los Tabernáculos del mes de Casleu» (2 Mac 1,9.18), y cuenta que la primera vez se celebró así, con ramos y palmas, porque poco antes la habían pasado escondidos en los montes (2 Mac 10,6-7). Josefo dice que en su tiempo se la llamaba «Luces», porque la libertad de culto había aparecido «más allá de nuestras esperanzas» (*Antigüedades* XII,7,7). El Talmud, siglos después, cuenta que los asmoneos solo encontraron en el templo una vasija de aceite puro, suficiente para un día, y que ardió ocho días (*Shabbat* 21b; ver Éx 27). Ese milagro no aparece en los libros de los Macabeos ni en Josefo: es una tradición posterior, que ha dado a la fiesta su forma doméstica, con luces encendidas cada noche (ver el recuadro).

Jesús subió a Jerusalén para esta fiesta: «Se celebraba en Jerusalén la fiesta de la Dedicación; era invierno, y Jesús se paseaba en el templo, por el pórtico de Salomón» (Jn 10,22-23). Allí le preguntan si es el Mesías; él responde que es uno con el Padre y se presenta como aquel «a quien el Padre consagró y envió al mundo» (10,36). Muchos comentaristas ven en esas palabras, dichas en la fiesta de la consagración del altar, una alusión deliberada: el verdadero santuario consagrado por Dios es él, que había hablado del templo «de su cuerpo» (Jn 2,19-21). El Catecismo lo resume: Jesús «se identificó con el Templo presentándose como la morada definitiva de Dios entre los hombres» (n. 586). San Agustín añade que era invierno, y sus oyentes estaban fríos, porque tardaban en acercarse al fuego divino (*Tratados* 48,3).

La Iglesia no tiene un único templo: el culto «en espíritu y en verdad» no está ligado a un lugar, y los fieles son las «piedras vi-

vas» del templo de Dios (Catecismo, n. 1179). Pero, donde la libertad religiosa lo permite, los cristianos construyen iglesias que significan a la Iglesia que vive en cada lugar y anticipan la casa del Padre (nn. 1180 y 1186), y las dedican. El altar, centro de la iglesia, es imagen de Cristo y de su cruz (nn. 1182 y 1383). Por eso la misa ritual de la dedicación de un altar lee precisamente 1 Mac 4,52-59, cada iglesia celebra como solemnidad el aniversario de su dedicación, y toda la Iglesia celebra el 9 de noviembre la de la basílica de Letrán, catedral del papa.

Hay también una lección para cada creyente: «¿No sabéis que sois templo de Dios?» (1 Cor 3,16). Como en tiempos de Judas, la purificación precede a la dedicación: primero se reconoce la ruina y se llora (4,39); después se saca lo contaminado, y la luz vuelve a encenderse. Ver el cuadro de las fiestas, al final del capítulo.

PAUSA

1. Judas y sus hermanos lloraron ante el santuario abandonado antes de purificarlo. ¿Qué rincón de tu vida necesita hoy ser purificado y dedicado de nuevo a Dios?
2. Guardaron las piedras profanadas «hasta tanto que viniese un profeta», sin decidir por su cuenta. ¿Sabes esperar la luz de Dios cuando no ves claro?
3. El pueblo convirtió la victoria en fiesta y en acción de gracias. ¿Cómo celebras tú lo que Dios hace en tu vida?

Para orar. *Señor, purifica el templo de mi corazón y enciende en él tu luz, para que viva siempre consagrado a ti.*

5

Las campañas contra los pueblos vecinos

La restauración del templo provoca la reacción de los pueblos vecinos, que empiezan a matar a los judíos que viven entre ellos. El capítulo es una crónica de campañas en todas direcciones: contra Idumea, los hijos de Beán y los amonitas (vv. 1-8); el socorro a Galilea, con Simón, y a Galaad, con Judas y Jonatás, hasta traer a Judea a los judíos amenazados (vv. 9-54); la derrota de José y Azarías en Jamnia (vv. 55-64), y las expediciones contra Hebrón y Azoto (vv. 65-68). Es una guerra de rescate, y también una de las páginas más duras del libro (ver el ensayo del capítulo 3).

Idumea, Beán y Amón

1 Así que las naciones circunvecinas [1] oyeron que el altar y
el santuario habían sido reedificados como antes, se irrita-
ron sobremanera. 2 Y resolvieron exterminar a los de la es-
tirpe de Jacob que vivían entre ellos, y en efecto, comen-
zaron a matar y perseguir aquel pueblo. 3 Entretanto batía
Judas a los hijos de Esaú en la Idumea y a los que estaban
en Acrabatane [2], porque tenían como sitiados a los israelí-
tas, e hizo en ellos un gran destrozo. 4 También se acordó
de castigar la malicia de los hijos de Beán, los cuales eran
para el pueblo un lazo de tropiezo, armándole emboscadas

en el camino. [5] Y los obligó a encerrarse en unas torres, donde los tuvo cercados; y habiéndolos anatematizado [3], pegó fuego a las torres y las quemó con cuantos había dentro. [6] De allí pasó a la tierra de los hijos de Amón, donde encontró un fuerte y numeroso ejército con Timoteo su caudillo. [7] Tuvo diferentes choques con ellos, y los derrotó e hizo en ellos gran carnicería. [8] Y tomó la ciudad de Gazer [4] con los lugares dependientes de ella, y volvió a Judea.

Socorro a Galaad y a Galilea

[9] Pero los gentiles que habitaban en Galaad se reunieron para exterminar a los israelitas que vivían en su país; mas éstos se refugiaron en la fortaleza de Datemán; [10] y desde allí escribieron cartas a Judas y a sus hermanos, en las cuales decían: Se han congregado las naciones circunvecinas para perdernos; [11] y se preparan para venir a tomar la fortaleza donde nos hemos refugiado, siendo Timoteo el caudillo de su ejército. [12] Ven, pues, luego, y líbranos de sus manos, porque han perecido ya muchos de los nuestros; [13] y todos nuestros hermanos, que habitaban en los lugares próximos a Tubín, han sido muertos, habiéndose llevado cautivas a sus mujeres e hijos, y saqueándolo todo, y dado muerte allí mismo a cerca de mil hombres.

[14] Aún no habían acabado de leer estas cartas, cuando he aquí que llegaron otros mensajeros que venían de Galilea,

rasgados sus vestidos, trayendo otras nuevas semejantes;
15 pues decían haberse coligado contra ellos los de Tolemaida, y los de Tiro, y de Sidón, y que toda la Galilea estaba
llena de extranjeros [5], con el fin, decían, de acabar con nosotros.

16 Luego que Judas y su gente oyeron tales noticias, tuvieron un gran consejo para deliberar qué era lo que harían a favor de aquellos hermanos suyos que se hallaban en la angustia, y eran estrechados por aquella gente. 17 Dijo, pues, Judas a su hermano Simón: Escoge un cuerpo de tropas, y ve a librar a tus hermanos que están en Galilea, y yo y mi hermano Jonatás iremos a Galaad. 18 Y dejó a José, hijo de Zacarías, y a Azarías por caudillos del pueblo, para guardar la Judea con el resto del ejército; 19 y les dio esta orden: Cuidad de esta gente, les dijo, y no salgáis a pelear contra los gentiles hasta que volvamos nosotros. 20 Se dieron, pues, a Simón tres mil hombres para ir a Galilea, y Judas tomó ocho mil para pasar a Galaad.

21 Partió Simón para la Galilea; y tuvo muchos encuentros con aquellas naciones, las que derrotó y fue persiguiendo hasta las puertas de Tolemaida, 22 dejando muertos cerca de tres mil gentiles, y apoderándose del botín. 23 Tomó después consigo a los judíos que había en Galilea y en Arbates, como también a sus mujeres e hijos, y todo cuanto tenían, y los condujo a la Judea con gran regocijo.

Judas en Galaad

24 Entretanto Judas Macabeo con su hermano Jonatás pasaron el Jordán, y caminaron tres días por el desierto. 25 Y les salieron al encuentro los nabuteos [6], los cuales los recibieron pacíficamente, y les contaron lo que había acaecido a sus hermanos en Galaad; 26 y cómo muchos de ellos se habían encerrado en Barasa, en Bosor, en Alimas, en Casfor, en Maget y Carnaím (todas ellas ciudades fuertes y grandes); 27 y cómo quedaban también cercados los que habitaban en otras ciudades de Galaad, y les añadieron que los enemigos tenían determinado arrimar al día siguiente su ejército a aquellas ciudades, y cogerlos, y acabar con ellos en un solo día.

28 Con esto partió Judas inmediatamente con su ejército por el camino del desierto de Bosor, y se apoderó de la ciudad, y pasó a cuchillo todos los varones [7], y después de saqueada, la entregó a las llamas. 29 Por la noche salieron de allí, y se dirigieron a la fortaleza de Datemán; 30 y al rayar el día, alzando los ojos vieron una tropa innumerable de gentes, que traían consigo escalas y máquinas para tomar la plaza, y destruir o hacer prisioneros a los que estaban dentro. 31 Luego que Judas vio que se había comenzado el ataque, y que el clamor de los combatientes subía hasta el cielo, como si fuera el sonido de una trompeta, y que se oía una gran gritería en la ciudad, 32 dijo a sus tropas: Pelead

este día en defensa de vuestros hermanos. [33] Y en seguida marcharon en tres columnas por las espaldas de los enemigos; tocaron las trompetas, y clamaron orando en alta voz. [34] Y conocieron las tropas de Timoteo que era el Macabeo el que venía, y huyeron su encuentro; sufriendo un gran destrozo, y habiendo perecido en aquel día cerca de ocho mil hombres. [35] De allí torció Judas el camino hacia Masfa, y la batió y se apoderó de ella; pasó a cuchillo a todos los varones, y después de haberla saqueado, la incendió. [36] Partiendo más adelante tomó a Casbón, a Maget, a Bosor y a las demás ciudades de Galaad.

[37] Después de estos sucesos juntó Timoteo otro ejército, y se acampó frente a Rafón, a la otra parte del arroyo. [38] Judas envió luego a reconocer el enemigo, y los emisarios le dijeron: Todas las naciones que nos rodean se han unido a Timoteo, es un ejército sumamente grande. [39] Han tomado también en su auxilio a los árabes, y están acampados a la otra parte del arroyo, preparándose para venir a darte la batalla. Y enterado Judas de todo marchó contra ellos. [40] Y dijo Timoteo a los capitanes de su ejército: Si cuando Judas con sus tropas llegue al arroyo, pasa él primero hacia nosotros, no le podremos resistir, y nos vencerá infaliblemente. [41] Pero si él temiere pasar, y pusiere su campo en el otro lado del arroyo, pasémoslo nosotros y lograremos la victoria. [42] En esto llegó Judas cerca del arro-

yo, y poniendo a los escribanos o comisarios del ejército [8]
a lo largo de la orilla del agua, les dio esta orden: No dejéis
que se quede aquí nadie, sino que todos han de venir al
combate. [43] Dicho esto pasó él primero hacia los enemigos,
y en pos de él toda la tropa, y así que llegaron, derrotaron
a todos aquellos gentiles, los cuales arrojaron las armas, y
huyeron al templo que había en Carnaím. [44] Judas tomó la
ciudad, y pegó fuego al templo y lo abrasó con cuantos ha-
bía dentro [9]; y Carnaím fue asolada, sin que pudiesen re-
sistir a Judas.

[45] Entonces reunió Judas todos los israelitas que se halla-
ban en el país de Galaad, desde el más chico hasta el más
grande, con sus mujeres e hijos, formando de todos ellos
un ejército numerosísimo de gente para que viniesen a la
tierra de Judá. [46] Y llegaron a Efrón, ciudad grande situa-
da en la embocadura del país, y muy fuerte; y no era posi-
ble dejarla a un lado, echando a la derecha o a la izquierda,
sino que era preciso atravesar por medio de ella. [47] Mas sus
habitantes se encerraron, y tapiaron las puertas a cal y
canto. Les envió Judas un mensajero de paz,
[48] diciéndoles: Tened a bien que pasemos por vuestro país
para ir a nuestras casas, y nadie os hará daño, no haremos
más que pasar [10]. Sin embargo, ellos no quisieron abrir.
[49] Entonces Judas hizo pregonar por todo el ejército que
cada uno lo asaltase por el lado en que se hallaba. [50] En

efecto, la atacaron los hombres más valientes, y se dio el asalto que duró todo aquel día y aquella noche, cayendo al fin en sus manos la ciudad. 51 Y pasaron a cuchillo a todos los varones, y arrasaron a la ciudad hasta los cimientos, después de haberla saqueado, y atravesaron luego por toda ella, caminando por encima de los cadáveres [11].

52 En seguida pasaron el Jordán en la gran llanura que hay enfrente de Betsán. 53 E iba Judas en la retaguardia reuniendo a los rezagados [12], y alentando al pueblo por todo el camino, hasta que llegaron a tierra de Judá. 54 Y subieron al monte de Sión con alegría y regocijo, y ofrecieron allí holocausto en acción de gracias por el feliz regreso, sin que hubiese perecido ninguno de ellos [13].

La derrota de Jamnia; Hebrón y Azoto

55 Pero mientras Judas y Jonatás estaban en el país de Galaad, y Simón su hermano en la Galilea delante de Tolemaida, 56 José, hijo de Zacarías, y Azarías, comandante de las tropas, tuvieron noticia de estos felices sucesos, y de las batallas que se habían dado. 57 Y José dijo a Azarías: Hagamos también nosotros célebre nuestro nombre [14], y vamos a pelear contra las naciones circunvecinas. 58 Y dando la orden a las tropas de su ejército marcharon contra Jamnia. 59 Pero Gorgias salió con su gente fuera de la ciudad, para venir al encuentro de ellos y presentarles la batalla. 60 Y fueron batidos José y Azarías, los cuales echa-

ron a huir hasta las fronteras de Judea; pereciendo aquel día hasta dos mil hombres del pueblo de Israel, habiendo sufrido el pueblo esta gran derrota, 61 por no haber obedecido las órdenes de Judas y de sus hermanos, imaginándose que harían maravillas. 62 Mas ellos no eran de la estirpe de aquellos varones [15], por medio de los cuales había sido salvado Israel.

63 Por el contrario, las tropas de Judas adquirieron gran reputación, tanto en todo Israel, como entre las naciones todas a donde llegaba el eco de su fama. 64 Y la gente les salía al encuentro con aclamaciones de júbilo.

65 Marchó después Judas con sus hermanos al país de Mediodía a reducir a los hijos de Esaú, y se apoderó a la fuerza de Quebrón [16], y de sus aldeas, quemando sus muros y las torres que tenía alrededor. 66 De allí partió y se dirigió al país de las naciones extranjeras, y recorrió la Samaria [17]. 67 En aquel tiempo murieron peleando unos sacerdotes por querer hacer proezas [18] y haber entrado imprudentemente en el combate. 68 Judas torció después hacia Azoto, país de los extranjeros, y derribó sus altares, quemó los simulacros de sus dioses [19], saqueó las ciudades, y con sus despojos volvió a tierra de Judá.

¿Sabías que?

Jamnia, donde Gorgias derrotó a José y Azarías (vv. 58-60), es la Yavne de la costa. Tras la destrucción del templo, en el año 70 d. C., los maestros judíos se reunieron allí (ver 2 Cr 26), y durante mucho tiempo se repitió que, hacia el año 90, un «concilio de Jamnia» cerró la lista de los libros de la Biblia hebrea y excluyó los que solo se conservaban en griego, como los Macabeos. Hoy muchos estudiosos dudan de que existiera tal concilio: la Misná solo recuerda una discusión sobre si el Cantar de los Cantares y el Eclesiastés «manchan las manos», es decir, si son Escritura sagrada (*Yadayim* 3,5), y el canon judío se fijó poco a poco. La Iglesia recibió los Macabeos con la Biblia griega (ver la introducción).

PAUSA

1. Judas cruzó el Jordán para salvar a sus hermanos de Galaad y los trajo a casa sin perder a ninguno. ¿A quién de tu familia o de tu comunidad te pide Dios ir a buscar?
2. José y Azarías quisieron «hacerse un nombre» y fracasaron. ¿En qué buscas tú tu propia gloria más que el bien de los demás?
3. Judas iba en la retaguardia, recogiendo a los rezagados. ¿Quién se está quedando atrás a tu alrededor?

Para orar. *Señor, buen pastor, que no me canse de buscar a los que se quedan atrás, y que no busque mi nombre, sino el tuyo.*

6

La muerte de Antíoco y la paz de Lisias

El perseguidor sale de la historia. Antíoco IV, que recorre las provincias de Oriente en busca de dinero, fracasa ante el templo de Elimaida, recibe las noticias de Judea y muere de pesar, reconociendo «los males que causé en Jerusalén» (vv. 1-16). Su hijo, el niño Eupátor, guiado por Lisias, sube con un ejército enorme y sus elefantes: en Bet-Zacarías se sacrifica Eleazar y Judas se retira, y el monte Sión queda sitiado en un año sabático (vv. 17-54). Una intriga en Antioquía obliga a Lisias a pactar: los judíos podrán vivir según sus leyes (vv. 55-63). Lo que buscaba la revuelta, la libertad de la Ley, se ha conseguido.

La muerte de Antíoco Epífanes

1 Yendo el rey Antíoco recorriendo las provincias
superiores [1], oyó que había en Persia una ciudad llamada
Elimaida [2], muy célebre y abundante de plata y oro, 2 con
un templo riquísimo, donde había velos con mucho oro, y
corazas, y escudos que había dejado allí Alejandro [3], hijo
de Filipo, rey de Macedonia, el que reinó primero en toda
la Grecia. 3 Y fue allá con el fin de apoderarse de la ciudad
y saquearla; pero no pudo salir con su intento, porque lle-
gando a entender su designio los habitantes, 4 salieron a

pelear contra él, y tuvo que huir, y se retiró con gran pesar volviéndose a Babilonia.

5 Y estando en Persia, le llegó la noticia de que había sido
destrozado el ejército que se hallaba en el país de Judá, 6 y
que habiendo pasado allá Lisias con grandes fuerzas, fue
derrotado por los judíos, los cuales se hacían más poderosos con las armas, municiones y despojos tomados al ejército destruido; 7 y de cómo habían igualmente ellos derrocado la abominación o ídolo [4] erigido por él sobre el altar de Jerusalén, y cercado asimismo el santuario con altos muros, según estaba antes, y también en Betsura, su ciudad.

8 Oído que hubo el rey tales noticias, quedó pasmado y
lleno de turbación, y se puso en cama, y enfermó de melancolía [5], viendo que no le habían salido las cosas como él se había imaginado. 9 Permaneció así en aquel lugar por muchos días; porque iba aumentándose su tristeza, de suerte que consintió en que se moría [6]. 10 Con esto llamó a todos sus amigos, y les dijo: El sueño ha huido de mis ojos; mi corazón se ve abatido y oprimido de pesares,
11 y digo allá dentro de mí: ¡A qué extrema aflicción me veo
reducido, y en qué abismo de tristeza me hallo, yo que estaba antes tan contento y querido [7], gozando de mi regia dignidad! 12 Mas ahora se me presentan a la memoria los males que causé en Jerusalén [8], de donde me traje todos

los despojos de oro y plata que allí cogí, y el que sin motivo alguno envié a exterminar los moradores de la Judea. 13 Yo reconozco ahora que por eso han llovido sobre mí tales desastres; y ved aquí que muero de profunda melancolía en tierra extraña.

14 Llamó después a Filipo, uno de sus confidentes, y lo nombró regente de todo su reino; 15 y le entregó la diadema, el manto real y el anillo [9], a fin de que fuese a encargarse de su hijo Antíoco, y le educase para ocupar el trono. 16 Y murió allí el rey Antíoco, el año ciento cuarenta y nueve [10].

Eupátor y el alcázar

17 Al saber Lisias la muerte del rey proclamó a Antíoco, su hijo, a quien él había criado desde niño; y le puso el nombre de Eupátor [11].

18 Entretanto los que ocupaban el alcázar de Jerusalén [12] tenían encerrado a Israel en los alrededores del santuario; y procuraban siempre causarle daño y acrecentar el partido de los gentiles. 19 Resolvió, pues, Judas destruirlos y convocó a todo el pueblo para ir a sitiarlos. 20 Reunida la gente comenzaron el sitio el año ciento cincuenta y construyeron ballestas para arrojar piedras, y otras máquinas de guerra. 21 Y salieron fuera algunos de los sitiados, a los

que se agregaron varios otros de los impíos del pueblo de Israel.

22 Y se fueron al rey, y le dijeron: ¿Cuándo, finalmente, harás tú justicia, y vengarás a nuestros hermanos?
23 Nosotros nos resolvimos a servir a tu padre [13], y obedecerle, y observar sus leyes; 24 y por esta causa nos tomaron aversión los de nuestro mismo pueblo, han dado muerte a todo el que han encontrado de nosotros, y han robado nuestros bienes; 25 y no tan sólo han ejercido su violencia contra nosotros, sino también por todo nuestro país. 26 Y he aquí que ahora han puesto sitio al alcázar de Jerusalén para apoderarse de él, y han fortificado a Betsura. 27 Y si tú no obras con más actividad que ellos, harán aún cosas mayores que éstas, y no podrás tenerlos a raya.

28 Se irritó el rey al oír esto, e hizo llamar a todos sus amigos, y a los principales oficiales de su ejército, y a los comandantes de la caballería. 29 Llegaron también tropas asalariadas de otros reinos, y de las islas o países de ultramar. 30 De suerte que juntó un ejército de cien mil infantes con veinte mil hombres de caballería, y treinta y dos elefantes adiestrados para el combate [14]. 31 Y entrando estas tropas por la Idumea, vinieron a poner sitio a Betsura, y la combatieron por espacio de muchos días, e hicieron varias máquinas de guerra; pero habiendo hecho una salida los sitiados, las quemaron, y pelearon valerosamente.

Bet-Zacarías: los elefantes y Eleazar

32 A este tiempo levantó Judas el sitio del alcázar de Jerusalén, y dirigió sus tropas hacia Betzacara, frente del campamento del rey. 33 Se levantó el rey antes de amanecer, e hizo marchar apresuradamente su ejército por el camino de Betzacara. Se prepararon para el combate ambos ejércitos, y dieron la señal con las trompetas; 34 mostraron a los elefantes vino tinto y zumo de moras [15], a fin de incitarlos a la batalla; 35 y distribuyeron estos animales por las legiones, poniendo alrededor de cada elefante mil hombres armados de cotas de malla y cascos de bronce, y además quinientos hombres escogidos de caballería cerca de cada elefante. 36 Se hallaban estas tropas anticipadamente en donde quiera que había de estar el elefante, e iban donde él iba, sin apartarse de él nunca. 37 Sobre cada una de estas bestias había una fuerte torre de madera, que les servía de defensa, y sobre la torre máquinas de guerra; yendo en cada torre treinta y dos hombres esforzados [16], los cuales peleaban desde ella, y además un indio que gobernaba la bestia. 38 Y el resto de la caballería, dividido en dos trozos, lo colocó en los flancos del ejército para excitarlo con el sonido de las trompetas, y tener así encerradas las filas de sus legiones.

39 Así que salió el sol e hirió con sus rayos los escudos de oro y de bronce, reflejaron éstos la luz en los montes, res-

plandeciendo como antorchas encendidas. 40 Y una parte
del ejército del rey caminaba por lo alto de los montes, y la
otra por los lugares bajos, e iban avanzando con precau-
ción y en buen orden. 41 Y todos los moradores del país es-
taban asombrados a las voces de aquella muchedumbre, y
al movimiento de tanta gente, y al estruendo de sus armas;
pues era grandísimo y muy poderoso aquel ejército. 42 Y se
adelantó Judas con sus tropas para dar la batalla, y murie-
ron del ejército del rey seiscientos hombres.

43 Y Eleazar, hijo de Saura [17], observó un elefante que iba
enjaezado con una regia cota de malla, y que era más alto
que todos los demás; y juzgó que iría encima de él el rey.
44 E hizo el sacrificio de sí mismo [18] por libertar a su pue-
blo y granjearse un nombre eterno. 45 Corrió, pues, ani-
mosamente hacia el elefante por en medio de la legión,
matando a diestra y siniestra, y atropellando a cuantos se
le ponían delante; 46 y fue a meterse debajo del vientre del
elefante, y lo mató; pero cayendo la bestia encima de él, lo
dejó muerto. 47 Mas los judíos viendo las fuerzas e impe-
tuosidad del ejército del rey, hicieron una retirada [19].

El sitio del monte Sión y la paz

48 Entonces las tropas del rey fueron contra ellos por el ca-
mino de Jerusalén, y llegando a la Judea acamparon junto
al monte de Sión. 49 El rey hizo un tratado con los que esta-
ban en Betsura; los cuales salieron de la ciudad, porque es-

tando sitiados dentro de ella, no tenían víveres de repuesto, por ser aquel año sabático, o de descanso para los campos [20]. 50 De esta suerte el rey se apoderó de Betsura, dejando en ella una guarnición para su custodia.

51 Asentó después sus campamentos cerca del lugar santo, donde permaneció muchos días, preparando allí ballestas y otros ingenios para lanzar fuegos, y máquinas para arrojar piedras y dardos, e instrumentos para tirar saetas, y además de eso hondas. 52 Los sitiados hicieron también máquinas contra las de los enemigos, y se defendieron por muchos días. 53 Faltaban víveres en la ciudad, por ser el año séptimo, o sabático, y porque los gentiles que habían quedado en Judea [21] habían consumido todos los repuestos. 54 Con eso quedó poca gente para la defensa de los lugares santos; porque los soldados se hallaron acosados del hambre, y se dispersaron, yéndose cada cual a su lugar.

55 En esto llegó a entender Lisias que Filipo (a quien el rey Antíoco, estando aún en vida, había encargado la educación de su hijo Antíoco para que ocupase el trono) 56 había vuelto de Persia y de la Media con el ejército que había ido con él, y que buscaba medios para apoderarse del gobierno del reino. 57 Por tanto fue inmediatamente, y dijo al rey y a los generales del ejército: Nos vamos consumiendo de día en día; tenemos pocos víveres; la plaza que tenemos sitiada está bien pertrechada; y lo que nos urge es arreglar los

negocios del reino [22]. [58] Ahora, pues, compongámonos con estas gentes, y hagamos la paz con ellas y con toda su nación; [59] y dejémosles que vivan como antes según sus leyes [23], pues por amor de sus leyes, que hemos despreciado nosotros, se han encendido en cólera y hecho todas estas cosas.

[60] Pareció bien al rey y a sus príncipes esta proposición; y envió a hacer la paz con los judíos, los cuales la aceptaron. [61] La confirmaron con juramento el rey y los príncipes; y salieron de la fortaleza los que la defendían. [62] Y entró el rey en el monte de Sión, y observó las fortificaciones que en él había; pero violó luego el juramento hecho [24], mandando derribar el muro que había alrededor. [63] Partió después de allí a toda prisa, y se volvió a Antioquía, donde halló que Filipo se había hecho dueño de la ciudad; mas habiendo peleado contra él, la recobró.

¿Sabías que?

Al traducir los «ingenios para lanzar fuegos» del asedio de Jerusalén (6,51), Torres Amat, catalán, puso una nota con sabor a su tierra: «O materias combustibles. Véase Tito Livio lib. XXI, en la descripción del sitio de Sagunto». Sagunto, cerca de Valencia, aliada de Roma, resistió a Aníbal ocho meses en el 219 a. C., y su caída desencadenó la segunda guerra púnica. Livio cuenta (XXI,8) que los saguntinos lanzaban la falárica, un dardo de asta de abeto con una punta de hierro de tres pies, envuelto en estopa untada de pez y encendido: aunque solo se clavara en el escudo, la llama obligaba al soldado a soltarlo y lo dejaba sin defensa. Medio siglo después, también los defensores del monte Sión respondieron «con máquinas contra las de los enemigos» (6,52).

Tres relatos de la muerte de Antíoco IV

	1 Mac 6,1-16	2 Mac 9 (y 1,13-16)
Dónde	Elimaida, en Persia (6,1)	Persépolis (9,2); en 1,13, el templo de Nanea
Qué intenta	Saquear un templo rico (6,2-3)	Saquear el templo (9,2); en 1,14, la dote de la diosa
Fracaso	Los habitantes lo hacen huir (6,4)	Huye (9,2); en 1,16, muere apedreado
Su mal	Tristeza: muere de pesar (6,8-13)	Dolor de entrañas, caída, gusanos (9,5-10)
Reconoce	«Los males que causé en Jerusalén» (6,12)	Promete hacerse judío (9,12-17)
Juicio	Lo saca el rey mismo (6,13)	«No había de alcanzar misericordia» (9,13)
Muere	«En tierra extraña» (6,13)	«En los montes» (9,28)
Cuándo	Año 149, después de la dedicación (6,7.16)	Antes de la purificación (10,1-8)
Sucesor	Filipo, tutor; Lisias proclama a Eupátor (6,14-17)	Carta en favor de su hijo (9,19-27)

Polibio, contemporáneo, dice que quiso saquear el santuario de Artemisa en Elimaida y murió en Tabas, en Persia, enloquecido por la ira divina, «según dicen algunos» (*Historias* XXXI,9). Daniel había anunciado su fin (Dn 11,45). Cada relato saca su lección. Sirve también para 2 Macabeos.

PARA PROFUNDIZAR

«Que vivan según sus leyes»: la libertad religiosa

Después de cuatro años de guerra, un regente seléucida dice en voz alta la causa: «por amor de sus leyes, que hemos despreciado

nosotros, se han encendido en cólera y hecho todas estas cosas» (6,59). Antíoco IV había querido que todos sus pueblos «formasen uno solo», con una misma religión (1,43-44), y había prohibido bajo pena de muerte la circuncisión, el sábado y el culto del templo. El edicto fracasó. Lisias propone devolver a los judíos lo que se les había quitado, y el joven rey lo confirma en una carta que conserva el segundo libro: que se les restituya el templo, «a fin de que vivan según la costumbre de sus mayores» (2 Mac 11,25). Lo que había movido a Matatías, poder vivir la alianza, se ha conseguido en el año 163-162 a. C.

No por convicción, sin embargo. Lisias calcula: Filipo amenaza su poder en Antioquía y el asedio se alarga (6,55-57). Y la paz es frágil: el rey jura y, en cuanto ve las murallas del monte Sión, rompe el juramento (6,62). Desde aquí la guerra cambia de naturaleza. Cuando un sacerdote de la estirpe de Aarón se presenta con el respaldo del rey, los asideos, los «piadosos» que se habían unido a Matatías por la Ley, piden la paz (7,12-14); son traicionados (7,16), pero su gesto muestra que muchos solo querían la libertad de la fe. Varios historiadores ven ahí el comienzo de una separación entre los piadosos y la familia de Judas, que seguirá luchando por el poder y la independencia, hasta hacerse con el sumo sacerdocio y el gobierno (10–14).

El libro tiene también otra cara. Matatías y sus seguidores circuncidaron a la fuerza a los niños que encontraron sin circuncidar (2,46) y persiguieron a los «impíos» (2,44; 3,5-8); Judas castiga a los partidarios de Alcimo (7,24) y Jonatás «exterminó de Israel a los impíos» (9,73). Los renegados, a su vez, se quejan ante el rey de que los fieles a la Ley los matan y les roban (6,23-24). Josefo

cuenta que, décadas más tarde, Juan Hircano permitió a los idumeos quedarse en su tierra solo si se circuncidaban y adoptaban las leyes judías (*Antigüedades judías* XIII,9,1). Un pueblo perseguido por su fe puede convertirse en perseguidor. El narrador no lo juzga; el lector lo lee a la luz de toda la Escritura.

La Iglesia ha formulado esa luz en el concilio Vaticano II. El Catecismo, con la declaración *Dignitatis humanae*, enseña que «en materia religiosa, ni se obligue a nadie a actuar contra su conciencia, ni se le impida que actúe conforme a ella, pública o privadamente, solo o asociado con otros, dentro de los debidos límites» (n. 2106, con palabras de *Dignitatis humanae* 2). Ese derecho se funda en la dignidad de la persona y permanece incluso en quien no busca la verdad. No es «la permisión moral de adherirse al error», ni un «derecho al error», sino «la inmunidad de coacción exterior, en los justos límites, en materia religiosa por parte del poder político» (n. 2108). Y la razón más honda es la naturaleza misma de la fe: «nadie debe ser obligado contra su voluntad a abrazar la fe»; Cristo «no forzó jamás a nadie» (n. 160). Esta enseñanza condena el edicto de Antíoco, pero también la circuncisión impuesta por la espada.

El primer libro de los Macabeos no conoce estas palabras, pero deja ver la experiencia de la que nacen: un poder que pretende uniformar las conciencias provoca resistencia y sangre, y solo la paz que respeta la fe ajena puede durar. Cuando la libertad religiosa no es impedida, dice el Catecismo, los cristianos construyen iglesias, signos de la Iglesia que vive en un lugar (n. 1180). Donde se impide, siguen naciendo testigos: la Iglesia lee el testamento de Matatías en la misa por los cristianos perseguidos

(2,49-52.57-64), y pide por ellos la fidelidad de los Macabeos, no su espada.

PAUSA

1. Antíoco reconoció tarde el mal que había hecho. ¿Hay algún daño que hayas causado y que todavía no te has atrevido a reconocer?
2. Eleazar «se entregó» por su pueblo. ¿Por quién estás dispuesto a dar tu tiempo, tus fuerzas o tu comodidad?
3. Lisias concedió la libertad por cálculo. ¿Respetas la fe y la conciencia de los demás también cuando no te conviene?

Para orar. *Señor de la historia, que derribas a los soberbios, dame un corazón que reconozca a tiempo sus culpas y sepa entregarse por los hermanos.*

7

Alcimo, Nicanor y el día de Adar

Demetrio I, el heredero legítimo, huye de Roma, se hace con el trono y elimina a Antíoco V y a Lisias (vv. 1-4). Con él empieza una nueva clase de peligro: el enemigo ya no prohíbe la Ley, sino que nombra al sumo sacerdote. Alcimo, sacerdote de la estirpe de Aarón, acusa a Judas; Báquides lo instala en Jerusalén, y los asideos, que se fían de él, son asesinados (vv. 5-25). Nicanor intenta prender a Judas con engaño y amenaza con incendiar el templo; los sacerdotes oran (vv. 26-38). El 13 de Adar, en Adarsa, Judas lo vence, y el día queda como fiesta (vv. 39-50).

Demetrio, rey

1 El año ciento cincuenta y uno, Demetrio, hijo de Seleuco,
salió de la ciudad de Roma [1], y llegó con poca comitiva a
una ciudad marítima y allí comenzó a reinar. 2 Y apenas
entró en el reino de sus padres, cuando el ejército se apo-
deró de Antíoco y de Lisias, para presentárselos a él. 3 Mas
así que lo supo, dijo: Haced que no vea yo su cara [2]. 4 Con
esto la misma tropa les quitó la vida, y Demetrio quedó
sentado en el trono de su reino.

Alcimo y los asideos

5 Y vinieron a presentársele algunos hombres malvados e
impíos de Israel, cuyo caudillo era Alcimo, el cual preten-
día ser sumo sacerdote [3]. 6 Acusaron éstos a su nación de-
lante del rey, diciendo: Judas y sus hermanos han hecho
perecer a todos tus amigos, y a nosotros nos han arrojado
de nuestra tierra. 7 Envía, pues, una persona de tu confian-
za, para que vaya y vea todos los estragos que aquél nos ha
causado a nosotros y a las provincias del rey, y castigue a
todos sus amigos y partidarios. 8 En efecto, el rey eligió de
entre sus amigos a Báquides, que tenía el gobierno de la
otra parte del río [4], magnate del reino y de la confianza
del rey; y lo envió 9 a reconocer las vejaciones que había
hecho Judas, confiriendo además el sumo sacerdocio al
impío Alcimo, al cual dio orden de castigar a los hijos de
Israel.

10 Se pusieron, pues, en camino, y entraron con un gran
ejército en el país de Judá; y enviaron mensajeros a Judas
y a sus hermanos para engañarlos con buenas palabras.
11 Pero éstos no quisieron fiarse de ellos, viendo que habían
venido con un poderoso ejército. 12 Sin embargo, el colegio
de los escribas [5] pasó a estar con Alcimo y con Báquides
para hacerles algunas proposiciones justas o razonables.
13 Al frente de estos hijos de Israel iban los asideos [6], los
cuales le pedían la paz. 14 Porque decían: Un sacerdote de

la estirpe de Aarón es el que viene a nosotros, no es de creer que nos engañe. 15 Alcimo, pues, les habló palabras de paz, y les juró, diciendo: No os haremos daño alguno ni a vosotros ni a vuestros amigos.

16 Dieron ellos crédito a su palabra; pero él hizo prender a sesenta de los mismos, y en un día les hizo quitar la vida, conforme a lo que está escrito en los Salmos [7]: 17 Alrededor de Jerusalén arrojaron los cuerpos de tus santos [8] y su sangre; ni hubo quien les diese sepultura. 18 Con esto se apoderó de todo el pueblo un gran temor y espanto, y se decían unos a otros: No se encuentra verdad ni justicia en estas gentes; pues han quebrantado el tratado y el juramento que hicieron. 19 Y levantó Báquides sus campamentos de Jerusalén, y fue a acampar junto a Betzeca, desde donde envió a prender a muchos que habían abandonado su partido; haciendo degollar a varios del pueblo, y que los arrojaran en un profundo pozo [9]. 20 Se encargó después el gobierno del país a Alcimo, dejándole un cuerpo de tropas que le sostuviera, y volvió Báquides a donde estaba el rey.

21 Hacía Alcimo todos sus esfuerzos para asegurarse en su sumo sacerdocio; 22 y habiéndose unido a él todos los revoltosos del pueblo, se hicieron dueños de toda la tierra de Judá, y causaron grandes estragos en Israel. 23 Viendo, pues, Judas las extorsiones que Alcimo y los suyos habían

hecho a los hijos de Israel, y que eran mucho peores que
las causadas por los gentiles, [24] salió a recorrer todo el te-
rritorio de la Judea, y castigó a estos desertores de la causa
de la patria [10]; de suerte que no volvieron a hacer más ex-
cursiones por el país. [25] Mas cuando Alcimo vio que Judas
y sus gentes ya prevalecían, y que él no podía resistirles, se
volvió a ver al rey, y los acusó de muchos delitos.

Nicanor amenaza el templo

[26] Entonces el rey envió a Nicanor, uno de sus más ilustres
magnates [11] y enemigo declarado de Israel, con la orden
de acabar con este pueblo. [27] Pasó, pues, Nicanor a Jerusa-
lén con un gran ejército, y envió luego sus emisarios a Ju-
das y a sus hermanos para engañarlos con palabras de paz,
[28] diciéndoles: No hay guerra entre mí y vosotros, yo pasa-
ré con poca comitiva a veros y tratar de paz. [29] En efecto,
fue Nicanor a ver a Judas; y se saludaron mutuamente
como amigos; pero los enemigos estaban prontos para
apoderarse de Judas. [30] Y llegando Judas a entender que
habían venido con mala intención, temió y no quiso vol-
verlo a ver más. [31] Conoció entonces Nicanor que estaba
descubierta su trama; y salió a pelear contra Judas junto a
Cafarsalama, [32] donde quedaron muertos como unos cinco
mil hombres del ejército de Nicanor. Judas y los suyos se
retiraron a la ciudad o fortaleza de David [12].

33 Después de esto subió Nicanor al monte de Sión; y así
que llegó, salieron a saludarle pacíficamente algunos sa-
cerdotes del pueblo, y a hacerle ver los holocaustos que se
ofrecían por el rey [13]. 34 Mas él los recibió con desprecio y
mofa, los trató como a personas profanas, y les habló con
arrogancia, 35 y lleno de cólera les juró diciendo: Si no en-
tregáis en mis manos a Judas y a su ejército, inmediata-
mente que yo vuelva victorioso, abrasaré esta casa, o
templo [14]. Y se marchó sumamente enfurecido.

36 Entonces los sacerdotes entraron en el templo a presen-
tarse ante el altar, y llorando dijeron: 37 Señor, tú elegiste
esta casa [15] a fin de que en ella fuese invocado tu santo
Nombre, y fuese un lugar de oración y de plegarias para tu
pueblo. 38 Haz que resplandezca tu venganza sobre este
hombre y su ejército, y perezcan al filo de la espada. Ten
presentes sus blasfemias, y no permitas que subsistan so-
bre la tierra.

La victoria de Adarsa

39 Habiendo, pues, partido Nicanor de Jerusalén, fue a
acamparse cerca de Bet-Horón, y allí se le juntó el ejército
de la Siria. 40 Judas acampó junto a Adarsa con tres mil
hombres, e hizo oración a Dios en estos términos: 41 Señor,
cuando los enviados del rey Sennaquerib [16] blasfemaron
contra ti, vino un ángel que les mató ciento ochenta y cin-
co mil hombres. 42 Extermina hoy del mismo modo a nues-

tra vista ese ejército, y sepan todos los demás que Nicanor ha hablado indignamente contra tu santuario, y júzgalo conforme a su maldad.

43 Se dio, pues, la batalla el día trece del mes de Adar [17]; y quedó derrotado el ejército de Nicanor; siendo él el primero que murió en el combate. 44 Viendo los soldados de Nicanor que éste había muerto, arrojaron las armas, y echaron a huir. 45 Los persiguieron los judíos toda una jornada desde Adazer hasta Gázara, y al ir tras de ellos tocaban las trompetas para avisar a todos la huida del enemigo. 46 Con esto salían gentes de todos los pueblos de la Judea situados en las cercanías, y cargando sobre ellos con denuedo, los hacían retroceder hacia los vencedores; de suerte que fueron todos pasados a cuchillo, sin que escapara ni uno. 47 Se apoderaron en seguida de sus despojos, y cortaron la cabeza a Nicanor, y su mano derecha [18], la cual había levantado él contra el templo, y las llevaron y colgaron a la vista de Jerusalén.

48 Se alegró sobremanera el pueblo con la victoria, y pasaron aquel día en gran regocijo: 49 Y ordenó Judas que se celebrase todos los años esta fiesta [19] a trece del mes de Adar. 50 Y la tierra de Judá quedó en reposo algún poco de tiempo [20].

¿Sabías que?

La huida de Demetrio de Roma la contó un testigo de excepción: el historiador griego Polibio, que vivía allí como rehén y fue su consejero (*Historias* XXXI,11-15). Le aconsejó «no tropezar dos veces en la misma piedra» y no volver a pedir permiso al Senado, y le presentó a un amigo que fletó un barco cartaginés anclado en la desembocadura del Tíber. Demetrio asistió a un banquete, se retiró fingiéndose enfermo y mandó a sus criados llevar redes y perros a Circei, como si fuera a cazar jabalíes, su pasatiempo habitual. Polibio, enfermo en cama, le envió al anochecer una nota sellada. Llegaron de noche a Ostia y zarparon, y cuando el Senado se reunió, al quinto día, el fugitivo ya había pasado el estrecho de Mesina: los senadores renunciaron a perseguirlo.

PAUSA

1. Los asideos se fiaron de Alcimo porque era sacerdote, y fueron traicionados. ¿Cómo distingues la confianza de la ingenuidad?
2. Amenazados, los sacerdotes entraron en el templo a llorar ante el Señor. ¿Qué haces tú primero cuando algo te amenaza?
3. Judas recordó en su oración lo que Dios había hecho en tiempos de Ezequías. ¿Qué obras de Dios en tu historia recuerdas cuando tienes miedo?

Para orar. *Señor, que elegiste tu casa como lugar de oración, guárdame de la palabra falsa y enséñame a confiar en ti en la hora del peligro.*

8

La alianza con los romanos

Judas oye hablar de los romanos, y el capítulo copia lo que le contaron (vv. 1-16): sus guerras y sus conquistas, sus victorias sobre Filipo, Perseo y Antíoco el Grande, su lealtad con los amigos, su república sin rey, su Senado. Es el retrato admirado, y en parte inexacto, de quien conoce Roma de oídas. Judas envía a Eupólemo y a Jasón (vv. 17-20), y el Senado responde con un tratado grabado en bronce: ayuda mutua en caso de guerra (vv. 21-30) y un aviso a Demetrio (vv. 31-32). Es el primer pacto entre Roma y los judíos, en el 161 a. C.; un siglo después, Pompeyo entrará en Jerusalén.

Lo que Judas oyó de los romanos

1 Y oyó Judas la reputación de los romanos [1], y que eran
poderosos, y se prestaban a todo cuanto se les pedía, y que
habían hecho amistad con todos los que se habían querido
unir a ellos, y que era muy grande su poder. 2 Había tam-
bién oído hablar de sus guerras, y de las proezas que hicie-
ron en las Galias [2], de las cuales se habían enseñoreado y
hécholas tributarias suyas; 3 y de las cosas grandes obradas
en España, y cómo se habían hecho dueños de las minas de
plata y de oro que hay allí, conquistando todo aquel país a
esfuerzos de su prudencia y constancia [3]. 4 Que asimismo

habían sojuzgado regiones sumamente remotas, y destruido reyes, que en las extremidades del mundo se habían movido contra ellos, habiéndolos abatido enteramente, y que todos los demás les pagaban tributo cada año;

5 cómo también habían vencido en batalla, y sujetado a Filipo y a Perseo, rey de los ceteos, o macedonios [4], y a los demás que habían tomado armas contra ellos; 6 que Antíoco el Grande, rey de Asia, el cual los había acometido con un ejército sumamente poderoso, en donde iban ciento veinte elefantes [5], muchísima caballería y carros de guerra, fue asimismo enteramente derrotado; 7 cómo además lo cogieron vivo [6], y lo obligaron tanto a él como a sus sucesores a pagarles un gran tributo, y a que diese rehenes, y lo demás que se había pactado, 8 a saber, el país de los indos [7], el de los medos y el de los lidios, sus provincias más excelentes; y cómo después de haberlas recibido de ellos, las dieron al rey Eumenes.

9 Supo también Judas cómo habían querido los griegos [8] ir contra los romanos para destruirlos; 10 y que al saberlo éstos enviaron en contra uno de sus generales, y dándoles batalla les mataron mucha gente, y se llevaron cautivas a las mujeres con sus hijos, saquearon todo el país y se hicieron dueños de él; derribaron los muros de sus ciudades, y redujeron aquellas gentes a la servidumbre, como lo están hasta el día de hoy; 11 y cómo habían asolado y sometido a

su imperio los otros reinos e islas que habían tomado las armas contra ellos;

12 pero que con sus amigos, y con los que se entregaban con
confianza en sus manos, guardaban buena amistad; y que
se habían enseñoreado de los reinos, ya fuesen vecinos, ya
lejanos, porque cuantos oían su nombre los temían: 13 que
aquellos a quienes ellos querían dar auxilio para que rei-
nasen, reinaban en efecto; y al contrario, quitaban el reino
a quienes querían: y que de esta suerte se habían elevado a
un sumo poder; 14 que sin embargo de todo esto, ninguno
de entre ellos ceñía su cabeza con corona, ni vestía
púrpura [9] para ensalzarse sobre los demás; 15 y que habían
formado un Senado compuesto de trescientas veinte
personas [10], y que cada día se trataban en este consejo los
negocios públicos, a fin de que se hiciese lo conveniente;
16 y finalmente, que se confiaba cada año la magistratura o
supremo gobierno a un solo hombre [11], para que goberna-
se todo el Estado, y que así todos obedecían a uno solo, sin
que hubiese entre ellos envidia ni celos.

La embajada y el tratado

17 Judas, pues, en vista de todo esto, eligió a Eupólemo,
hijo de Juan [12], que lo era de Jacob, y a Jasón, hijo de Eleá-
zaro, y los envió a Roma para establecer amistad y alianza
con ellos, 18 a fin de que los liberasen del yugo de los
griegos [13]; pues estaban viendo cómo tenían éstos reduci-

do a esclavitud el reino de Israel. [19] En efecto, después de un viaje muy largo, llegaron aquéllos a Roma y habiéndose presentado al Senado, dijeron: [20] Judas Macabeo, y sus hermanos, y el pueblo judaico nos envían para establecer alianza y paz con vosotros, a fin de que nos contéis en el número de vuestros aliados y amigos. [21] Les pareció bien a los romanos esta proposición. [22] Y he aquí el escrito que hicieron grabar en láminas de bronce [14], y enviaron a Jerusalén para que lo tuviesen allí los judíos como un monumento de esta paz y alianza:

[23] Dichosos sean por mar y por tierra eternamente los romanos [15] y la nación de los judíos, y aléjense siempre de ellos la guerra y el enemigo. [24] Pero si sobreviniere alguna guerra a los romanos, o alguno de los aliados en cualquier parte de sus dominios, [25] los auxiliará la nación de los judíos de todo corazón, según se lo permitieren las circunstancias, [26] sin que los romanos tengan que dar y suministrar a las tropas que envíe, ni víveres, ni armas, ni dinero, ni naves, porque así ha parecido a los romanos; y las tropas les obedecerán sin recibir de ellos la paga. [27] De la misma manera, si primero sobreviniese alguna guerra a los judíos, los auxiliarán de corazón los romanos, según la ocasión se lo permitiere; [28] sin que los judíos tengan que abastecer a las tropas auxiliares, ni de víveres, ni de armas, ni de dinero, ni de naves, porque así ha parecido a los

romanos; y las tropas aquellas les obedecerán sinceramente. [29] Este es el pacto que hacen los romanos con los judíos. [30] Mas si en lo venidero los unos o los otros quisieren añadir o quitar alguna cosa de lo que va expresado, lo harán de común consentimiento, y todo cuanto así añadieren o quitaren permanecerá firme y estable.

[31] Por lo que mira a las injurias que el rey Demetrio ha hecho a los judíos, nosotros le hemos escrito, diciéndole: ¿Por qué has oprimido con yugo tan pesado [16] a los judíos, amigos que son y aliados nuestros? [32] Como vengan, pues, ellos de nuevo a quejarse a nosotros, les haremos justicia contra ti, y te haremos guerra por mar y tierra.

¿Sabías que?

Al traducir «las cosas grandes obradas en España» (8,3), Torres Amat no pudo contenerse: «Ningún país costó tanto a los romanos el conquistarle como nuestra España. De sus riquísimas minas hablan Plinio, Estrabón y otros escritores antiguos». Tenía razón en las dos cosas. La conquista de Hispania, empezada en la segunda guerra púnica (218 a. C.), no se completó hasta las guerras cántabras, bajo Augusto, en el 19 a. C. Y Estrabón, citando a Polibio, cuenta que en las minas de plata cercanas a Cartagena trabajaban cuarenta mil hombres, que rendían al pueblo romano veinticinco mil dracmas al día (*Geografía* III, 2,10). Es la fama que había llegado a oídos de Judas.

Lo que Judas oyó de los romanos

Lo que dice el libro	Lo que sabemos	Cita
Las Galias (1825 y 1884: «la Galacia»)	Gálatas de Asia vencidos (189); galos de Italia	8,2
Las minas de España	Dos provincias desde el 197	8,3
Filipo y Perseo vencidos	Cinoscéfalas (197) y Pidna (168)	8,5
Antíoco el Grande, 120 elefantes	Magnesia (190), con menos	8,6
Lo cogieron vivo	Huyó; paz de Apamea (188)	8,7
India, Media y Lidia, a Eumenes	Perdió Asia Menor; Eumenes II recibió parte	8,8
Los griegos vencidos	¿Guerra etolia (189)? ¿Corinto (146)?	8,9-10
Ni corona ni púrpura	República; toga con franja de púrpura	8,14
Senado de 320, a diario	Unos 300, cuando se les convocaba	8,15
Un solo jefe cada año	Dos cónsules anuales	8,16
Tratado en bronce	Fórmulas romanas; año 161	8,22-30

Torres Amat advierte (8,7) que la Escritura cuenta a veces cosas «no afirmándolas el historiador sagrado, sino refiriéndolas solamente como dichas por otro».

PAUSA

1. Judas buscó aliados lejanos para defender a su pueblo. ¿En qué apoyos humanos pones tu seguridad, y cuánto te fías de ellos?
2. El libro admira a Roma por lo que oyó de ella. ¿Cómo distingues lo que se dice de lo que es verdad?
3. Los romanos prometieron ayuda «según se lo permitieren las circunstancias». ¿Tu fidelidad a los amigos depende de las circunstancias?

Para orar. *Señor, roca de los que esperan en ti, enséñame a buscar ayuda sin poner mi esperanza sino en ti.*

9

La muerte de Judas; Jonatás, caudillo

Báquides y Alcimo vuelven con veinte mil hombres; el ejército de Judas se deshace, y él, con ochocientos, se niega a huir: «no echemos un borrón a nuestra gloria». Cae en Laisa, en la primavera del 160 a. C., y todo Israel lo llora (vv. 1-22, que se leen en el Oficio de lectura). Llegan tiempos oscuros: mandan los impíos, hay hambre, y los amigos de Judas eligen a Jonatás (vv. 23-31). Siguen la muerte de Juan y la venganza en una boda, el paso del Jordán, las fortalezas de Báquides y la muerte de Alcimo (vv. 32-57), y la paz: Jonatás gobierna en Macmas (vv. 58-73).

La última batalla de Judas

[1] Entretanto, así que Demetrio supo que Nicanor con todas
sus tropas habían perecido en el combate, envió de nuevo
a Báquides y a Alcimo a la Judea, y con ellos el ala derecha
o lo mejor de su ejército [1]. [2] Se dirigieron por el camino
que va a Gálgala, y acamparon en Masalot, que está en
Arbelas [2]; la cual tomaron y mataron allí mucha gente.
[3] En el primer mes del año ciento cincuenta y dos [3] se
acercaron con el ejército a Jerusalén; [4] de donde salieron y
se fueron a Berea en número de veinte mil hombres y dos
mil caballos. [5] Había Judas sentado su campo en Laisa, y
tenía consigo tres mil hombres escogidos. [6] Mas cuando

vieron la gran muchedumbre de tropas enemigas [4], se llenaron de temor, y desertaron muchos del campamento; de suerte que no quedaron más que ochocientos hombres.

7 Viendo Judas reducido a tan corto número su ejército, y que el enemigo le estrechaba de cerca, perdió el ánimo [5], pues no tenía tiempo para ir a reunir las tropas, y desmayó. 8 Con todo, dijo a los que le habían quedado: ¡Ea!, vamos contra nuestros enemigos, y veamos si podemos batirlos. 9 Mas ellos procuraban disuadirlo de eso, diciendo: De ningún modo podemos: pongámonos más bien a salvo, yéndonos a incorporar con nuestros hermanos, y después volveremos a pelear con ellos; ahora somos nosotros muy pocos. 10 Líbrenos Dios, respondió Judas, de huir de delante de ellos, si ha llegado nuestra hora, muramos valerosamente en defensa de nuestros hermanos, y no echemos un borrón a nuestra gloria [6].

11 A este tiempo salió de sus campamentos el ejército enemigo, y vino a su encuentro: la caballería iba dividida en dos cuerpos; los honderos y los arqueros ocupaban el frente del ejército, cuya vanguardia componían los soldados más valientes. 12 Báquides estaba en el ala derecha, y los batallones avanzaron en forma de media luna [7], tocando al mismo tiempo las trompetas. 13 Los soldados de Judas alzaron también el grito, de suerte que la tierra se estremeció con el estruendo de los ejércitos, y duró el com-

bate desde la mañana hasta la caída de la tarde. [14] Habiendo conocido Judas que el ala derecha del ejército de Báquides era la más fuerte, tomó consigo los más valientes de su tropa, [15] y derrotándolo, persiguió a los que la componían hasta el monte de Azoto [8]. [16] Mas los que estaban en el ala izquierda al ver desbaratada la derecha, fueron por la espalda en seguimiento de Judas y de su gente; [17] y encendiéndose con más vigor la pelea, perdieron muchos la vida de una y otra parte. [18] Pero habiendo caído muerto Judas [9], huyó el resto de su gente.

[19] Recogieron después Jonatás y Simón el cuerpo de su hermano Judas, y lo enterraron en el sepulcro de sus padres en la ciudad de Modín [10]. [20] Y todo el pueblo de Israel manifestó un gran sentimiento, y lo lloró por espacio de muchos días. [21] ¡Cómo es, decían, que ha perecido el campeón que salvaba al pueblo de Israel [11]! [22] Las otras guerras de Judas, y las grandes hazañas que hizo, y la magnanimidad de su corazón no se han descrito, por ser excesivamente grande su número [12].

Jonatás, caudillo

[23] Y sucedió que muerto Judas, se manifestaron en Israel por todas partes los hombres perversos, y se dejaron ver todos los que obraban la maldad. [24] Por este tiempo sobrevino una grandísima hambre, y todo el país con sus habitantes se sujetó a Báquides; [25] el cual escogió hombres per-

versos, y los puso por comandantes del país. 26 Y andaban éstos buscando, y en pesquisa de los amigos de Judas, y los llevaban a Báquides, quien se vengaba de ellos, y les hacía mil oprobios. 27 Fue, pues, grande la tribulación de Israel, y tal que no se había experimentado semejante desde el tiempo en que dejó de verse profeta en Israel [13].

28 En esto se juntaron todos los amigos de Judas, y dijeron a Jonatás: 29 Después que murió tu hermano Judas, no hay ninguno como él que salga contra nuestros enemigos, que son Báquides y los enemigos de nuestra nación. 30 Por tanto te elegimos hoy en su lugar, para que seas nuestro príncipe, y el caudillo de nuestras guerras. 31 Y aceptó entonces Jonatás el mando, y ocupó el lugar de su hermano Judas.

32 Sabedor de esto Báquides, buscaba medios para quitarle la vida; 33 pero habiéndolo llegado a entender Jonatás, y Simón su hermano, con todos los que lo acompañaban, huyeron al desierto de Tecua e hicieron alto junto al lago de Asfar [14]. 34 Lo supo Báquides, y marchó él mismo con todo su ejército, en día de sábado [15], al otro lado del Jordán. 35 Entonces Jonatás envió a su hermano, caudillo del pueblo, a rogar a los nabuteos, sus amigos, que les prestasen su tren de guerra [16], que era grande. 36 Pero saliendo de Madaba los hijos de Jambri, cogieron a Juan y cuanto conducía, y se fueron con todo.

37 De allí a poco dieron noticia a Jonatás y a su hermano Simón, de que los hijos de Jambri celebraban unas grandes
bodas, y que llevaban desde Madaba con mucha pompa la
novia, la cual era hija de uno de los grandes príncipes de
Canaán [17]. 38 Se acordaron entonces de la sangre derrama-
da de Juan su hermano y fueron, y se escondieron en las
espesuras de un monte. 39 En este estado, levantando sus
ojos, vieron a cierta distancia una multitud de gentes, y un
magnífico aparato; pues había salido el novio con sus ami-
gos y parientes a recibir a la novia, al son de tambores e
instrumentos músicos, con mucha gente armada.
40 Entonces saliendo súbitamente de su emboscada, se
echaron sobre ellos, y mataron e hirieron a muchos, hu-
yendo los demás a los montes; con lo cual se apoderaron
de todos sus despojos; 41 de suerte que las bodas se convir-
tieron en duelo, y sus conciertos de música en lamentos.
42 Y vengaron de este modo la sangre de su hermano [18], y
se volvieron hacia la ribera del Jordán.

43 Luego que lo supo Báquides, vino con un poderoso ejér-
cito en un día de sábado a la orilla del Jordán. 44 Entonces
Jonatás dijo a los suyos: ¡Ea!, vamos a pelear contra nues-
tros enemigos; pues no nos hallamos nosotros en la situa-
ción de ayer [19] y demás días anteriores. 45 Vosotros veis
que tenemos de frente a los enemigos; a la espalda, hacia
derecha e izquierda, las aguas del Jordán, con sus riberas y

pantanos, y bosques, sin que nos quede medio para escapar. 46 Ahora, pues, clamad al cielo, para que seáis librados de vuestros enemigos. Y se trabó el combate; 47 en el cual levantó Jonatás su brazo para matar a Báquides; pero evitó éste el golpe, retirando su cuerpo hacia atrás. 48 En fin, Jonatás y los suyos se arrojaron al Jordán, y lo pasaron a nado, a la vista de sus enemigos. 49 Y habiendo perecido aquel día mil hombres del ejército de Báquides, se volvió éste con sus tropas a Jerusalén.

Las fortalezas de Báquides y la muerte de Alcimo

50 Y en seguida reedificaron las plazas fuertes de Judea, y fortificaron con altos muros, con puertas y barras de hierro las ciudades de Jericó, de Ammaum, de Bet-Horón, de Betel, de Tamnata, de Fara y de Topo [20]. 51 En ellas puso Báquides guarniciones, para que hicieran correrías contra Israel. 52 Fortificó también la ciudad de Betsura, y la de Gázara, y el alcázar de Jerusalén, poniendo en todas partes guarnición y víveres. 53 Tomó después en rehenes los hijos de las primeras familias del país, y los tuvo custodiados en el alcázar de Jerusalén.

54 En el segundo mes del año ciento cincuenta y tres mandó Alcimo derribar las murallas de la parte interior del templo, y que se destruyesen las obras de los profetas Ageo y Zacarías [21]. Comenzó en efecto la demolición; 55 pero lo hirió el Señor entonces, y no pudo acabar lo que había co-

menzado. Perdió el habla, quedó baldado de perlesía [22], sin poder pronunciar una palabra más, ni dar disposición alguna en los asuntos de su casa. [56] Y murió Alcimo de allí a poco [23], atormentado de grandes dolores. [57] Viendo Báquides que había muerto Alcimo, se volvió adonde estaba el rey, y quedó el país en reposo por dos años.

Betbesén y la paz

[58] Pero al cabo los malvados todos formaron el siguiente designio: Jonatás, dijeron, y los que con él están, viven en sosiego y descuidados; ahora es tiempo de hacer venir a Báquides y de que los sorprenda a todos en una noche. [59] Fueron, pues, a verse con él, y le propusieron este designio. [60] Báquides se puso luego en camino con un poderoso ejército, y envió secretamente sus cartas a los que seguían su partido en la Judea, a fin de que pusiesen presos a Jonatás y a los que le acompañaban; mas no pudieron hacer nada, porque éstos fueron advertidos de su designio. [61] Entonces Jonatás prendió a cincuenta personas del país, que eran los principales jefes de aquella conspiración, y les quitó la vida.

[62] En seguida se retiró con su hermano Simón y los de su partido a Betbesén, que está en el desierto; repararon sus ruinas, y la pusieron en estado de defensa. [63] Tuvo noticia de esto Báquides, y juntando todas sus tropas, y avisando a los partidarios que tenía en la Judea, [64] vino a acampar so-

bre Betbesén, a la cual tuvo sitiada por mucho tiempo, haciendo construir máquinas de guerra.

65 Pero Jonatás, dejando en la ciudad a su hermano Simón,
fue a recorrer el país y volviendo con un buen cuerpo de
tropa, 66 derrotó a Odarén, y a sus hermanos, y a los hijos
de Faserón en sus propias tiendas, y comenzó a hacer des-
trozo en los enemigos y a dar grandes muestras de su va-
lor. 67 Simón y sus tropas salieron de la ciudad, y quema-
ron las máquinas de guerra; 68 atacaron a Báquides y lo de-
rrotaron, causándole grandísimo pesar por ver frustrados
sus designios y tentativas; 69 y así lleno de cólera contra
aquellos hombres perversos que le habían aconsejado ve-
nir a su país, hizo matar a muchos de ellos, y resolvió vol-
verse a su tierra con el resto de sus tropas.

70 Sabedor de esto Jonatás, le envió embajadores para ajus-
tar la paz con él, y canjear los prisioneros. 71 Los recibió
Báquides gustosamente, y consintiendo en lo que propo-
nía Jonatás, juró que en todos los días de su vida no volve-
ría a hacerle mal ninguno. 72 Le entregó asimismo los pri-
sioneros que había hecho antes en el país de Judá; después
de lo cual partió para su tierra y no quiso volver más a la
Judea. 73 Con esto cesó la guerra en Israel, y Jonatás fijó su
residencia en Macmas, donde comenzó a gobernar la
nación [24], y exterminó de Israel a los impíos.

¿Sabías que?

En el *Paraíso* de Dante, en el cielo de Marte, las almas de los que combatieron por la fe forman una gran cruz de luz, y cada una se mueve al oír su nombre: primero Josué, y luego, «al nombre del alto Macabeo», otra luz gira sobre sí misma, como un trompo al que la alegría sirviera de látigo (*Paraíso* XVIII,40-42); después vienen Carlomagno y Roldán. En la Europa de los siglos XIV al XVI, Judas Macabeo era uno de los «Nueve de la Fama», los modelos del caballero: tres paganos (Héctor, Alejandro y César), tres judíos (Josué, David y Judas Macabeo) y tres cristianos (Arturo, Carlomagno y Godofredo de Bouillón), que se esculpían en fachadas y se tejían en tapices. Y en 1747 Händel estrenó en Londres el oratorio *Judas Macabeo* (ver Jos 6).

PARA PROFUNDIZAR

«No *echemos un borrón a nuestra gloria*»: la muerte de Judas y la virtud de la fortaleza

La última batalla de Judas está contada con una sobriedad que conmueve. Báquides llega con veinte mil hombres y dos mil jinetes; Judas tiene tres mil escogidos, pero al ver «la gran muchedumbre» de enemigos casi todos desertan y quedan ochocientos (9,4-6). El libro no esconde lo que siente el héroe: «perdió el ánimo… y desmayó» (9,7). Los que quedan le aconsejan lo razonable, retirarse y volver a pelear con más gente (9,9). Judas responde con la frase que lo define: «Líbrenos Dios de huir de delante de ellos; si ha llegado nuestra hora, muramos valerosamente en defensa de nuestros hermanos, y no echemos un borrón a nuestra

gloria» (9,10). Pelea desde la mañana hasta la tarde, rompe el ala donde está el general, y lo rodean por la espalda: «Y Judas cayó, y los demás huyeron» (9,18). Israel lo llora con las palabras de David por Saúl y Jonatás (9,21; 2 Sam 1,19) y el autor cierra su historia confesando que no se puede escribir toda (9,22).

El relato es honrado. El libro que atribuyó al Cielo las victorias de Judas (3,19) no inventa ahora un milagro, ni explica la derrota como castigo. Cuenta que un hombre valiente tuvo miedo y no huyó, y que murió. Esas son sus últimas palabras en el libro, y el narrador las deja como su testamento.

La tradición cristiana vio aquí un modelo de fortaleza. San Ambrosio, en su tratado *Sobre los deberes*, escribe que la fortaleza no se prueba solo en la prosperidad, sino también en la adversidad, y propone la muerte de Judas: con un puñado de hombres que querían retirarse, los convenció de preferir una muerte gloriosa a una huida vergonzosa, y «encontró el lugar de su muerte más glorioso que cualquier triunfo» (I,41,209). Junto a él pone a Eleazar bajo el elefante (6,43-46) y a Jonatás, que con solo dos hombres rehízo una batalla perdida (11,68-72): es la fortaleza en la guerra, dice, que prefiere la muerte a la esclavitud y a la deshonra (I,41,211). Torres Amat recuerda que el Breviario de su tiempo proponía este elogio el tercer domingo de octubre; la Liturgia de las Horas lee hoy el relato en el Oficio de lectura del sábado de la 31.ª semana del tiempo ordinario.

El Catecismo define la fortaleza como la virtud que «asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien», que «hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte», y

que capacita «para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa» (n. 1808). No es ausencia de miedo, sino dominio del miedo; tampoco es temeridad. El mismo libro lo distingue: José y Azarías, que desobedecieron a Judas para hacer «célebre» su nombre, «imaginándose que harían maravillas», fueron derrotados (5,55-62), y unos sacerdotes murieron «por querer hacer proezas» (5,67). La decisión de Judas puede discutirse con criterios militares, y muchos lectores lo han hecho; lo que el texto subraya es otra cosa: que no quiso comprar su vida con una fuga que habría deshonrado la causa por la que tantos habían muerto.

Judas no es un mártir en sentido estricto. El martirio es «el supremo testimonio de la verdad de la fe», un testimonio que llega hasta la muerte y que el mártir soporta «mediante un acto de fortaleza» (Catecismo, n. 2473): es el camino de Eleazar y de los siete hermanos, que murieron sin defenderse antes que traicionar la Ley (ver 2 Mac 7). Judas muere con la espada en la mano. Pero muere por sus hermanos y por la alianza, y el segundo libro recuerda su piedad: después de una batalla mandó ofrecer un sacrificio por los caídos, pensando en la resurrección (ver 2 Mac 12).

Por eso el cristiano puede leer esta página sin glorificar la guerra. La fortaleza que el Evangelio pide se ejerce casi siempre sin armas: en la fidelidad cuando los demás desertan, en la palabra que no se retira por miedo, en el «¡ánimo!» de quien sabe que Cristo «ha vencido al mundo» (Jn 16,33). La frase de Judas, «muramos valerosamente en defensa de nuestros hermanos», encuentra su sentido pleno en el que dio la vida por sus amigos (Jn

15,13). La posteridad hizo de Judas un héroe de caballería (ver el recuadro); la Iglesia lo recuerda, sobre todo, como el creyente que no echó un borrón a la gloria de Dios.

PAUSA

1. Judas tuvo miedo y desmayó, y aun así no huyó. ¿Qué miedo tuyo necesita hoy un acto de fortaleza?
2. «Muramos valerosamente en defensa de nuestros hermanos». ¿Por quién das la vida, poco a poco, cada día?
3. Jonatás y Simón vengaron a su hermano en una boda. ¿Qué haces con el deseo de devolver el mal que te hacen?

Para orar. *Señor, fortaleza de los débiles, que no huya de la cruz que me toca, y que mi vida no eche un borrón a la gloria de tu nombre.*

10

Jonatás, sumo sacerdote por carta de un rey

Dos hombres se disputan el trono de Siria, y los dos necesitan a Jonatás. Demetrio I le ofrece ejército y rehenes (vv. 1-14); Alejandro Balas, más: lo hace sumo sacerdote y «Amigo del Rey» (vv. 15-21). Demetrio replica con una carta de exenciones tan generosa que nadie se la cree (vv. 22-50). Alejandro vence, se casa con la hija del rey de Egipto y honra en público a Jonatás (vv. 51-66). Al final, Jonatás derrota en la llanura a Apolonio, general de Demetrio II, y quema Azoto y el templo de Dagón (vv. 67-89). El sumo sacerdocio llega a la familia de Matatías por la carta de un rey extranjero.

Dos reyes buscan la amistad de Jonatás

[1]El año ciento sesenta Alejandro, hijo de Antíoco el Ilustre [1], subió a ocupar Tolemaida, y fue bien recibido, y empezó allí a reinar. [2]Así que lo supo el rey Demetrio, levantó un poderoso ejército, y marchó a pelear contra él. [3]Envió también una carta a Jonatás llena de expresiones afectuosas y de grandes elogios para él. [4]Porque dijo él a los suyos: Anticipémonos a hacer con él la paz, antes que la haga con Alejandro en daño nuestro; [5]pues él se acordará sin duda de los males que le hemos hecho tanto a él como a su hermano y a su nación. [6]Le dio, pues, facultad

para levantar un ejército y fabricar armas; lo declaró su aliado, y mandó que se le entregasen los que estaban en rehenes en el alcázar de Jerusalén.

7 Entonces Jonatás pasó a Jerusalén, y leyó las cartas de Demetrio delante de todo el pueblo y de los que estaban en el alcázar. 8 Y se intimidaron éstos en gran manera al oír que el rey le daba facultad de levantar un ejército. 9 Se entregaron luego a Jonatás los rehenes, el cual los volvió a sus padres. 10 Fijó Jonatás su residencia en Jerusalén, y comenzó a reedificar y restaurar la ciudad; 11 y mandó a los arquitectos que levantasen una muralla de piedras cuadradas alrededor del monte de Sión, para que quedase bien fortificado; y así lo hicieron.

12 Entonces los extranjeros que estaban en las fortalezas construidas por Báquides huyeron; 13 y abandonando sus puestos se fue cada cual a su país. 14 Sólo en Betsura quedaron algunos de aquellos que habían abandonado la ley y los preceptos de Dios; porque esta fortaleza era su refugio.

15 Entretanto llegaron a oídos de Alejandro las promesas que Demetrio había hecho a Jonatás, y le contaron las batallas y acciones gloriosas de Jonatás y de sus hermanos, y los trabajos que habían padecido. 16 Y dijo: ¿Podrá haber acaso otro varón como éste? Pensemos, pues, en hacerle nuestro amigo y aliado. 17 Con esta mira le escribió, enviándole una carta concebida en los términos siguientes:

18 El rey Alejandro, a su hermano Jonatás, salud: 19 Hemos
sabido que eres un hombre de valor y digno de ser nuestro
amigo. 20 Por lo tanto te constituimos hoy sumo sacerdote
de tu nación [2], y queremos además que tengas el título de
Amigo del Rey [3], y que tus intereses estén unidos a los
nuestros, y que conserves amistad con nosotros. Y le envió
la vestidura de púrpura y la corona de oro. 21 En efecto, en
el séptimo mes del año ciento sesenta, Jonatás se vistió la
estola santa [4], en el día solemne de los Tabernáculos, y le-
vantó un ejército, e hizo fabricar gran cantidad de armas.

La carta de Demetrio

22 Así que supo Demetrio estas cosas, se entristeció sobre-
manera, y dijo: 23 ¿Cómo hemos dado lugar a que Alejan-
dro se nos haya adelantado a conciliarse la amistad de los
judíos para fortalecer su partido? 24 Voy yo también a es-
cribirles cortésmente, ofreciéndoles dignidades y dádivas,
para empeñarlos a unirse conmigo en mi auxilio.

25 Y les escribió en estos términos: El rey Demetrio a la na-
ción de los judíos [5], salud: 26 Hemos sabido con mucho
placer que habéis mantenido la alianza que teníais hecha
con nosotros; y que sois constantes en nuestra amistad,
sin haberos coligado con nuestros enemigos.
27 Perseverad, pues, como hasta aquí, guardándonos la
misma fidelidad, y os recompensaremos ampliamente lo

que habéis hecho por nosotros. 28 Os perdonaremos además muchos impuestos, y os haremos muchas gracias.

29 Y desde ahora, a vosotros y a todos los judíos os eximo de tributos, y os condono los impuestos sobre la sal [6], las coronas [7], la tercera parte de la simiente; 30 y la mitad de los frutos de los árboles, que me corresponde, os la cedo a vosotros desde hoy en adelante; por lo cual no se exigirá más de la tierra de Judá, ni tampoco de las tres ciudades de Samaria y de Galilea, que se le han agregado, y así será desde hoy para siempre. 31 Quiero también que Jerusalén sea santa o privilegiada [8], y que quede libre con todo su territorio, y que los diezmos y tributos sean para ella. 32 Os entrego también el alcázar de Jerusalén, y se lo doy al sumo sacerdote para que ponga en él la gente que él mismo escogiere para su defensa. 33 Concedo además gratuitamente la libertad a todos los judíos que se trajeron cautivos de la tierra de Judá, en cualquier parte de mi reino que se hallen, eximiéndolos de pagar pechos por sí [9], y también por sus ganados.

34 Y todos los días solemnes, y los sábados, y las neomenias [10], y los días establecidos, y los tres días antes y después de la fiesta solemne sean días de inmunidad y de libertad para todos los judíos que hay en mi reino; 35 de modo que en estos días nadie podrá proceder contra ellos, ni llamarlos a juicio por ningún motivo. 36 También or-

deno que sean admitidos en el ejército del rey hasta treinta mil judíos, los cuales serán mantenidos del mismo modo que todas las tropas reales, y se echará mano de ellos para ponerlos de guarnición en las fortalezas del gran rey. 37 Igualmente se escogerán de éstos algunas personas, a las cuales se encarguen los negocios del reino que exigen gran confianza; sus jefes serán elegidos de entre ellos mismos, y vivirán conforme a sus leyes, según el rey ha ordenado para el país de Judá. 38 Considérense asimismo en un todo, como la misma Judea, las tres ciudades de la provincia de Samaria incorporadas a la Judea, de suerte que no dependan más que de un jefe, ni reconozcan otra potestad que la del sumo sacerdote.

39 Hago donación de Tolemaida con su territorio al templo [11] de Jerusalén para los gastos necesarios del santuario; 40 y le consigno todos los años quince mil siclos de plata de los derechos reales que me pertenecen. 41 Y todo aquello que ha quedado atrasado, y han dejado de pagar mis administradores en los años precedentes, se entregará desde ahora para la reparación del templo del Señor; 42 y por lo que hace a los cinco mil siclos de plata [12] que aquéllos recaudaban cada año por cuenta de las rentas del santuario, también pertenecerán éstos a los sacerdotes que están ejerciendo las funciones de su ministerio.

43 Asimismo, todos aquellos que siendo responsables al
rey, por cualquier motivo que sea, se refugiaren en el templo de Jerusalén, o a cualquier parte de su recinto, quedarán inmunes, y gozarán libremente de todos los bienes que
posean en mi reino. 44 Y finalmente, el gasto de lo que se
edifique o repare en el santuario, correrá de cuenta del
rey; 45 como también lo que se gaste para restaurar los muros de Jerusalén y fortificarlos por todo el contorno, y
para las murallas que deben levantarse en la Judea.

46 Habiendo, pues, oído Jonatás y el pueblo estas proposiciones de Demetrio, no las creyeron sinceras, ni las quisieron aceptar, porque se acordaban de los grandes males que
había hecho en Israel, y cuán duramente los había oprimido. 47 Y así se inclinaron más bien a complacer a Alejandro, pues había sido el primero que les había hablado de
paz, y en efecto, le auxiliaron constantemente.

48 En esto juntó el rey Alejandro un gran ejército, y marchó con sus tropas contra Demetrio. 49 Y dieron la batalla
ambos reyes, y habiendo sido puestas en fuga las tropas de
Demetrio, las fue siguiendo Alejandro, y cargó furiosamente sobre ellas. 50 Fue muy recio el combate, el cual
duró hasta ponerse el sol; y murió en él Demetrio.

Las bodas de Tolemaida

51 Después de esto, Alejandro envió sus embajadores a Tolomeo, rey de Egipto, para que le dijesen en su nombre:
52 Puesto que he vuelto a mi reino, y me hallo sentado en el trono de mis padres, y he recobrado mis Estados y entrado en posesión de mis dominios con la derrota de Demetrio,
53 a quien deshice en batalla campal, por este motivo ocupo el trono del reino que él poseía; 54 establezcamos ahora entre nosotros una mutua amistad, y para ello concédeme por esposa a tu hija, con lo cual seré yo tu yerno, y te presentaré tanto a ti como a ella regalos dignos de tu majestad. 55 A lo cual el rey Tolomeo respondió, diciendo: ¡Bendito sea el día en que has vuelto a entrar en la tierra de tus padres, y te has sentado en el trono de tu reino! 56 Yo estoy pronto a concederte lo que me has escrito, mas ven hasta Tolemaida, para que nos veamos allí ambos, y te entregue yo mi hija por esposa, conforme me pides.

57 Partió, pues, Tolomeo de Egipto con su hija Cleopatra, y vino a Tolemaida el año ciento sesenta y dos. 58 Y fue Alejandro a encontrarlo allí; y Tolomeo le dio a su hija Cleopatra por esposa, celebrándose sus bodas en dicha ciudad de Tolemaida con una magnificencia verdaderamente real.

59 El rey Alejandro escribió también a Jonatás que viniese a verlo; 60 y en efecto, habiendo pasado a Tolemaida con

gran pompa, visitó a los dos reyes, les presentó mucha plata y oro, y otros regalos, y ellos le recibieron con mucho agrado.

61 Entonces algunos hombres corrompidos y malvados de
Israel se conjuraron para presentar una acusación contra
él; mas el rey no quiso darles oídos; 62 antes bien mandó
que a Jonatás le quitasen sus vestidos, y lo revistiesen de
púrpura [13]. Y así se ejecutó. Después de lo cual el rey le
mandó sentar a su lado. 63 Luego dijo a sus magnates: Id
con él por medio de la ciudad, y haced publicar que nadie
por ningún título ose formar acusación contra él, ni le mo-
leste, sea por el asunto que fuere. 64 Así que los acusadores
vieron la honra que se hacía a Jonatás, y lo que se había
pregonado, y como iba revestido de púrpura, echaron a
huir todos. 65 Lo elevó el rey a grandes honores, y lo contó
entre sus principales amigos; lo hizo general, y le dio parte
en el gobierno [14]. 66 Después de lo cual se volvió Jonatás a
Jerusalén en paz, y lleno de gozo.

La batalla de Azoto

67 El año ciento sesenta y cinco, Demetrio el joven, hijo de
Demetrio [15], vino desde Creta a la tierra de sus padres; 68 y
habiéndolo sabido el rey Alejandro, tuvo de ello gran
pena, y se volvió a Antioquía.

69 El rey Demetrio hizo general de sus tropas a Apolonio,
que era gobernador de la Celesiria, el cual juntó un gran
ejército, y se acercó a Jamnia, y envió a decir a Jonatás,
sumo sacerdote, 70 estas palabras: Tú eres el único que nos
hace resistencia; y yo he llegado a ser un objeto de escar-
nio y oprobio, a causa de que tú te haces fuerte en los mon-
tes, y triunfas contra nosotros. 71 Ahora bien, si tú tienes
confianza en tus tropas, desciende a la llanura, y medire-
mos allí nuestras fuerzas; pues el valor militar en mí resi-
de. 72 Infórmate si no, y sabrás quién soy yo, y quiénes son
los que vienen en mi ayuda; los cuales dicen confiadamen-
te que vosotros no podréis sosteneros en nuestra presen-
cia, porque ya dos veces fueron tus mayores puestos en
fuga en su propio país. 73 ¿Cómo, pues, ahora podrás tú re-
sistir el ímpetu de la caballería y de un ejército tan pode-
roso en una llanura, donde no hay piedras, ni peñas [16], ni lu-
gar para huir?

74 Así que Jonatás oyó estas palabras de Apolonio, se alteró
su ánimo y escogiendo diez mil hombres, partió de Jerusa-
lén, saliendo a incorporarse con él su hermano Simón
para ayudarle. 75 Fueron a acampar junto a la ciudad de
Joppe; la cual le cerró las puertas (porque Joppe tenía
guarnición de Apolonio), y así hubo de ponerla sitio.
76 Pero atemorizados los que estaban dentro, le abrieron
las puertas, y Jonatás se apoderó de ella.

77 Habiéndolo sabido Apolonio, se acercó con tres mil caballos y un ejército numeroso; 78 y marchando como para
ir a Azoto, bajó sin perder tiempo a la llanura; pues tenía
mucha caballería, en la cual llevaba puesta su confianza.
Jonatás se dirigió también hacia Azoto, y allí se dio la batalla. 79 Había dejado Apolonio en el campo, a las espaldas
de los enemigos, mil caballos en emboscada. 80 Y supo Jonatás esta emboscada que los enemigos habían dejado a
sus espaldas; los cuales le cercaron en su campo, y estuvieron arrojando dardos sobre sus gentes desde la mañana
hasta la tarde. 81 Los de Jonatás se mantuvieron firmes,
conforme él había ordenado; y entretanto se fatigó mucho
la caballería enemiga. 82 Entonces Simón hizo avanzar su
gente, y acometió a la infantería, la cual se vio sola, pues la
caballería estaba ya cansada; y la derrotó, y puso en fuga.

83 Los que se dispersaron por el campo, se refugiaron en
Azoto, y se metieron en la casa o templo de su ídolo
Dagón [17] para salvarse allí. 84 Pero Jonatás puso fuego a
Azoto y a las ciudades circunvecinas, después de haberlas
saqueado, y abrasó el templo de Dagón con cuantos en él
se habían refugiado [18]; 85 y entre pasados a cuchillo y
quemados [19], perecieron cerca de ocho mil hombres.

86 Levantó luego Jonatás el campo y se aproximó a Ascalón, cuyos ciudadanos salieron a recibirlos con grandes

agasajos; [87] y regresó después a Jerusalén con sus tropas cargadas de ricos despojos.

[88] Así que el rey Alejandro supo todos estos sucesos, concedió nuevamente mayores honores a Jonatás, [89] y le envió la hebilla o broche de oro [20], que se acostumbraba dar a los parientes del rey; y le dio el dominio de Accarón y de su territorio.

¿Sabías que?

La princesa que se casa en Tolemaida (v. 57) tuvo una de las vidas más novelescas de su tiempo. Cleopatra Tea, «la diosa», hija de Tolomeo VI, fue esposa sucesiva de tres reyes de Siria: Alejandro Balas; Demetrio II, al que su padre la entregó cuando rompió con Alejandro (11,9-12); y Antíoco VII, hermano de Demetrio, cuando este cayó prisionero de los partos (14,1-3). Fue madre de cuatro reyes, entre ellos el niño Antíoco VI de 11,54. Hacia el 125 a. C. gobernó junto a su hijo Antíoco VIII, que en el 121 la obligó a quitarse la vida.

Las cartas y los decretos del libro

Quién escribe	A quién	Qué concede o pide
Senado romano	A los judíos	Alianza en bronce; aviso a Demetrio I (8,22-32)
Demetrio I	A Jonatás	Ejército propio y rehenes (10,3-6)
Alejandro Balas	A Jonatás	Sumo sacerdocio, «Amigo del Rey» (10,18-20)
Demetrio I	A la nación	Exenciones, alcázar, Tolemaida (10,25-45)
Demetrio II	A Jonatás	Tres distritos, sin tributos (11,30-37)
Antíoco VI	A Jonatás	Confirmación y honores (11,57-58)
Jonatás	A Esparta	Renovar la «unión fraternal» (12,6-18)
Ario de Esparta	A Onías	«Son hermanos» (12,20-23)
Demetrio II	A Simón	Paz y perdón de tributos (13,36-40)
Esparta y Roma	A Simón	Renuevan la amistad (14,18-23)
El pueblo	(decreto)	Simón, jefe «para siempre» (14,27-47)
Antíoco VII	A Simón	Exenciones, moneda propia (15,2-9)
Lucio, cónsul	A reyes y pueblos	Que no ataquen a los judíos (15,16-24)

El autor copió documentos, como señala la *Enciclopedia Católica* (8,23-32; 10,3-6.18-20.25-45; 11,30-37; 12,6-23). Su autenticidad se discute caso por caso: muchos historiadores aceptan el fondo de las cartas seléucidas; las de Esparta suscitan más dudas (ver la nota a 12,21). 2 Mac 11,16-38 conserva otras cuatro cartas de la época.

Los sumos sacerdotes, de Onías III a Juan Hircano

Nombre	Años a. C.	Cómo llegó y cómo acabó
Onías III	hasta 175	De la casa de Sadoc; depuesto por Antíoco IV, asesinado junto a Antioquía (2 Mac 3 – 4; 4,33-34)
Jasón	175–172	Hermano de Onías; compra el cargo a Antíoco IV; huye y muere desterrado en Esparta (2 Mac 4,7-10; 5,5-10)
Menelao	172–162	Ofrece más dinero y desplaza a Jasón; Antíoco V lo hace ejecutar en Berea (2 Mac 4,23-25; 13,3-8)
Alcimo	162–159	«De la estirpe de Aarón», pero no de la casa de Onías; nombrado por Demetrio I; muere de perlesía (7,5-14; 9,54-56; 2 Mac 14,3-13)
(vacante)	159–152	Siete años sin sumo sacerdote, según Josefo (*Antigüedades* XX,10)
Jonatás	152–143/142	Sacerdote de la familia de Joarib; nombrado por carta de Alejandro Balas; apresado y muerto por Trifón (10,18-21; 12,48; 13,23)
Simón	142–134	Elegido por el pueblo «hasta la venida del profeta fiel», confirmado por Demetrio II; asesinado en Doc (14,35-41; 16,16)
Juan Hircano I	134–104	Hijo de Simón; sucede a su padre (16,23-24)
Sus sucesores	104–63	Desde Aristóbulo I, reyes y sumos sacerdotes a la vez, hasta que Pompeyo toma Jerusalén (cuadro del capítulo 16)

El cargo pasa de la casa de Onías, de la línea de Sadoc (1 Cr 5,27-41), a los asmoneos, sacerdotes de Joarib (2,1; 1 Cr 24,7). El hijo de Onías III se refugió en Egipto y levantó allí un templo (Josefo). Fechas aproximadas; el cuadro sirve también para 2 Macabeos. «Nadie se apropia este honor, sino el que es llamado por Dios» (Hb 5,4). Ver el ensayo de este capítulo.

PARA PROFUNDIZAR

Sumos sacerdotes nombrados por reyes

«Te constituimos hoy sumo sacerdote de tu nación» (10,20). Con estas palabras, escritas por un pretendiente al trono de Siria que buscaba aliados, la familia de Matatías llega al cargo más alto de Israel. Jonatás se viste la estola santa en la fiesta de los Tabernáculos del 152 a. C. (10,21; ver nota a 10,20), y el libro lo cuenta sin un comentario. Pero la escena pesa: un cargo que la Ley transmitía por nacimiento se da ahora por carta, junto con la púrpura, la corona de oro y el título de «Amigo del Rey».

La Ley reservaba el sacerdocio a los hijos de Aarón (Éx 28,1; 29,9), y desde Salomón el sumo sacerdocio quedó en la línea de Sadoc (1 Re 2,35; 1 Cr 5,27-41), la única que Ezequiel declara fiel (Ez 44,15). Después del destierro, el sumo sacerdote era además la cabeza del pueblo ante los reyes persas y griegos; el Sirácida pinta con admiración a uno de ellos, Simón, hijo de Onías, revestido de gloria junto al altar (Sir 50,1-21). Ese peso político convirtió el cargo en botín. Jasón se lo compró a Antíoco IV desplazando a su hermano Onías III, y Menelao ofreció más dinero y se lo quitó (2 Mac 4,7-10.23-25). Demetrio I nombró a Alcimo, «de la estirpe de Aarón» pero no de la casa de Onías, que traicionó a los asideos que se fiaron de él (7,5-16; ver nota a 7,5). Josefo cuenta que el hijo de Onías III, desplazado, huyó a Egipto y levantó un templo rival en la región de Heliópolis (*Antigüedades* XX,10).

En ese vacío entran los asmoneos. Según Josefo, muerto Alcimo, Jerusalén pasó siete años sin sumo sacerdote. Matatías y sus hijos eran sacerdotes de la familia de Joarib, el primero de los vein-

ticuatro turnos (2,1; 1 Cr 24,7), pero no de la casa de Onías. Jonatás recibe el cargo de Alejandro Balas, y se lo confirman Demetrio II (11,27) y Antíoco VI (11,57): tres reyes rivales que compiten por su amistad. Simón dará un paso más: el pueblo y los sacerdotes lo eligen «caudillo y sumo sacerdote para siempre, hasta la venida del profeta fiel», y Demetrio II lo confirma (14,35-41; ver nota a 14,41). El libro funda la legitimidad de la familia en sus obras: salvaron al pueblo y al templo cuando la casa legítima había vendido el cargo. Algunos estudiosos piensan que el recuerdo de Finees, «nuestro padre», que recibió por su celo «un sacerdocio eterno» (2,54; Nm 25,13), servía también para justificarlos.

No todos los aceptaron. Muchos estudiosos identifican al «Sacerdote impío», enemigo del «Maestro de justicia» en los manuscritos de Qumrán, con Jonatás o con Simón, aunque la cuestión sigue abierta; aquella comunidad reservaba el sacerdocio a los «hijos de Sadoc» (ver el recuadro de 1 Crónicas 6). Los descendientes de Simón unieron después el sumo sacerdocio y la corona real, y sus querellas internas terminaron por abrir la puerta a Roma (ver el cuadro «Después de 1 Macabeos», en el capítulo 16). En tiempos de Jesús, los sumos sacerdotes los nombraban Herodes y los gobernadores romanos: el evangelio dice de Caifás que era «sumo sacerdote aquel año» (Jn 11,49; 18,13).

La carta a los Hebreos mira esta historia desde el otro lado: «nadie se apropia este honor, sino el que es llamado por Dios, como lo fue Aarón», y tampoco Cristo «se glorificó a sí mismo haciéndose sumo sacerdote» (Hb 5,4-5). Jesús no era de Leví, sino de Judá; su sacerdocio no viene de una genealogía ni de un decreto, sino de Dios, «según el orden de Melquisedec», «por la fuerza de

una vida indestructible» (Hb 7,14-17). El Catecismo ve en él el cumplimiento de todas las figuras del sacerdocio antiguo (n. 1544) y recuerda que nadie tiene derecho al sacramento del Orden: «al sacramento se es llamado por Dios» (n. 1578).

La Iglesia conoció la misma tentación cuando reyes y emperadores quisieron nombrar obispos: la querella de las investiduras, en los siglos XI y XII, fue la larga lucha para que no fuera el poder político quien entregara el báculo y el anillo. 1 Macabeos no condena a Jonatás, que sirvió a su pueblo con valor y murió por él (13,23). Pero la escena de 10,20 deja una pregunta que sigue viva: qué pasa con lo santo cuando se recibe como un favor de los poderosos, y qué precio se paga después por ese favor.

PAUSA

1. Demetrio y Alejandro compitieron con promesas para ganarse a Jonatás. ¿Qué promesas compiten hoy por tu lealtad?
2. Jonatás no creyó las promesas de quien le había hecho daño, pero tampoco se vengó. ¿Cómo distingues tú la prudencia del rencor?
3. El sumo sacerdocio llegó a Jonatás como un favor del poder. ¿Hay algo santo en tu vida que corres el riesgo de usar por conveniencia?

Para orar. *Señor, que no ponga mi confianza en las promesas de los poderosos, sino en ti, que nunca faltas a tu palabra.*

11

Reyes que caen, Jonatás que crece

Mientras los reyes se destruyen entre sí, Judea gana terreno. Tolomeo VI entra en Siria como amigo, quita a Alejandro su esposa y su reino, y los dos mueren en pocos días (vv. 1-19). El nuevo rey, Demetrio II, confirma a Jonatás como sumo sacerdote y le concede tres distritos y la exención de tributos (vv. 20-37); los judíos le salvan la vida en Antioquía, y él les paga con ingratitud (vv. 38-53). Trifón proclama rey al niño Antíoco VI, que colma de honores a Jonatás y a Simón (vv. 54-66). Al final, en la llanura de Asor, Jonatás se queda casi solo, ora y vence (vv. 67-74).

Tolomeo y Alejandro

[1] Después de esto el rey de Egipto juntó un ejército innumerable como las arenas de la orilla del mar, y gran número de naves; y trataba con perfidia de apoderarse del reino de Alejandro [1] y unirlo a su corona. [2] Entró, pues, en la Siria aparentando amistad, y las ciudades le abrían las puertas, y lo salían a recibir sus moradores, pues así lo había mandado Alejandro, por cuanto era su suegro. [3] Mas Tolomeo, así que entraba en una ciudad, ponía en ella guarnición militar. [4] Cuando llegó a Azoto, le mostraron el templo de Dagón que había sido abrasado, y las ruinas de esta ciudad y de sus aldeas, muchos cadáveres tendidos en

tierra, y los túmulos que habían hecho a lo largo del camino de los muertos en la batalla. 5 Y dijeron al rey que todo aquello lo había hecho Jonatás, con lo cual intentaban hacerle odiosa su presencia; mas el rey no se dio por entendido. 6 Y salió Jonatás a recibir al rey con toda pompa en Joppe, y se saludaron, y pasaron allí la noche. 7 Fue Jonatás acompañando al rey hasta un río llamado Eleutero, desde donde regresó a Jerusalén.

8 Pero el rey Tolomeo se apoderó de todas las ciudades que hay hasta Seleucia, situada en la costa del mar [2], y maquinaba traiciones contra Alejandro. 9 Y despachó embajadores a Demetrio para que le dijeran: Ven, haremos alianza entre los dos, y yo te daré mi hija desposada con Alejandro, y tú recobrarás así el reino de tu padre; 10 pues estoy arrepentido de haberle dado mi hija; porque ha conspirado contra mi vida. 11 Así lo infamaba; porque codiciaba alzarse con su reino. 12 Al fin habiéndole quitado la hija, se la dio a Demetrio, y entonces se extrañó Alejandro, e hizo patente su malvada intención. 13 Entró después Tolomeo en Antioquía, y ciñó su cabeza con dos diademas, la de Egipto y la de Asia [3].

14 Se hallaba a esta sazón el rey Alejandro en Cilicia, por habérsele rebelado la gente de aquellas provincias. 15 Pero así que supo lo ocurrido con el rey Tolomeo, marchó contra él. Ordenó también éste sus tropas, y salió a su encuen-

tro con grandes fuerzas y lo derrotó. [16] Huyó Alejandro a Arabia, para ponerse allí a cubierto; y se aumentó así el poder de Tolomeo. [17] Y Zabdiel, príncipe de la Arabia, cortó la cabeza a Alejandro, y se la envió a Tolomeo. [18] De allí a tres días murió también el rey Tolomeo [4]; y las tropas que estaban en las fortalezas, perdieron la vida a manos de las que estaban en el campamento. [19] Y entró Demetrio en posesión del reino el año ciento sesenta y siete.

Demetrio II y Jonatás

[20] Por aquellos días reunió Jonatás las milicias de la Judea para apoderarse del alcázar de Jerusalén; a este fin levantaron contra él muchas máquinas de guerra. [21] Mas algunos hombres malvados, enemigos de su propia nación, fueron al rey Demetrio y le dieron parte de que Jonatás tenía sitiado el alcázar. [22] Irritado al oír esto, pasó al instante a Tolemaida, y escribió a Jonatás que levantase el sitio del alcázar, y viniese al punto a verse con él. [23] Recibida por Jonatás esta carta, mandó que se continuase el sitio; y escogiendo algunos de los ancianos o senadores [5] de Israel, y de los sacerdotes, fue con ellos y se expuso al peligro. [24] Llevó consigo mucho oro y plata, ropas y varios otros regalos, y partió a presentarse al rey en Tolemaida, y se ganó su amistad.

[25] Sin embargo, algunos hombres perversos de su nación formaron nuevamente acusaciones contra Jonatás. [26] Mas

el rey lo trató como lo habían tratado sus predecesores; y le honró en presencia de todos sus amigos o cortesanos, 27 y lo confirmó en el sumo sacerdocio y en todos los demás honores que de antemano tenía, y lo trató como al primero de sus amigos.

28 Entonces Jonatás suplicó al rey que concediese franquicia de tributos a Judea, a las tres toparquías [6] y Samaria con todo su territorio; prometiendo darle, como en homenaje, trescientos talentos. 29 Otorgó el rey la petición, e hizo expedir el diploma para Jonatás, en estos términos:

30 El rey Demetrio a su hermano Jonatás y a la nación judaica, salud: 31 Os enviamos para conocimiento vuestro copia de la carta que acerca de vosotros hemos escrito a Lástenes, nuestro padre. Dice así: 32 El rey Demetrio a Lástenes, su padre [7], salud: 33 Hemos resuelto hacer mercedes a la nación de los judíos, los cuales son nuestros amigos, y se portan fielmente con nosotros, a causa de la buena voluntad que nos tienen. 34 Decretamos, pues, que toda la Judea y las tres ciudades Aférema, Lida y Ramata [8], de la provincia de Samaria, agregadas a la Judea, y todos sus territorios queden destinados para todos los sacerdotes de Jerusalén, en cambio de lo que el rey percibía antes de ellos todos los años por los frutos de la tierra y de los árboles. 35 Asimismo les perdonamos desde ahora lo demás que nos pertenecía de diezmos y tributos, y los productos de las la-

gunas de la sal y las coronas de oro que se nos ofrecían.
36 Todo lo referido se lo concedemos, todo irrevocablemente, desde ahora en adelante para siempre. 37 Ahora, pues, cuidad de que se saque una copia de este decreto, y entregádsela a Jonatás, para que se coloque en el monte santo de Sión en un paraje público.

Antioquía y la ingratitud de Demetrio

38 Viendo después el rey Demetrio que toda la tierra estaba tranquila, y lo respetaba, sin que le quedase competidor ninguno, licenció todo su ejército [9], enviando a cada cual a su casa, salvo las tropas extranjeras que había asalariado de las islas de las naciones; con lo cual se atrajo el odio de todas las tropas que habían servido a sus padres. 39 Había entonces un cierto Trifón que había sido antes del partido de Alejandro; y viendo que todo el ejército murmuraba de Demetrio, fue a verse con Emalcuel, árabe [10], el cual educaba a Antíoco, hijo de Alejandro. 40 Y le hizo muchas y grandes instancias para que se le entregase, a fin de hacer que ocupase el trono de su padre; le contó todo lo que Demetrio había hecho, y cómo le aborrecía todo el ejército, y se detuvo allí muchos días.

41 Entretanto Jonatás envió a pedir al rey Demetrio que mandase quitar la guarnición que había aún en el alcázar de Jerusalén y en las otras fortalezas, porque causaban daño a Israel. 42 Y Demetrio respondió a Jonatás: No sólo

haré por ti y por tu nación lo que me pides, sino que también te elevaré a mayor gloria a ti y a tu pueblo, luego que el tiempo me lo permita. 43 Mas ahora me harás el favor de enviar tropas a mi socorro; porque todo mi ejército me ha abandonado. 44 Entonces Jonatás le envió a Antioquía tres mil hombres de los más valientes, por cuya llegada recibió el rey gran contento.

45 Pero los moradores de la ciudad en número de ciento veinte mil hombres, se conjuraron y querían matar al rey. 46 Se encerró éste en su palacio, y apoderándose los de la ciudad de las calles o avenidas, comenzaron a combatirle. 47 Entonces el rey hizo venir en su socorro a los judíos, los cuales se reunieron todos junto a él, y acometiendo por varias partes a la ciudad, 48 mataron aquel día cien mil hombres [11], y después de saqueada le pegaron fuego, y libertaron así al rey.

49 Al ver los sediciosos de la ciudad que los judíos se habían hecho dueños absolutos de ella, se aturdieron, y a gritos pidieron al rey misericordia, haciéndole esta súplica: 50 Concédenos la paz, y cesen los judíos de maltratarnos a nosotros y a la ciudad. 51 Y rindieron las armas, e hicieron la paz. Con esto los judíos adquirieron gran gloria para con el rey y todo su reino; y habiéndose hecho en él muy célebres, se volvieron a Jerusalén cargados de ricos despojos.

52 Quedó con esto Demetrio asegurado en el trono de su
reino; y sosegado todo el país, era respetado de todos.
53 Sin embargo, faltó a todo lo que había prometido; se ex-
trañó de Jonatás, y bien lejos de manifestarse reconocido
a los servicios recibidos, le hacía todo el mal que podía.

Antíoco VI y la batalla de Asor

54 Después de estas cosas, volvió Trifón trayendo consigo a
Antíoco, que era aún niño; el cual fue reconocido por rey,
y se ciñó la diadema [12]. 55 Y acudieron a presentársele to-
das las tropas que Demetrio había licenciado; y pelearon
contra Demetrio, el cual volvió las espaldas, y se puso en
fuga. 56 Se apoderó en seguida Trifón de los elefantes, y se
hizo dueño de Antioquía.

57 Y el jovencito Antíoco escribió a Jonatás en estos térmi-
nos: Te confirmo en el sumo sacerdocio y en el dominio de
las cuatro ciudades [13], y quiero que seas uno de los amigos
del rey. 58 Le envió también varias alhajas de oro para su
servicio, y le concedió facultad de poder beber en copa de
oro, vestirse de púrpura y de llevar la hebilla o broche de
oro. 59 Al mismo tiempo nombró a su hermano Simón por
gobernador de todo el país, desde los confines de Tiro [14]
hasta las fronteras de Egipto.

60 Salió luego Jonatás, y recorrió las ciudades de la otra
parte del río Jordán [15]; y todo el ejército de la Siria acudió

a su auxilio, con lo que se encaminó hacia Ascalón, cuyos moradores salieron a recibirlo con grandes festejos. 61 Desde allí pasó a la Gaza, y sus habitantes le cerraron las puertas; por lo que le puso sitio, y quemó todos los alrededores de la ciudad, después de haberlo todo saqueado. 62 Entonces los de Gaza pidieron capitulación a Jonatás, el cual se la concedió; y tomando en rehenes a sus hijos, los envió a Jerusalén, y recorrió en seguida todo el país hasta Damasco.

63 A esta sazón supo Jonatás que los generales de Demetrio habían ido con un poderoso ejército a la ciudad de Cades, situada en la Galilea, para sublevarla, con el fin de impedirle que se mezclase en adelante en los negocios del reino de Antíoco. 64 Y marchó contra ellos; dejando en la provincia a su hermano Simón. 65 Entretanto éste aproximándose a Betsura, la tuvo sitiada muchos días, teniendo encerrados a sus habitantes; 66 los cuales pidieron al fin la paz, y se la concedió; y habiéndoles hecho desocupar la plaza, tomó posesión de ella y la guarneció.

67 Jonatás se acercó con su ejército al lago de Genesar, y antes de amanecer llegaron a la llanura de Asor [16]. 68 Y he aquí que se encontró delante del campamento de los extranjeros; quienes le habían puesto una emboscada en el monte. Jonatás fue a embestirlos de frente; 69 pero entonces los que estaban emboscados salieron de sus puestos y

cargaron sobre él. [70] Con esto los de Jonatás echaron todos a huir, sin que quedase uno siquiera de los capitanes, excepto Matatías, hijo de Absalomi, y Judas, hijo de Calfi [17], comandante de su ejército.

[71] Entonces Jonatás rasgó sus vestidos, se echó polvo sobre su cabeza [18], e hizo oración. [72] En seguida volvió Jonatás sobre los enemigos; y peleó contra ellos y los puso en fuga. [73] Viendo esto las tropas que le habían abandonado, volvieron a unirse con él, y todos juntos persiguieron a los enemigos hasta Cades, donde tenían éstos sus campamentos, al pie de los cuales llegaron. [74] Murieron aquel día tres mil hombres del ejército de los extranjeros; y Jonatás se volvió a Jerusalén.

¿Sabías que?

Lida, una de las tres ciudades que Demetrio entrega a Judea (v. 34), reaparece en el Nuevo Testamento: allí curó Pedro a Eneas, paralítico desde hacía ocho años, y de allí lo llamaron a la cercana Joppe para resucitar a Tabita (Hch 9,32-42). Los romanos la llamaron Dióspolis. Una antigua tradición sitúa en ella el sepulcro de san Jorge, el santo soldado, cuya iglesia se visita todavía en la ciudad, que hoy se llama Lod; a sus puertas está el principal aeropuerto de Israel.

Púrpura, corona y broche: los honores de Jonatás y Simón

Honor	A quién y quién lo da	Cita
Sumo sacerdocio	Jonatás, por Alejandro Balas; Simón, por el pueblo	10,20; 14,35.41
Amigo del rey	Jonatás, por tres reyes; Simón, por Demetrio II	10,20; 11,27.57; 14,39
Púrpura y corona	Jonatás, por Alejandro; Simón, por el pueblo	10,20.62; 14,43-44
General	Jonatás, general y gobernador, por Alejandro; Simón, por el pueblo	10,65; 14,42
Broche de oro	Jonatás, por Alejandro y Antíoco VI; luego, solo Simón	10,89; 11,58; 14,44
Ciudad propia	Jonatás recibe Accarón de Alejandro	10,89
Copa de oro	Jonatás, por Antíoco VI	11,58
La costa	Simón, gobernador, por Antíoco VI	11,59
Etnarca	Simón, «príncipe del pueblo», por el pueblo	14,47; 15,1-2
Fechas	Los documentos se datan por los años de Simón	13,42; 14,27
Moneda	Simón, por Antíoco VII	15,6

Son títulos de la corte seléucida, con sus grados: «amigo», «primer amigo», «pariente» del rey; el broche de oro distinguía a los parientes y, según Torres Amat, «se llevaba sobre el hombro» (ver la nota a 10,89). Los reyes daban estos honores para asegurarse a los asmoneos; el decreto de 14,27-47 los hace poder propio de Simón. Jesús enseñó otra grandeza: «el que quiera ser grande entre vosotros, será vuestro servidor» (Mt 20,25-28).

PAUSA

1. Jonatás fue a Tolemaida «y se expuso al peligro» para defender a su pueblo. ¿Qué riesgo te pide hoy la fidelidad?
2. Demetrio olvidó a quienes le salvaron la vida. ¿A quién le debes un agradecimiento que todavía no has dado?
3. En Asor, casi solo, Jonatás rasgó sus vestidos y oró antes de volver a la batalla. ¿Qué haces tú cuando todos parecen abandonarte?

Para orar. *Señor, cuando me quede solo en la batalla, que mi primer gesto sea volverme a ti.*

12

Roma, Esparta y la trampa de Tolemaida

Un capítulo de diplomacia y de murallas que termina en traición. Jonatás renueva la amistad con Roma y escribe a los espartanos, a los que llama hermanos, con una frase que dice mucho de la fe del libro: no necesitamos alianzas, porque tenemos para consuelo los libros santos (vv. 1-23). Siguen la campaña contra los generales de Demetrio en la región de Amat y las obras de Jerusalén para aislar el alcázar (vv. 24-38). Trifón, que quiere el trono, atrae a Jonatás a Tolemaida con buenas palabras y lo apresa; los vecinos de Israel creen llegada su hora (vv. 39-54).

La embajada a Roma y la carta a los espartanos

[1] Viendo Jonatás que el tiempo o circunstancias [1] le eran
favorables, eligió diputados y los envió a Roma, para con-
firmar y renovar la amistad con los romanos; [2] e igualmen-
te envió a los lacedemonios y a otros pueblos cartas en
todo semejantes. [3] Partieron, pues, aquellos para Roma, y
habiéndose presentado al Senado dijeron: Jonatás, sumo
sacerdote, y la nación de los judíos nos han enviado a re-
novar la amistad y alianza, según se hizo en tiempos pasa-
dos. [4] Y los romanos les dieron después cartas para los go-
bernadores de las plazas a fin de que viajasen con seguri-
dad hasta la Judea.

5 El tenor de la carta que Jonatás escribió a los lacedemonios, es el siguiente: 6 Jonatás, sumo sacerdote, y los ancianos de la nación [2], y los sacerdotes, y todo el pueblo de los judíos, a los lacedemonios sus hermanos, salud: 7 Ya hace tiempo que Ario, vuestro rey, escribió una carta a Onías [3], sumo sacerdote, en la cual se leía que vosotros sois nuestros hermanos, como se ve por la copia que más abajo se pone. 8 Y Onías recibió con gran honor al enviado del rey y también sus cartas, en las cuales se hablaba de hacer amistad y alianza.

9 Y aunque nosotros no teníamos necesidad de nada de eso, teniendo como tenemos en nuestras manos para consuelo nuestro los libros santos [4], 10 con todo hemos querido enviar a renovar con vosotros esta amistad y unión fraternal, no sea que os parezca que nos hemos extrañado de vosotros; porque ha transcurrido ya mucho tiempo desde que nos enviasteis aquella embajada. 11 Nosotros, en todo este intermedio, jamás hemos dejado de hacer conmemoración de vosotros en los sacrificios que ofrecemos a Dios, en los días solemnes, y en los demás que corresponde, y en todas nuestras oraciones [5], pues es justo y debido acordarse de los hermanos. 12 Nos regocijamos, pues, de la gloria que disfrutáis. 13 Mas por lo que hace a nosotros, hemos sufrido grandes aflicciones y muchas guerras, habiéndonos acometido varias veces los reyes circunvecinos. 14 Sin

embargo, en estas guerras no hemos querido cansaros ni a vosotros, ni a ninguno de los demás aliados y amigos; 15 pues hemos recibido el socorro del cielo, con el cual hemos sido librados nosotros y humillados nuestros enemigos.

16 Por tanto, habiendo ahora elegido a Numenio, hijo de Antíoco, y Antípatro, hijo de Jasón [6], para enviarlos a los romanos, a fin de renovar con ellos la antigua amistad y alianza, 17 les hemos dado también la orden de pasar a veros y a saludaros de nuestra parte, y llevaros esta nuestra carta [7], cuyo objeto es el renovar nuestra unión fraternal. 18 Y así nos haréis un favor respondiéndonos sobre su contenido.

19 Este es el traslado de la carta que Ario escribió a Onías: 20 Ario, rey de los lacedemonios, a Onías, sumo sacerdote, salud: 21 Aquí se ha encontrado en cierta escritura que los lacedemonios y los judíos son hermanos, y que son todos del linaje de Abrahán [8]. 22 Por tanto, ahora que hemos descubierto esta noticia, nos haréis el gusto de escribirnos si gozáis de paz. 23 Pues nosotros desde luego os respondemos: Nuestros ganados y nuestros bienes vuestros son [9], y nuestros los vuestros; y esto es lo que les encargamos que os digan.

Campañas y murallas

24 Entretanto supo Jonatás que los generales de Demetrio
habían vuelto contra él con un ejército mucho mayor que
antes. 25 Con esto partió de Jerusalén, y fue a salirles al en-
cuentro en el país de Amat, o Emat [10], para no darles tiem-
po de entrar en su tierra de Judea; 26 y enviando espías a
reconocer su campo, volvieron éstos con la noticia de que
los enemigos habían resuelto sorprenderle aquella noche.
27 Con esto Jonatás, puesto que fue el sol, mandó a su gente
que estuviese alerta toda la noche, y sobre las armas,
prontos para la batalla, y puso centinelas alrededor del
campamento. 28 Pero cuando los enemigos supieron que
Jonatás estaba preparado con sus tropas para la batalla,
temieron y huyeron despavoridos, dejando encendidos
fuegos, u hogueras [11], en su campamento. 29 Mas Jonatás y
su tropa, por lo mismo que veían los fuegos encendidos,
no lo conocieron hasta la mañana. 30 Bien que fue después
en su seguimiento; pero no los pudo alcanzar, pues habían
pasado ya el río Eleutero.

31 Entonces convirtió sus armas contra los árabes llamados
zabadeos, a quienes derrotó y tomó sus despojos; 32 y reu-
nida su gente fue a Damasco, y anduvo haciendo varias co-
rrerías por todo aquel país.

33 Entretanto Simón marchó y llegó hasta la ciudad de As-
calón y las fortalezas vecinas; y dirigiéndose a Joppe se

apoderó de ella [12], [34] (pues había sabido que los de aquella ciudad querían entregar la plaza a los partidarios de Demetrio), y le puso guarnición para que la custodiase.

[35] Habiendo vuelto Jonatás de su expedición, convocó a los ancianos del pueblo, y de acuerdo con ellos resolvió construir fortalezas en la Judea, [36] reedificar los muros de Jerusalén, y levantar una muralla de gran altura entre el alcázar y la ciudad [13] para separar aquel de ésta, de modo que el alcázar quedase aislado, y los de dentro no pudiesen comprar ni vender ninguna cosa. [37] Se reunió, pues, la gente para reedificar la ciudad, y hallándose caída la muralla que estaba sobre el torrente Cedrón [14] hacia el Oriente, la levantó Jonatás, la cual se llama Cafeteta. [38] Simón también construyó a Adiada en Sefela, y la fortificó, y aseguró con puertas y barras de hierro.

Trifón apresa a Jonatás

[39] Por este tiempo proyectó Trifón hacerse rey de Asia, y ceñirse la corona, y quitar la vida al rey Antíoco. [40] Mas temiendo que Jonatás le sería contrario y le declararía la guerra, andaba buscando medios para apoderarse de él y quitarle la vida. Se fue, pues, con este intento a Betsán. [41] Pero Jonatás le salió al encuentro con cuarenta mil hombres de tropa escogida, avanzando también hasta dicha ciudad. [42] Mas cuando Trifón vio que Jonatás había ido contra él con tan poderoso ejército, entró en miedo, [43] y así

lo recibió con agasajo, y le recomendó a todos sus amigos; le hizo varios regalos, y mandó a todo su ejército que le obedeciese como a él mismo. 44 Dijo luego a Jonatás: ¿Por qué has cansado a toda esa tu gente, no habiendo guerra entre nosotros? 45 Ahora bien, despáchalos a sus casas, y escoge solamente algunos pocos de entre ellos que te acompañen, y vente conmigo a Tolemaida, y yo te haré dueño de ella, y de las demás fortalezas, y del ejército, y de todos los encargados del gobierno; ejecutado lo cual me volveré, pues para eso he venido acá.

46 Le dio crédito Jonatás [15], y haciendo lo que le dijo, licenció sus tropas, que se volvieron a la tierra de Judá, 47 reteniendo consigo tres mil hombres; de los cuales envió aún dos mil a la Galilea, y mil le acompañaron.

48 Mas apenas Jonatás hubo entrado en Tolemaida, cerraron sus habitantes las puertas de la ciudad, y lo prendieron; y pasaron a cuchillo a todos los que le habían acompañado. 49 Y Trifón envió su infantería y caballería a la Galilea y a su gran llanura para acabar con todos los soldados que habían acompañado a Jonatás. 50 Estos, oyendo decir que habían puesto preso a Jonatás, y que había sido muerto con cuantos le acompañaban, se animaron los unos a los otros, y se presentaron con denuedo para pelear. 51 Mas viendo los que les iban persiguiendo que estaban resueltos a vender muy caras sus vidas, se volvieron. 52 De esta suer-

te siguieron su camino, regresando todos felizmente a Judea, donde hicieron gran duelo por Jonatás y por los que le habían acompañado; y lo lloró todo Israel amargamente [16].

[53] Entonces todas las naciones circunvecinas [17] intentaron nuevamente abatirlos. Porque dijeron: [54] No tienen caudillo, ni quién los socorra [18]; ahora es tiempo de echarnos sobre ellos y de borrar su memoria de entre los hombres.

> **¿Sabías que?**
>
> Josefo copia la carta del rey espartano a Onías con detalles que 1 Macabeos no trae (*Antigüedades* XII,4,10): la llevó un enviado llamado Demóteles, estaba escrita «en forma cuadrada» y su sello era «un águila con una serpiente entre las garras». El mismo emblema, por una tradición muy distinta, está hoy en el escudo de México, donde el águila devora a la serpiente sobre un nopal. Josefo añade que, cuando llegaron los enviados de Jonatás, los espartanos los recibieron con honor y votaron un decreto de amistad y de ayuda mutua (XIII,5,8).

PARA PROFUNDIZAR

Amigos de Roma, hermanos de Esparta: las alianzas y la confianza en Dios

Judea era un país pequeño entre dos reinos, el de los seléucidas en Siria y el de los Tolomeos en Egipto, y por encima de los dos empezaba a dejarse sentir Roma. Por eso 1 Macabeos dedica tanto

espacio a la diplomacia. Judas envía la primera embajada a Roma (8,17-32; ver nota a 8,7 y el cuadro «Lo que Judas oyó de los romanos»); Jonatás la renueva y escribe a los espartanos (12,1-23); Simón recibe las condolencias de Roma y de Esparta por la muerte de su hermano y renueva la alianza con un escudo de oro (14,16-24; 15,15-24). Para un pueblo que acababa de recobrar su templo, tener amigos poderosos era una protección frente a los reyes de Siria; a Roma, por su parte, le convenía debilitar a los seléucidas.

Pero el libro deja ver una tensión. En la carta a los espartanos, Jonatás dice que su pueblo no tenía «necesidad de nada de eso, teniendo... para consuelo nuestro los libros santos» (12,9; ver nota a 12,9), y que en sus guerras había recibido «el socorro del cielo» (12,15). No es una contradicción: la alianza es un gesto de prudencia, y la confianza está en otra parte. Los profetas habían conocido el peligro contrario, el de poner la esperanza en los aliados: «¡Ay de los que bajan a Egipto en busca de ayuda... y no miran al Santo de Israel!» (Is 31,1; ver 30,1-5). Oseas comparaba a Efraín con una paloma atolondrada que llama a Egipto y va a Asiria (Os 7,11), y el vidente Jananí reprochó al rey Asá que se apoyara en el rey de Aram y no en el Señor (2 Cr 16,7-9). «No confiéis en los príncipes», dice el salmo (Sal 146,3).

La amistad con Esparta se apoyaba en un parentesco sorprendente: el rey Ario decía haber encontrado «en cierta escritura» que espartanos y judíos eran «del linaje de Abrahán» (12,21; ver nota a 12,21). Torres Amat lo anotó con franqueza: «Muy dudoso es que la tal tradición escrita fuese verdadera». En el mundo helenístico era frecuente que pueblos y ciudades sellaran sus alian-

zas con parentescos legendarios, y algunos escritores judíos de lengua griega emparentaban a los descendientes de Abrahán con Heracles, de quien decían descender los reyes de Esparta: Josefo cita a uno de ellos, Cleodemo Malco, según el cual Heracles se casó con una nieta de Abrahán (*Antigüedades* I,15). Muchos estudiosos piensan que la idea nació en ese ambiente; el autor de 1 Macabeos, en todo caso, no la afirma por su cuenta: se limita a copiar las cartas, como observa la *Enciclopedia Católica*.

La historia posterior dio la razón a los profetas. El aliado de Judas y de Jonatás se convirtió en el amo de sus descendientes: en el 63 a. C., Pompeyo intervino en la guerra entre dos hermanos asmoneos y sitió el templo, y Josefo cuenta que los romanos aprovecharon los sábados, en que los judíos solo se defendían si eran atacados, para levantar sus terraplenes y acercar las máquinas (*Antigüedades* XIV,4,2-3). Después vinieron Herodes, rey por voluntad de Roma, y en el año 70 la destrucción del templo. Las alianzas de 1 Macabeos fueron útiles por un tiempo; no podían ser el fundamento de la esperanza de Israel.

Para el cristiano, la frase de 12,9 es de las más hermosas del libro. San Pablo dice algo muy parecido: «todo lo que fue escrito en tiempos pasados, para nuestra enseñanza se escribió, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras tengamos esperanza» (Rm 15,4), y la palabra griega para «consolación» es la misma que usa la carta de Jonatás, *paráklesis*. El Concilio Vaticano II enseña que la palabra de Dios es «apoyo y vigor de la Iglesia, y fortaleza de la fe para sus hijos, alimento del alma, fuente

pura y perenne de la vida espiritual» (*Dei Verbum* 21; Catecismo 131).

La carta enseña también algo sobre la oración: Jonatás asegura a los espartanos que los recuerda «en los sacrificios... y en todas nuestras oraciones, pues es justo y debido acordarse de los hermanos» (12,11). La Iglesia ora del mismo modo por los pueblos y por quienes los gobiernan (1 Tim 2,1-2), y el Catecismo recoge la oración de san Clemente Romano por las autoridades (n. 1900). Realismo y fe no se oponen: el creyente puede firmar tratados, buscar amigos y agradecer su ayuda, con tal de no confundir la ayuda de los hombres con «el socorro del cielo».

PAUSA

1. Jonatás escribió que no necesitaba alianzas porque tenía «para consuelo los libros santos». ¿Qué lugar ocupa la Escritura en tus momentos difíciles?
2. Los judíos rezaban por sus aliados en los sacrificios. ¿Por quiénes, fuera de tu círculo, rezas tú?
3. Jonatás confió en Trifón y cayó en la trampa. ¿Cómo unes en tu vida la bondad con la prudencia?

Para orar. *Señor, que tu Palabra sea mi consuelo, y que nunca me falte tu socorro del cielo.*

13

Simón, jefe del pueblo: Israel libre del yugo

Con Jonatás prisionero, el último de los hijos de Matatías toma el mando. El capítulo avanza en cuatro tiempos: Simón asume la dirección ante un pueblo asustado (vv. 1-11); Trifón lo engaña, mata a Jonatás y al joven rey Antíoco, y Simón levanta en Modín el sepulcro de su familia (vv. 12-32); Demetrio II perdona los tributos, y en el año 170 «quedó libre Israel del yugo de los gentiles» (vv. 33-42); por último caen Gázara y el alcázar de Jerusalén, que los paganos ocupaban desde hacía más de veinte años (vv. 43-54). La independencia llega más por la paciencia y la diplomacia que por las armas.

Simón toma el mando

1 Tuvo Simón aviso de que había juntado Trifón un gran
ejército [1] para venir a asolar la tierra de Judá. 2 Y obser-
vando que la gente estaba intimidada y temblando, subió a
Jerusalén y convocó al pueblo; 3 y para animarlos a todos,
les habló de esta manera: Ya sabéis cuánto hemos trabaja-
do así yo como mis hermanos, y la casa de mi padre por
defender nuestra ley y por el santuario [2], y en qué angus-
tias nos hemos visto. 4 Por amor de estas cosas han perdi-
do la vida todos mis hermanos, para salvar a Israel, siendo
yo el único de ellos que he quedado. 5 Mas no permita Dios

que tenga ningún miramiento a mi vida, mientras estemos en la aflicción; pues no soy yo de más valer que mis hermanos [3]. [6] Defenderé, pues, a mi nación y al santuario, y a nuestros hijos y a nuestras esposas; porque todas las naciones gentiles, por el odio que nos tienen, se han coligado para destruirnos. [7] Se inflamó el espíritu del pueblo así que oyó estas palabras, [8] y todos en alta voz respondieron: Tú eres nuestro caudillo en lugar de Judas y Jonatás [4] tus hermanos: [9] Dirige nuestra guerra, que nosotros haremos todo cuanto nos mandares.

[10] Con esto Simón hizo juntar todos los hombres de guerra, y se dio prisa a reedificar las murallas de Jerusalén, y la fortaleció por todos lados. [11] Y envió a Jonatás, hijo de Absalomi [5], con un nuevo ejército contra Joppe, y habiendo éste arrojado a los de dentro de la ciudad, se quedó en ella con sus tropas.

La traición de Trifón

[12] Entretanto Trifón partió de Tolemaida con un numeroso ejército para entrar en tierra de Judá, trayendo consigo prisionero a Jonatás. [13] Simón acampó cerca de Addús, enfrente de la llanura [6]. [14] Pero Trifón, así que supo que Simón había entrado en lugar de su hermano Jonatás, y que se disponía para salir a darle batalla, le envió mensajeros; [15] para que le dijesen de su parte: Hemos detenido hasta ahora a tu hermano Jonatás, porque debía dinero al rey

con motivo de los negocios que estuvieron a su cuidado.
16 Ahora, pues, envíame cien talentos de plata, y por rehe-
nes a sus dos hijos, para seguridad de que luego que esté li-
bre no se vuelva contra nosotros y le dejaremos ir. 17 Bien
conoció Simón que le hablaba con doblez [7]; pero con todo
mandó que se le entregase el dinero y los niños, por no
atraer sobre sí el odio del pueblo de Israel; el cual hubiera
dicho: 18 Por no haber enviado el dinero y los niños, por
eso ha perecido Jonatás. 19 Así, pues, envió los niños y los
cien talentos; pero Trifón faltó a la palabra y no puso en li-
bertad a Jonatás.

20 Y entró después Trifón en el país de Judá para devastar-
lo, y dio la vuelta por el camino que va a Ador; Simón con
sus tropas les seguía siempre los pasos a doquiera que fue-
sen. 21 A este tiempo los que estaban en el alcázar de Jeru-
salén enviaron a decir a Trifón que se apresurase a venir
por el camino del desierto y les enviase víveres. 22 En vista
de lo cual dispuso Trifón toda su caballería para partir
aquella misma noche a socorrerlos; mas por haber gran
cantidad de nieve [8], no se verificó su ida al territorio de
Galaad. 23 Y al llegar cerca de Bascamán, hizo matar allí a
Jonatás y a sus hijos [9]. 24 Luego volvió Trifón atrás, y re-
gresó a su país.

25 Entonces Simón envió a buscar los huesos de su her-
mano Jonatás, y los sepultó en Modín, patria de sus pa-

dres. [26] Y todo Israel hizo gran duelo en su muerte, y le lloró por espacio de muchos días. [27] Mandó después Simón levantar sobre los sepulcros de su padre y hermanos un elevado monumento, que se descubría desde lejos, de piedras labradas por uno y otro lado, [28] y allí levantó siete pirámides [10] una enfrente de otra, a su padre, y a su madre, y a sus cuatro hermanos. [29] Alrededor de ellas colocó grandes columnas, y sobre las columnas armas para eterna memoria, y junto a las armas unos navíos de escultura, los cuales se viesen de cuantos navegasen por aquel mar. [30] Tal es el sepulcro que levantó Simón en Modín, el cual subsiste hasta el día de hoy [11].

[31] Pero Trifón yendo de camino con el jovencito rey Antíoco, hizo quitar a éste la vida a traición [12]; [32] y reinó en su lugar, ciñendo su cabeza con la diadema de Asia; e hizo grandes extorsiones en todo el país.

Israel libre del yugo de los gentiles

[33] Entretanto Simón reparó las plazas de armas de la Judea, reforzándolas con altas torres, elevados muros, puertas y cerrojos, y surtiéndolas de víveres. [34] Envió también Simón comisionados al rey Demetrio para suplicarle que concediera la exención de tributos al país; porque todo cuanto había hecho Trifón no había sido más que un puro robo.

35 Contestó el rey Demetrio a esta solicitud, y le escribió la
siguiente carta: 36 El rey Demetrio a Simón, sumo sacerdo-
te y amigo de los reyes [13], y a los ancianos y al pueblo de
los judíos, salud: 37 Hemos recibido la corona de oro y el
ramo o palma [14] que nos habéis enviado; y estamos dis-
puestos a hacer con vosotros una paz sólida, y a escribir a
nuestros intendentes que os perdonen los tributos de que
os hemos hecho gracia; 38 en la inteligencia de que debe
permanecer firme todo cuanto hemos dispuesto a favor
vuestro. Las plazas que habéis fortificado quedarán para
vosotros: 39 Os perdonamos también todas las faltas que
hayáis podido cometer hasta el día de hoy, como igual-
mente la corona de oro de que erais deudores [15], y quere-
mos que si se pagaba algún otro tributo en Jerusalén, no se
pague ya más en adelante. 40 Finalmente, si se hallan entre
vosotros algunos que sean a propósito para ser alistados
entre los nuestros, alístense, y reine la paz entre nosotros.

41 Con esto, en el año ciento setenta, quedó libre Israel [16]
del yugo de los gentiles; 42 y entonces comenzó el pueblo de
Israel a escribir [17] sus monumentos y registros públicos
desde el año primero de Simón, sumo sacerdote, gran cau-
dillo y príncipe de los judíos.

Gázara y el alcázar de Jerusalén

43 Por aquellos días pasó Simón a poner sitio a Gaza [18]; y
cercándola con su ejército, levantó máquinas de guerra [19],

las arrimó a sus muros, y batió una torre, y se apoderó de ella. 44 Y los soldados que estaban en una de estas máquinas entraron de golpe en la ciudad, excitando con esto un gran alboroto en ella. 45 Entonces los ciudadanos subieron a la muralla con sus mujeres e hijos, rasgados sus vestidos, y a gritos clamaban a Simón, pidiendo que les concediese la paz, 46 y diciéndole: No nos trates como merece nuestra maldad [20], sino según tu gran clemencia. 47 En efecto, movido Simón a compasión, no los trató con el rigor de la guerra; pero los echó de la ciudad, y purificó los edificios en que había habido ídolos, y luego entró en ella, entonando himnos en alabanza del Señor. 48 Arrojadas después de la ciudad todas las inmundicias idolátricas, la hizo habitar por gente que observase la ley del Señor, y la fortificó, e hizo en ella para sí una casa.

49 A esta sazón los que ocupaban el alcázar de Jerusalén, no pudiendo entrar ni salir por el país, ni comprar, ni vender, se vieron reducidos a una gran escasez [21], de suerte que perecían muchos de hambre. 50 Entonces clamaron a Simón, pidiéndole capitulación, y se la otorgó; y los arrojó de allí, y purificó el alcázar de las inmundicias gentílicas. 51 Entraron, pues, los judíos el día veintitrés del segundo mes, del año ciento setenta y uno, llevando ramos de palma, y cantando alabanzas a Dios, al son de arpas, de címbalos, y de liras, y entonando himnos y cánticos [22], por

haber exterminado de Israel un gran enemigo. [52] Y Simón ordenó que todos los años se solemnizasen aquellos días con regocijos [23]. [53] Asimismo fortificó el monte del templo, que está junto al alcázar, y habitó allí con sus gentes. [54] Finalmente, viendo Simón que su hijo Juan era un guerrero muy valiente [24], le hizo general de todas las tropas; el cual tenía fija en Gázara su residencia.

¿Sabías que?

Un antiguo calendario judío escrito en arameo, la Meguilat Taanit («Rollo de los ayunos»), probablemente del siglo I d. C., enumera los días de victoria y de alegría en los que estaba prohibido ayunar o hacer duelo. Junto a la Dedicación del 25 de Casleu, recuerda dos días de Iyar que encajan con este capítulo: «el 23 de Iyar salieron de Jerusalén los del alcázar», la misma fecha que da 13,51, y el 27 del mismo mes, cuando «se quitaron las coronas de Judea y de Jerusalén», que muchos relacionan con el impuesto de la corona perdonado en 13,39. Los Macabeos no entraron en la Biblia hebrea, pero su memoria quedó en el calendario de Israel.

PAUSA

1. Simón dijo: «no soy yo de más valer que mis hermanos». ¿Qué responsabilidad has heredado de otros, y cómo la estás asumiendo?
2. Simón pagó un rescate a alguien que sabía que mentía. ¿Has tenido que decidir entre dos males? ¿Qué te ayudó a discernir?
3. El pueblo recordó cada año el día en que fue libre. ¿Qué liberaciones de tu vida deberías recordar y agradecer?

Para orar. *Señor, que no ahorre mi vida cuando mis hermanos me necesiten, y que sepa agradecer cada liberación que me das.*

14

El elogio de Simón y el decreto del pueblo

Es el capítulo más solemne del libro. Tras la captura de Demetrio II por los partos (vv. 1-3), llega un poema en honor de Simón (vv. 4-15), escrito con el lenguaje de los profetas para los tiempos del Mesías: la tierra en reposo, las cosechas, los ancianos en las plazas, cada uno bajo su parra y su higuera. Siguen las cartas de Roma y de Esparta (vv. 16-24) y el decreto grabado en bronce (vv. 25-49), por el que el pueblo nombra a Simón sumo sacerdote, general y jefe de la nación «para siempre, hasta la venida del profeta fiel». La paz parece completa, pero la última palabra queda abierta.

El elogio de Simón

1 En el año ciento setenta y dos juntó el rey Demetrio su
ejército, y pasó a la Media para recoger allí socorros [1], a
fin de hacer la guerra a Trifón. 2 Mas luego que Arsaces,
rey de la Persia y de la Media [2], tuvo noticia de que Deme-
trio había invadido sus Estados, envió a uno de sus genera-
les para que lo prendiese y se lo trajese vivo. 3 Marchó,
pues, este general, y derrotando el ejército de Demetrio,
cogió a éste y le condujo a Arsaces, quien lo hizo poner en
una prisión.

4 Todo el país de Judá estuvo en reposo durante los días de
Simón [3], no cuidaba éste de otra cosa que de hacer bien a
su pueblo; el cual miró siempre con placer su gobierno y la
gloria de que gozaba. 5 A más de otros muchos hechos glo-
riosos, habiendo tomado a Joppe, hizo de ella un puerto
que sirviese de escala para los países marítimos [4].
6 Extendió los límites de su nación, y se hizo dueño del
país. 7 Reunió también un gran número de cautivos, tomó
a Gázara, a Betsura y el alcázar de Jerusalén, y quitó de allí
las inmundicias idolátricas, y no había nadie que le con-
trarrestase.

8 Cada uno cultivaba entonces pacíficamente su tierra [5]; y
el país de Judá daba sus cosechas abundantes y frutos co-
piosos los árboles de los campos. 9 Sentados todos los an-
cianos en las plazas o consejos [6] trataban de lo que era útil
y ventajoso al país, y se engalanaba la juventud con ricos
vestidos y ropas cogidas en la pasada guerra. 10 Distribuía
Simón víveres por las ciudades, y las ponía en estado de
que fuesen otras tantas fortalezas, de manera que la fama
de su glorioso nombre se extendió hasta el cabo del mun-
do.

11 Estableció la paz en toda la extensión de su país, con lo
cual se vio Israel colmado de gozo. 12 De suerte que podía
cada uno estarse sentado a la sombra de su parra y de su
higuera [7], sin que nadie le infundiera el menor temor.

13 Desaparecieron de la tierra sus enemigos; y los reyes vecinos en aquellos días estaban abatidos.

14 Fue Simón el protector de los pobres de su pueblo [8],
gran celador de la observancia de la ley, y el que exterminó
a todos los inicuos y malvados. 15 Él restauró la gloria del
santuario, y aumentó el número de los vasos sagrados [9].

Roma y Esparta renuevan la amistad

16 Habiéndose sabido en Roma y hasta en Lacedemonia [10]
la muerte de Jonatás, tuvieron de ella un gran sentimiento. 17 Mas luego que entendieron que su hermano Simón
había sido elegido sumo sacerdote en su lugar, y que gobernaba el país, y todas sus ciudades, 18 le escribieron en
láminas de bronce, para renovar la amistad y alianza que
habían hecho con Judas y con Jonatás sus hermanos.
19 Estas cartas fueron leídas en Jerusalén delante de todo el
pueblo. El contenido de la que enviaron los lacedemonios
es como sigue:

20 Los príncipes y ciudades de los lacedemonios, a Simón,
sumo sacerdote, a los ancianos, o senadores [11], a los sacerdotes y a todo el pueblo de los judíos, sus hermanos, salud:
21 Los embajadores que enviasteis a nuestro pueblo nos han
informado de la gloria, y felicidad, y contento que gozáis,
y nos hemos alegrado mucho con su llegada; 22 y hemos
hecho escribir en los registros públicos lo que ellos nos

han dicho de parte vuestra en la asamblea del pueblo, en esta forma: Numenio, hijo de Antíoco, y Antípatro, hijo de Jasón, embajadores de los judíos, han venido a nosotros para renovar nuestra antigua amistad; 23 y pareció bien al pueblo recibir estos embajadores honoríficamente, y depositar copia de sus palabras en los registros públicos, para que en lo sucesivo sirva de recuerdo al pueblo de los lacedemonios. Y de esta acta hemos remitido un traslado al sumo sacerdote Simón.

24 Después de esto Simón envió a Roma a Numenio con un gran escudo de oro, que pesaba mil minas [12] con el fin de renovar con ellos la alianza. Y luego que lo supo el pueblo romano [13],

El decreto en honor de Simón

25 dijo: ¿De qué manera manifestaremos nosotros nuestro reconocimiento a Simón y a sus hijos? 26 Porque él ha vengado a sus hermanos, y ha exterminado de Israel a los enemigos. En vista de esto le concedieron la libertad, o inmunidad [14], cuyo decreto fue grabado en láminas de bronce, y colocado entre los monumentos del monte de Sión.

27 Y he aquí lo que en ella se escribió: A los dieciocho días del mes de Elul, el año ciento setenta y dos, el tercero del sumo sacerdocio de Simón, fue hecha la siguiente declara-

ción en Asaramel [15], [28] en la gran asamblea de los sacerdotes y del pueblo, y de los príncipes de la nación, y de los ancianos del país: Que habiendo habido en nuestra tierra continuas guerras, [29] Simón, hijo de Matatías, de la estirpe de Jarib [16], y asimismo sus hermanos se expusieron a los peligros e hicieron frente a los enemigos de su nación en defensa de su santuario y de la ley, acrecentando mucho la gloria de su pueblo. [30] Jonatás levantó a los de su nación, fue su sumo sacerdote, y se halla ya reunido a los difuntos de su pueblo.

[31] Quisieron luego los enemigos atropellar a los judíos, asolar su país y profanar su santuario. [32] Los resistió entonces Simón, y combatió en defensa de su pueblo, y gastó mucho dinero [17], armando a los hombres más valientes de su nación, y suministrándoles la paga. [33] Fortificó también las ciudades de la Judea y a Betsura, situada en sus fronteras, la cual antes era plaza de armas de los enemigos, y puso allí una guarnición de judíos. [34] Asimismo fortificó a Joppe en la costa del mar, y a Gázara, situada en los confines de Azoto, ocupada antes por los enemigos; en los cuales puso guarniciones de soldados judíos, proveyéndolas de todo lo necesario para su defensa.

[35] Viendo el pueblo las cosas que había ejecutado Simón, y cuanto hacía para acrecentar la gloria de su nación, lo declaró caudillo suyo y príncipe de los sacerdotes, por haber

hecho todo lo referido, y por su justificación, y por la fidelidad que guardó para con su pueblo [18], y por haber procurado por todos los medios ensalzar a su nación. [36] En tiempo de su gobierno todo prosperó en sus manos; de manera que las naciones extranjeras fueron arrojadas del país, y echados también los que estaban de Jerusalén en la ciudad de David, en el alcázar, desde el cual hacían sus salidas, profanando todos los contornos del santuario, y haciendo grandes ultrajes a la santidad del mismo. [37] Y para seguridad del país y de la ciudad puso allí soldados judíos, e hizo levantar los muros de Jerusalén [19].

[38] El rey Demetrio le confirmó en el sumo sacerdocio; [39] y le hizo en seguida su amigo, y lo ensalzó con grandes honores. [40] Pues oyó que los judíos habían sido declarados amigos, y aliados, y hermanos de los romanos; y que éstos habían recibido con gran honor a los embajadores de Simón;

[41] que asimismo los judíos y sus sacerdotes le habían creado, de común consentimiento, su caudillo y sumo sacerdote para siempre, hasta la venida del profeta fiel, o escogido [20]; [42] y también habían querido que fuese su capitán, y que cuidase de las cosas santas, y estableciese inspectores sobre las obras públicas y sobre el país, y sobre las cosas de la guerra, y sobre las fortalezas; [43] que tuviese a su cargo el santuario, y que fuese de todos obedecido, y que

todos los instrumentos públicos del país se autorizasen con su nombre [21], y que vistiese púrpura y oro. 44 Y por último, que no fuese permitido a nadie, ora del pueblo, ora de los sacerdotes, violar ninguna de estas órdenes ni contradecir a lo que él mandase, ni convocar en la provincia sin su autoridad a ninguna junta [22], ni vestir púrpura, ni llevar la hebilla o broche de oro. 45 Y que todo aquel que no cumpliese estas órdenes, o violase alguna, fuese considerado reo.

46 Y quiso todo el pueblo darle tal potestad a Simón, y que se ejecutase todo lo dicho. 47 Y Simón aceptó con gratitud [23] el grado del sumo sacerdocio, y ser caudillo y príncipe del pueblo de los judíos y de los sacerdotes, y tener la suprema autoridad. 48 Y acordaron que esta acta se escribiese en láminas de bronce, las cuales fuesen colocadas en el pórtico o galería del templo [24], en un lugar distinguido; 49 archivándose además una copia de todo en el tesoro del templo, a disposición de Simón y de sus hijos.

¿Sabías que?

El título de «etnarca», jefe de la nación, que el griego da a Simón (14,47; 15,1-2), tuvo larga vida. Julio César se lo concedió a Hircano II, nieto de Juan, junto con el sumo sacerdocio, y Josefo copia los decretos que lo llaman «sumo sacerdote y etnarca de los judíos». Augusto dio a Arquelao, el hijo de Herodes, solo el título de etnarca de Judea, prometiéndole el de rey si lo merecía: es el Arquelao que, según Mateo, «reinaba en Judea» cuando José volvió de Egipto (Mt 2,22). Y san Pablo cuenta que en Damasco «el etnarca del rey Aretas» vigilaba la ciudad para prenderlo, y que escapó descolgado en una canasta por una ventana de la muralla (2 Cor 11,32-33).

El elogio de Simón y los profetas

Cita	Lo que dice	Eco en los profetas y salmos
14,4	Todo el país en reposo «durante los días de Simón»	«La tierra estuvo en paz» (Jue 3,11); la paz de Salomón (1 Re 5,4)
14,5	Joppe, puerto y escala hacia las islas	Las islas esperan al Señor; las naves de Tarsis traen a los hijos de Sión (Is 60,9)
14,8	Cada uno cultiva su tierra; cosechas y frutos	La tierra dará sus granos, y los árboles sus frutos (Lv 26,4; Zac 8,12; Ez 34,27)
14,9	Los ancianos en las plazas; los jóvenes engalanados	Ancianos y ancianas en las plazas de Jerusalén, niños que juegan (Zac 8,4-5)
14,11	Paz en la tierra, gran gozo en Israel	«Multiplicaste la alegría»; «la paz no tendrá fin» (Is 9,2.6)
14,12	Cada uno bajo su parra y su higuera, sin temor	La paz de Salomón (1 Re 5,5) y la de los tiempos del Mesías (Miq 4,4; Zac 3,10)
14,13	Desaparecen los enemigos; los reyes, abatidos	«Perseguí a mis enemigos y los alcancé» (Sal 18,38-39)
14,14	Protector de los humildes; busca la Ley	El rey justo libra al pobre y al que no tiene amparo (Sal 72,4.12-14)
14,15	Gloria del santuario; más vasos sagrados	«Llenaré de gloria esta casa» (Ag 2,7-9)
14,41	Jefe y sumo sacerdote «hasta la venida del profeta fiel»	El profeta como Moisés (Dt 18,15-18; 1 Mac 4,46; 9,27; Jn 1,21; 6,14)

Simón es retratado con el lenguaje de la bendición prometida a un pueblo fiel y de la paz de los tiempos del Mesías; pero el decreto deja la última palabra a Dios (14,41). Ver «Para profundizar», en este capítulo.

PARA PROFUNDIZAR

El elogio de Simón: una paz mesiánica sin Mesías

En medio de una crónica de batallas y de cartas, el capítulo 14 se detiene para cantar. El poema de los vv. 4-15 está tejido con frases de la Ley, de los profetas y de los salmos: la tierra que reposa, como en tiempo de los jueces; los campos que dan su fruto, como promete la Ley a un pueblo fiel (Lv 26,4); los ancianos en las plazas de la Jerusalén restaurada (Zac 8,4); cada uno bajo su parra y su higuera, la paz de Salomón y la de los tiempos del Mesías (1 Re 5,5; Miq 4,4); el gobernante que sostiene a los humildes, como el rey del Salmo 72, y el santuario lleno de gloria que prometía Ageo (Ag 2,7-9). El cuadro de este capítulo pone lado a lado los versos y sus ecos.

El autor sabe lo que hace. Después de veinticinco años de guerra, de mártires y de traiciones, ve en el gobierno de Simón el cumplimiento de lo que Israel esperaba: libertad, ley, templo y paz. Por eso describe a un gobernante concreto con los colores de los tiempos mesiánicos. No es una exageración ingenua, sino una lectura creyente de su tiempo: Dios ha sido fiel. Pero el lector atento nota también los límites del cuadro: las ciudades son fortalezas (14,10), los malvados son exterminados (14,14), y la paz depende de que los reyes vecinos estén «abatidos» (14,13).

El decreto que sigue (14,27-47) da forma jurídica a ese entusiasmo. La «gran asamblea» de sacerdotes, jefes y ancianos nombra a Simón sumo sacerdote, general y etnarca «para siempre». Es un poder enorme, sin contrapesos: nadie puede contradecirle ni convocar una asamblea sin él (14,44). Y, sin embargo, una cláusu-

la lo deja abierto: «hasta la venida del profeta fiel» (14,41). Simón no es de la casa de David, ni siquiera de la familia sacerdotal que había tenido el sumo sacerdocio; su autoridad viene de sus obras y de la elección del pueblo. La asamblea lo sabe, y deja la última palabra a Dios, que podría hablar algún día por un profeta.

La historia posterior mostró lo frágil que era aquella paz. Simón murió asesinado por su yerno en un banquete (16,16). Su hijo Juan conquistó Idumea y Samaria; Josefo llega a decir de él que Dios le concedió tres dones, el gobierno, el sumo sacerdocio y la profecía, como si la espera del profeta ya no hiciera falta (Antigüedades XIII,10,7). Su nieto se ciñó la diadema de rey; vinieron guerras civiles, la llegada de Pompeyo en el 63 a. C. y, al final, Herodes (ver el cuadro del capítulo 16). La «paz mesiánica» no duró una generación.

La esperanza de Israel quedó abierta. Unos esperaban al profeta como Moisés que Dios había prometido (Dt 18,15-18; ver Dt 18): a Juan Bautista le preguntarán «¿eres tú el profeta?» (Jn 1,21), y la multitud saciada en el desierto dirá de Jesús: «este es verdaderamente el profeta que había de venir» (Jn 6,14; 7,40). Otros esperaban al Mesías hijo de David, que los asmoneos, levitas, no podían ser; el ángel anunciará a María que su hijo recibirá «el trono de David su padre» (Lc 1,32-33). El Mesías debía ser ungido a la vez como rey, sacerdote y profeta (Catecismo, n. 436): lo que en Simón se acumulaba por decreto, en Cristo se cumple por la unción del Espíritu.

Jesús, además, se negó a ser un Simón. Cuando quisieron hacerlo rey después de multiplicar los panes, se retiró solo al monte

(Jn 6,15); ante Pilato dijo que su reino no es de este mundo (Jn 18,36). El Catecismo explica que aceptó el título de Mesías, pero con reservas, porque muchos lo entendían de un modo «esencialmente político» (n. 439). Y es sacerdote «para siempre», no por decreto de una asamblea, sino por el juramento de Dios: «tú eres sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec» (Sal 110,4; Hb 7,20-28). La paz que da no es la de las fortalezas, sino otra: «la paz os dejo, mi paz os doy; no como la da el mundo» (Jn 14,27).

El elogio de Simón no es un texto ingenuo ni equivocado: es la gratitud de un pueblo por un buen gobernante, que el cristiano puede compartir. Pero es también, sin quererlo, la medida de lo que ningún gobierno humano puede dar del todo. Por eso la cláusula del v. 41 es quizá la frase más honda del capítulo: la espera sigue.

PAUSA

1. El pueblo agradeció a Simón lo que había hecho. ¿A quién deberías agradecer hoy la paz o el bien que disfrutas?
2. La paz de Simón era una paz armada y frágil. ¿Dónde buscas tú la paz que «no da el mundo»?
3. La asamblea dejó la última palabra a Dios: «hasta la venida del profeta fiel». ¿Qué decisiones de tu vida estás dispuesto a dejar abiertas a lo que Dios quiera decirte?

Para orar. *Señor Jesús, profeta fiel, sacerdote eterno y rey de paz, reina en mi casa y en mi pueblo.*

15

Antíoco VII: *promesas y traición*

Entra en escena un nuevo rey, Antíoco VII, hermano del cautivo Demetrio II. Primero halaga a Simón con una carta generosa: exenciones, permiso para acuñar moneda, Jerusalén «santa y libre» (vv. 1-9); luego desembarca en Siria y acorrala a Trifón en Dora (vv. 10-14). En medio, el autor inserta la carta del cónsul Lucio a reyes y ciudades del Mediterráneo, que pone a los judíos bajo la protección de Roma (vv. 15-24). Pero en cuanto se siente fuerte, Antíoco rompe lo pactado, reclama Joppe, Gázara y el alcázar, y envía a Cendebeo contra Judea (vv. 25-41). Las promesas de los reyes duran lo que dura su necesidad.

La carta de Antíoco VII

[1] Desde las islas del mar escribió el rey Antíoco, hijo de Demetrio el viejo [1], una carta a Simón, sumo sacerdote y príncipe del pueblo de los judíos, y a toda la nación; [2] cuyo tenor es el que sigue: El rey Antíoco a Simón, sumo sacerdote, y a la nación de los judíos, salud: [3] Habiéndose hecho dueños del reino de nuestros padres algunos hombres malvados, tengo resuelto libertarlo y restablecerlo en el estado que antes tenía, para el cual fin he levantado un ejército numeroso y escogido, y he hecho construir naves de guerra. [4] Quiero, pues, entrar en esas regiones, para

castigar a los que han destruido mis provincias y asolado muchas ciudades de mi reino.

5 A ti desde ahora te confirmo todas las exenciones de tributos que te concedieron todos los reyes que me han precedido, y todas las demás donaciones que te hicieron. 6 Te doy permiso para que puedas acuñar moneda propia en tu país. 7 Quiero que Jerusalén sea ciudad santa y libre [2], y que todas las armas que has fabricado, como también las plazas fuertes que has construido, y están en tu poder, queden para ti. 8 Te perdono desde ahora todas las deudas y regalías debidas al rey y a la real hacienda, tanto por lo pasado como por lo venidero. 9 Y luego que entremos en la posesión de todo nuestro reino, te colmaremos de tanta gloria a ti, y a tu pueblo, y al templo, que resplandecerá por toda la tierra.

10 En efecto, el año ciento setenta y cuatro entró Antíoco en el país de sus padres [3], y al punto acudieron a presentársele todas las tropas, de suerte que quedaron poquísimos con Trifón. 11 Lo persiguió luego el rey Antíoco; pero huyendo Trifón por la costa del mar, llegó a Dora [4], 12 pues veía los desastres que sobre él iban a llover, habiéndole abandonado el ejército. 13 Entonces Antíoco fue contra Dora con ciento veinte mil hombres aguerridos, y ocho mil caballos, 14 y puso sitio a la ciudad, haciendo que los navíos la bloqueasen por la parte del mar; con lo que estre-

chaba la ciudad por mar y por tierra, sin permitir que nadie entrase ni saliese.

La carta de los romanos

15 A esta sazón llegaron de la ciudad de Roma Numenio y
sus compañeros, con cartas escritas a los reyes y a las naciones, del tenor siguiente: 16 Lucio, cónsul de los romanos, al rey Tolomeo [5], salud. 17 Han venido a nosotros embajadores de los judíos, nuestros amigos, enviados por Simón, príncipe de los sacerdotes, y por el pueblo judaico,
con el fin de renovar la antigua amistad y alianza; 18 y nos
han traído al mismo tiempo un escudo de oro de mil minas. 19 A consecuencia de esto hemos tenido a bien escribir a los reyes y a los pueblos que no les causen ningún daño, ni les muevan guerra a ellos, ni a sus ciudades y territorios, ni auxilien tampoco a los que se la hagan. 20 Y nos ha parecido que debíamos aceptar el escudo que nos han traído. 21 Por tanto, si hay algunos hombres malvados que, fugitivos de su propio país, se hayan refugiado entre vosotros, entregádselos a Simón, príncipe de los sacerdotes, para que los castigue según su ley [6].

22 Esto mismo escribieron al rey Demetrio, y a Atalo, y a
Ariarates, y a Arsaces [7]; 23 como también a todos los pueblos aliados suyos, a saber, a los de Lampsaco [8], y a los de Lacedemonia, y a los de Delos y de Mindos, y de Sición, y a los de la Caria, y de Samos, y de la Panfilia, a los de Licia, y

de Alicarnaso, de Coo, y de Sidén, y de Aradón, y de Rodas, y de Fasélides, y de Gortina, y de Gnido, y de Chipre, y de Cirene. 24 Y de estas cartas enviaron los romanos una copia a Simón, príncipe de los sacerdotes, y al pueblo de los judíos.

Antíoco rompe con Simón

25 A este tiempo el rey Antíoco puso por segunda vez sitio a Dora, combatiéndola sin cesar, y levantando máquinas de guerra contra ella; y encerró dentro a Trifón, de tal suerte que no podía escapar. 26 Simón envió para auxiliarle dos mil hombres escogidos, y plata, y oro, y muchas alhajas. 27 Mas Antíoco no quiso aceptar nada; antes bien rompió todos los tratados hechos con él anteriormente [9], y se le mostró contrario.

28 Y envió a Atenobio, uno de sus amigos, para tratar con Simón, y decirle de su parte: Vosotros estáis apoderados de Joppe y de Gázara, y del alcázar de Jerusalén [10], que son ciudades pertenecientes a mi reino. 29 Habéis asolado sus términos, y causado grandes daños al país, y os habéis alzado con el dominio de muchos lugares de mi reino. 30 Así que, o entregadme las ciudades que ocupasteis, y los tributos exigidos en los lugares de que os hicisteis dueños fuera de los límites de la Judea, 31 o si no, pagad quinientos talentos de plata por aquellas ciudades, y otros quinientos por los estragos que habéis hecho, y por los tributos saca-

dos de ellas; pues de lo contrario iremos y os haremos guerra.

32 Llegó, pues, Atenobio, amigo del rey, a Jerusalén, y viendo la magnificencia de Simón, y el oro y plata que brillaba por todas partes, y el gran aparato de su casa [11], se sorprendió sobremanera. Le dijo luego las palabras que el rey le había mandado. 33 Y Simón respondió en estos términos: Nosotros ni hemos usurpado el territorio ajeno, ni retenemos nada que no sea nuestro, sólo hemos tomado lo que es herencia de nuestros padres [12], y que nuestros enemigos poseyeron injustamente por algún tiempo. 34 Y habiéndonos aprovechado de la ocasión, nos hemos vuelto a poner en posesión de la herencia de nuestros padres. 35 Por lo que mira a las quejas que nos das tocante a Joppe y Gázara, sepas que los de estas ciudades causaban grandes daños al pueblo y a todo nuestro país; mas con todo, estamos prontos a dar por ellas cien talentos [13]. A lo que Atenobio no respondió palabra. 36 Pero volviéndose irritado a su rey, le dio parte de esta respuesta, y de la magnificencia de Simón, y de todo cuanto había visto; y se indignó el rey sobremanera.

37 En este intermedio Trifón se escapó en una nave a Ortosíada [14]. 38 Y el rey dio el gobierno de la costa marítima a Cendebeo [15]; y entregándole un ejército compuesto de infantería y caballería, 39 lo mandó marchar contra la

Judea, ordenándole que reedificase a Gedor [16], y reforzase las puertas de la ciudad, y que domase el pueblo de los judíos. Entretanto el rey perseguía a Trifón. [40] En efecto, Cendebeo llegó a Jamnia, y comenzó a vejar al pueblo, a talar la Judea, a prender y matar gente, y a fortificar a Gedor, [41] en la cual puso caballería e infantería para que hiciese desde allí correrías por la Judea, según se lo mandó el rey.

¿Sabías que?

Antíoco VII permitió a Simón «acuñar moneda propia» (15,6), pero no se conoce ninguna moneda de Simón, y el permiso fue retirado muy pronto (15,27). Durante mucho tiempo se le atribuyeron unos hermosos siclos de plata con la inscripción hebrea «Jerusalén la santa» y la cifra del «año uno» al «año cinco». Hoy se sabe que son de la primera rebelión judía contra Roma (66-70 d. C.): algunos se encontraron, por ejemplo, en Masada. Las primeras monedas asmoneas son pequeñas piezas de bronce, con leyendas como «Yehojanán, el sumo sacerdote, y la asamblea de los judíos», que unos atribuyen a Juan Hircano I y otros a su nieto Hircano II.

PAUSA

1. Antíoco prometió mucho cuando necesitaba a Simón, y lo olvidó cuando ya no lo necesitaba. ¿Eres fiel a tu palabra también cuando ya no te conviene?
2. Simón defendió con firmeza lo que creía justo, pero ofreció negociar. ¿Cómo combinas tú la firmeza y la búsqueda de acuerdos en tus conflictos?

Para orar. *Señor, tú que nunca rompes tu alianza, hazme fiel a mi palabra aunque me cueste.*

16

La muerte de Simón; Juan, su sucesor

El último capítulo cierra la historia de los hijos de Matatías. Simón, ya viejo, entrega el mando a sus hijos Judas y Juan, que derrotan a Cendebeo cerca de Modín, donde empezó todo (vv. 1-10). Después llega el golpe inesperado: Tolomeo, yerno de Simón, lo asesina con dos de sus hijos en un banquete en el castillo de Doc, y trata de apoderarse del país (vv. 11-20). Juan, avisado a tiempo, escapa de los asesinos y sucede a su padre (vv. 21-22). El libro termina como los de los Reyes: el resto de las acciones de Juan está escrito en otro lugar (vv. 23-24).

Juan y Judas vencen a Cendebeo

1 Habiendo Juan subido de Gázara y enterado a su padre
Simón de los daños que causaba Cendebeo en el pueblo,
2 llamó Simón a sus dos hijos mayores, Judas y Juan [1], y
les dijo: Yo, y mis hermanos, y la casa de mi padre hemos
vencido a los enemigos de Israel desde nuestra juventud
hasta este día, y hemos tenido la dicha de libertar muchas
veces al pueblo. 3 Mas yo ahora ya soy viejo [2]; y así entrad
vosotros en mi lugar y en el de mis hermanos, y salid a pe-
lear por nuestra nación; y el auxilio del cielo sea con voso-
tros.

4 En seguida escogió de todo el país veinte mil hombres
aguerridos de tropa de infantería y caballería [3], los cuales
marcharon contra Cendebeo, y durmieron en Modín, 5 de
donde partieron al rayar el día, y avanzando por la llanu-
ra, descubrieron un numeroso ejército de infantería y de
caballería, que venía contra ellos, mediando un impetuo-
so torrente entre ambos ejércitos. 6 Entonces Juan hizo
avanzar sus tropas para acometer; mas viendo que éstas
temían pasar el torrente, pasó él el primero [4], y a su ejem-
plo lo pasaron todos en seguida. 7 Hecho esto, dividió en
dos trozos su infantería, colocando en medio de ella la ca-
ballería, por ser muy numerosa la de los enemigos.

8 E hicieron resonar las trompetas sagradas [5], y echó a
huir Cendebeo con todas sus tropas; muchas de éstas pere-
cieron al filo de la espada, y las que escaparon con vida se
refugiaron en la fortaleza de Gedor. 9 En esta acción quedó
herido Judas, hermano de Juan; pero Juan les fue persi-
guiendo hasta Cedrón o Gedor, reedificada por
Cendebeo [6]. 10 Muchos llegaron hasta los castillos que ha-
bía en las llanuras de Azoto; pero Juan les puso fuego [7],
dejando muertos allí dos mil hombres, y regresó felizmen-
te a la Judea.

El asesinato de Simón

11 A este tiempo Tolomeo, hijo de Abobo [8], se encontraba
de gobernador del llano de Jericó, y tenía mucho oro y pla-

ta; [12] pues era yerno del sumo sacerdote. [13] Se le hinchó de soberbia el corazón [9], y quería hacerse dueño del país; a este fin maquinaba cómo quitar la vida por medio de alguna traición a Simón y a sus hijos.

[14] Se hallaba éste a la sazón recorriendo las ciudades de la Judea, tomando providencias para su mayor bien, y bajó a Jericó con sus hijos Matatías y Judas en el undécimo mes, llamado Sabat, del año ciento setenta y siete [10]. [15] Los salió a recibir el hijo de Abobo con mal designio, en un pequeño castillo llamado Doc [11], que había él construido, donde les dio un gran convite, poniendo gente en asechanza. [16] Y cuando Simón y sus hijos se hubieron regocijado [12], se levantó Tolomeo con los suyos, y tomando sus armas entraron en la sala del banquete, y asesinaron a Simón, y a sus dos hijos, y a algunos de sus criados, [17] cometiendo una gran traición en Israel, y volviendo así mal por bien a su bienhechor [13].

Juan, sucesor de su padre

[18] En seguida Tolomeo escribió todo esto al rey [14], rogándole que le enviase tropas en su socorro, prometiéndole entregar en su poder el país con todas las ciudades y los tributos. [19] Despachó asimismo otros emisarios a Gázara para que matasen a Juan; y escribió a los oficiales del ejército para que se viniesen a él, que les daría plata, y oro, y

muchos dones. [20] Envió otros para que se apoderasen de Jerusalén y del monte santo donde estaba el templo.

[21] Pero se adelantó corriendo un hombre, el cual llegó a Gázara y contó a Juan cómo habían perecido su padre y sus hermanos, y cómo Tolomeo había enviado gentes para quitarle a él también la vida. [22] Al oír tales cosas se turbó en gran manera Juan; pero luego se apoderó de los que venían para matarlo haciéndoles quitar la vida, puesto que supo que maquinaban contra la suya.

[23] El resto de las acciones de Juan, y sus guerras, y las gloriosas empresas que llevó a cabo con singular valor, y la reedificación de los muros de Jerusalén hecha por él [15], y lo demás que ejecutó, [24] todo se halla descrito en el Diario de su sumo sacerdocio [16] desde el tiempo que fue hecho príncipe de los sacerdotes después de su padre Simón.

¿Sabías que?

Josefo cuenta un final más trágico que el de este libro (Antigüedades XIII,7,4 – 8,1). Juan escapó a Jerusalén, donde el pueblo le abrió las puertas y cerró el paso a Tolomeo. Este se refugió en su fortaleza de Dagón, con la madre y los hermanos de Juan como prisioneros. Cuando Juan la sitió, Tolomeo los sacaba a la muralla y los torturaba a la vista de todos; la madre, con las manos extendidas, suplicaba a su hijo que no aflojara el asedio por ella. Juan no pudo soportarlo, el cerco se alargó hasta el año sabático, y Tolomeo mató a la madre y a los hermanos y huyó al otro lado del Jordán. La familia de los Macabeos había empezado con una madre anónima, honrada en el sepulcro de Modín (13,28), y su historia vuelve a pasar por una madre valiente.

Después de 1 Macabeos: de Juan Hircano a Herodes

Quién	Años a. C.	Qué pasó
Juan Hircano I	134–104	Sumo sacerdote; conquista Idumea y Samaria; destruye el templo del Garizín
Aristóbulo I	104–103	El primer asmoneo que se ciñe la diadema de rey
Alejandro Janeo	103–76	Rey y sumo sacerdote; guerras y guerra civil; crucifica a ochocientos adversarios
Salomé Alejandra	76–67	Reina; su hijo Hircano II, sumo sacerdote; crece el influjo de los fariseos
Aristóbulo II	67–63	Guerra con su hermano Hircano II; los dos piden apoyo a Roma
Pompeyo	63	Toma Jerusalén y entra en el Santo de los Santos
Hircano II	63–40	Sumo sacerdote bajo Roma, sin diadema; César lo hace etnarca
Antígono	40–37	Último rey asmoneo, puesto por los partos
Herodes	37–4	Rey por Roma; se casa con la asmonea Mariamne

Fechas aproximadas; los hechos, según Josefo. Torres Amat calcula que la familia gobernó «ciento y veinte y ocho años, hasta el reinado de Herodes»; Josefo, 126. Herodes reinaba cuando nació Jesús (Mt 2,1).

PARA PROFUNDIZAR

Un historiador creyente: cómo cuenta 1 Macabeos la historia

El libro termina sin terminar: «el resto de las acciones de Juan… todo se halla descrito en el Diario de su sumo sacerdo-

cio» (16,23-24). Es la fórmula con que los libros de los Reyes cierran cada reinado, y no es casual. El autor, un judío de Palestina que escribió en hebreo hacia fines del siglo II a. C., se presenta como heredero de los historiadores de Israel. Su manera de contar la historia merece atención, porque es muy distinta de la de 2 Macabeos y de la que a menudo imaginamos en la Biblia.

Es, ante todo, un historiador cuidadoso. Fecha los hechos por la era de los reyes seléucidas: más de veinte veces da el año, y a veces el mes y el día (ver el cuadro de las fechas, después del capítulo 1). Copia o resume documentos: cartas de reyes, de los romanos y de los espartanos, y el decreto en honor de Simón (ver el cuadro de las cartas, después del capítulo 10). Conoce bien la geografía del país, cuenta con sobriedad y no pone milagros. La Enciclopedia Católica (1910) recogía el juicio de los estudiosos de todas las escuelas y citaba a uno de ellos: es «una fuente de primerísimo orden»; todavía hoy los historiadores reconstruyen aquellos años sobre todo con él.

Tiene también sus límites, y conviene decirlos con sencillez. Algunas cifras son redondas o exageradas (5,34; 6,30.37; 8,6; 11,45.48): la misma enciclopedia explica que los antiguos daban a menudo números estimados o «que corrían», como quien dice «se dice». Lo que Judas oyó de los romanos (8,1-16) o el parentesco con los espartanos (12,21) se refieren, no se afirman, como advertía Torres Amat (ver nota a 8,7). Y el autor admira a la familia de Matatías: «aquellos varones por medio de los cuales había sido salvado Israel» (5,62). Por eso calla algunas cosas y subraya otras; donde Josefo o 2 Macabeos cuentan los hechos de otro modo, las

diferencias revelan fuentes y propósitos distintos (ver la introducción a 2 Macabeos).

¿Y Dios? En esta historia ningún profeta habla en su nombre (4,46; 9,27; 14,41), no hay apariciones ni prodigios, y en los mejores manuscritos griegos el autor evita incluso nombrarlo: dice «el Cielo» (ver nota a 3,18). Pero la fe está en todas partes: en la oración antes de la batalla (3,46-54; 4,30-33; 11,71), en el consuelo de «los libros santos» (12,9), en la convicción de que la victoria «no depende de la multitud de las tropas, sino del cielo» (3,19), en la despedida de Simón: «el auxilio del cielo sea con vosotros» (16,3). Dios actúa a través del valor, de la fidelidad a la alianza y de la unidad del pueblo, y permite también derrotas y traiciones (9,18; 13,23; 16,16). Es una fe que sabe leer la providencia en la historia de todos los días.

La Iglesia ofrece criterios para leer un libro así. Los libros de la Escritura enseñan «firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación» (Dei Verbum 11; Catecismo, n. 107), y para entenderlos hay que atender a los géneros literarios y a los modos de narrar de cada época (Dei Verbum 12; Catecismo, n. 110). La Pontificia Comisión Bíblica reconoce que en la Biblia hay inexactitudes históricas, y recuerda a la vez que «una historia de la salvación no existe sin un núcleo histórico» (Inspiración y verdad, 2014, nn. 104-105). Primero de Macabeos es un caso privilegiado: un libro inspirado que es también buena historia. Su cuidado por las fechas y los documentos forma parte de su mensaje: Dios salva en la historia real, con nombres, lugares y años.

Y la historia sigue. El autor sabe que la de Juan continúa, y nosotros sabemos que en su tiempo los judíos de Jerusalén escribían a los de Egipto para invitarlos a celebrar la Dedicación (2 Mac 1,1-10, en el año 188, el 124 a. C.); sabemos también cómo terminó la dinastía (ver el cuadro de este capítulo). El lector cristiano, sin atribuir al autor lo que no pudo saber, lee esta historia abierta como un tramo del camino por el que Dios, que habló «muchas veces y de muchas maneras» a los padres, habló al final por medio de su Hijo (Hb 1,1-2). Creer no es huir de la historia, sino leerla con verdad y con gratitud.

PAUSA

1. Simón supo retirarse a tiempo y confiar la lucha a sus hijos. ¿Qué responsabilidades estás llamado a entregar, y a quién?
2. El libro no oculta la debilidad de Simón en su último banquete. ¿Qué te enseña la honestidad de la Biblia sobre sus héroes?
3. La historia de Israel se queda abierta. ¿Cómo lees tú la mano de Dios en la historia de tu familia?

Para orar. *Señor de la historia, que sepa ver tu mano en lo que vivo y entregar a otros, a su tiempo, lo que me confiaste.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulo 1

1. ¿En qué año empezó a reinar Antíoco Epífanes, y dónde había estado antes? 1
2. ¿Qué construyeron en Jerusalén los israelitas que quisieron vivir como los gentiles? 2
3. ¿Qué se llevó Antíoco del santuario al volver de Egipto? 3
4. ¿Qué ordenó el rey Antíoco en las cartas que envió a todo su reino? 4
5. ¿Qué colocó el rey sobre el altar de Dios el día quince de Casleu del año 145? 5

Capítulo 2

1. ¿De qué familia sacerdotal era Matatías, y adónde se retiró? 1
2. ¿Qué respondió Matatías a los comisionados que le ofrecían ser amigo del rey? 2

3. ¿Qué decidieron Matatías y sus amigos después de la matanza de los mil en las cavernas? 3

4. ¿Quiénes se unieron a Matatías después de esa decisión? 4

5. ¿A quién puso Matatías como padre de sus hermanos y a quién como general? 5

Capítulos 3 a 4

1. ¿Qué espada usó Judas en todos sus combates? 1

2. Según Judas, ¿de qué depende el triunfo en los combates? 2

3. ¿Dónde se reunieron los judíos a orar antes de la batalla de Emmaús, y por qué allí? 3

4. ¿Qué dos victorias antiguas recordó Judas en su oración antes de la batalla contra Lisias? 4

5. ¿Qué hicieron con las piedras del altar profanado? 5

6. ¿Qué día se ofreció el primer sacrificio sobre el nuevo altar? 6

7. ¿Cuántos días duró la fiesta de la dedicación, y cada cuánto se debía celebrar? 7

Capítulo 5

1. ¿Quiénes salieron pacíficamente al encuentro de Judas y Jonatás al otro lado del Jordán? 1
2. ¿Qué propuso Judas a los habitantes de Efrón antes de atacar la ciudad? 2
3. ¿Por qué fueron derrotados José y Azarías junto a Jamnia? 3

Capítulos 6 a 7

1. ¿Qué reconoció Antíoco IV antes de morir? 1
2. ¿Cómo murió Eleazar, hermano de Judas? 2
3. ¿Por qué propuso Lisias hacer la paz con los judíos, y en qué condiciones? 3
4. ¿Por qué se fiaron los asideos de Alcimo, y qué les sucedió? 4
5. ¿Qué recordó Judas en su oración antes de la batalla contra Nicanor? 5
6. ¿Qué ordenó Judas después de la victoria sobre Nicanor? 6

Capítulos 8 a 9

1. ¿A quiénes envió Judas a Roma, y para qué? 1
2. ¿Qué se comprometían a hacer los romanos y los judíos en el tratado? 2
3. ¿Cuántos hombres quedaron con Judas en Laisa, y qué respondió cuando le aconsejaron retirarse? 3
4. ¿Dónde fue enterrado Judas, y cómo lo lloró el pueblo? 4
5. ¿Qué le sucedió a Alcimo cuando mandó derribar las murallas interiores del templo? 5

Capítulo 10

1. ¿Quién hizo a Jonatás sumo sacerdote, y cuándo se vistió la estola santa? 1
2. ¿Por qué Jonatás y el pueblo no aceptaron las ofertas de Demetrio? 2
3. ¿Qué hizo el rey Alejandro con los que acusaban a Jonatás en Tolemaida? 3
4. ¿Qué recibió Jonatás de Alejandro después de la victoria de Azoto? 4

Capítulos 11 a 12

1. ¿Qué hizo Tolomeo al entrar en Antioquía? 1
2. ¿Cómo pagó Demetrio la ayuda de los judíos en Antioquía? 2
3. ¿Quiénes se quedaron con Jonatás en la llanura de Asor, y qué hizo él? 3
4. ¿Por qué dice Jonatás a los espartanos que no tenían necesidad de su amistad? 4
5. ¿Qué hicieron los enemigos en el país de Amat al saber que Jonatás estaba preparado? 5
6. ¿Cómo apresó Trifón a Jonatás? 6

Capítulos 13 a 14

1. ¿Qué pidió Trifón a cambio de soltar a Jonatás, y qué hizo Simón? 1
2. ¿Qué monumento levantó Simón en Modín? 2
3. ¿En qué año quedó libre Israel del yugo de los gentiles, y cómo empezó a fecharse? 3
4. ¿Cuándo y cómo entraron los judíos en el alcázar de Jerusalén? 4

5. ¿Con qué imagen describe el elogio la paz del tiempo de Simón? 5

6. ¿Por cuánto tiempo nombraron los judíos a Simón caudillo y sumo sacerdote? 6

Capítulos 15 a 16

1. ¿Qué concedió Antíoco VII a Simón en su primera carta? 1

2. ¿Qué respondió Simón a Atenobio, enviado de Antíoco? 2

3. ¿Qué hizo Juan cuando sus soldados temían pasar el torrente? 3

4. ¿Cómo murió Simón? 4

5. ¿Dónde estaban escritas las demás acciones de Juan? 5

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, mayúsculas, palabras cortadas o unidas y algunas palabras perdidas, desfiguradas o cambiadas, cotejadas con la primera edición de Torres Amat (1825) y con la de 1884: Judas fortificó «entonces mismo» el monte Sión (4,60); los enviados que blasfemaron eran «del rey» Senaquerib (7,41); los soldados de Judas vieron «la gran muchedumbre» de tropas enemigas (9,6); Alcimo «quedó baldado de perlesía» y murió «de allí a poco» (9,55-56); Demetrio dice «os condono los impuestos sobre la sal» (10,29); en Azoto murieron ocho mil hombres «entre pasados a cuchillo y quemados» (10,85); los embajadores de Jonatás debían «llevaros esta nuestra carta» (12,17); Israel quedó libre del yugo de los gentiles en el año ciento «setenta», no «sesenta» (13,41), y los judíos entraron en el alcázar al son de arpas, címbalos «y de liras, y

entonando himnos» y cánticos (13,51)). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de la primera edición de Torres Amat: 929 versículos; el número 16,25, que aparecía vacío en la transcripción digital, no existe. El texto griego, que traducen las Biblias modernas, el Leccionario y la Liturgia de las Horas, divide de otro modo el capítulo 1 y cuenta en él tres versículos menos (64 en lugar de 67): desde 1,5 esta edición va un número por delante, desde 1,33 dos y desde 1,55 tres, con pequeñas diferencias de división entre medias. Así, la subida al trono de Antíoco Epífanes, 1,11, es en el griego 1,10; la «abominación de la desolación», 1,57, es 1,54, y los que «eligieron antes morir», 1,65-66, son 1,62-63. En los capítulos 12 y 13 muchas Biblias modernas cuentan, con el griego, un versículo menos: 12,53-54 es 12,53; 13,52-53 es 13,52, y 13,54 es 13,53; la Neovulgata sigue el griego en el capítulo 1 y la Vulgata en el 12 y el 13. En los demás capítulos la numeración coincide. La transcripción digital había perdido o desfigurado palabras, sobre todo en 4,60, 7,41, 9,6, 9,55-56, 10,29, 10,85, 12,17 y 13,51, y cambiado la cifra del año de la independencia en 13,41 («sesenta» por «setenta», error que ya traía la edición de 1884); se han restituido según la edición de 1825 y, salvo en 13,41, también la de 1884. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás (el Salmo 79, que se cita en 7,17, es en su Biblia el 78).

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.